La condición intelectual

informe para una academia

raúl rodríguez freire

MIMESIS

La Sierra Pelada, la mina de oro de Brasil frente a mí. Cuando llegué al borde de ese enorme agujero se me erizó el vello. Nunca había visto nada parecido. Allí, vi pasar ante mí en fracciones de segundo, la historia de la humanidad. La historia de la construcción de las pirámides, la Torre de Babel, las minas del rey Salomón. No se oía el ruido de una sola máquina allí dentro. Solamente se oía el murmullo de cincuenta mil personas dentro de un gran agujero. Conversaciones, ruidos, ruidos humanos mezclados con los toques manuales. Realmente, he viajado al principio de los tiempos allí. Casi podía escuchar el murmullo del oro en esas almas. Había que tirar toda esa tierra, no todo es oro, tenían que encaramarse, salir, trepar por las pequeñas escaleras, después por las grandes escaleras y salir a la superficie […]. Los hombres subían allí cincuenta o sesenta veces al día […]. Toda esa gente junta formaba un mundo muy organizado. Pero en una completa locura. Pueden parecer esclavos, pero no había ni un solo esclavo. Si existía alguna esclavitud allí, era el afán de ser rico. Todo el mundo quería ser rico. Allí podías encontrar de todo: intelectuales, gente con diplomas universitarios, empleados de granjas, trabajadores urbanos… Todos venían a buscar una oportunidad. Porque cuando dábamos con un filón de oro, todos los que trabajaban en esa parte de la mina tenían derecho a elegir un saco. Y en esos sacos que habían elegido se escondía la esclavitud. Podía no haber nada o podía haber un kilo de oro. En ese momento se jugaban su independencia. Todos los hombres, cuando comienzan a tocar el oro, ya no vuelven.

Sebastião Salgado, *La sal de la tierra*.

LA CONDICIÓN INTELECTUAL. INFORME PARA UNA ACADEMIA

RAÚL RODRÍGUEZ FREIRE

MIMESIS
mimesisediciones@gmail.com

Revisión de textos: Clara Parra
Diseño: raúl rodríguez freire
Diagramación: Aracelli Salinas Vargas

ISBN: 978-956-09145-0-7

Permitimos la reproducción completa o parcial de este libro sin fines de lucro, para uso privado o colectivo, en cualquier medio impreso o electrónico, con el debido reconocimiento de la autoría y fuente de los textos, y sin alterarlos. Este permiso corresponde a la licencia de Creative Commons BY-NC-ND.

Viña del Mar, junio de 2018

Y me despidieron, solo porque arrastro los pies, me muevo con lentitud, miro a mi alrededor aunque no sea indispensable. En cambio, en nuestra profesión hay que separar bien los pies del suelo, y hacer que golpeen sonoramente contra el piso; hay que moverse, trotar, esprintar y levantar una polvareda, una nube de polvo, a ser posible, en la que luego nos podamos esconder. No es como ser campesino u obrero. El campesino se mueve lentamente porque, a fin de cuentas, su trabajo fluctúa con las estaciones, no puede sembrar en junio y vendimiar en febrero. El obrero se mueve con agilidad, pero sólo si está en la cadena, porque allí le han calculado los tiempos de producción, y si no va a ese ritmo, mal asunto [...].

Lo que pasa es que el campesino pertenece a las actividades primarias, y el obrero a las secundarias. El uno produce de la nada, el otro transforma una cosa en otra. Para el campesino y el obrero los criterios de *valoración* son fáciles, cuantitativos: la fábrica produce tantas piezas por hora, la hacienda da sus frutos. En nuestras profesiones es diferente, no hay criterios de valoración cuantitativos. ¿Cómo se mide la pericia de un cura, de un publicitario, de un relaciones públicas? Éstos ni producen de la nada ni transforman. No son ni primarios ni secundarios. Son terciarios, es más, incluso me atrevería a decir [...] que son cuaternarios. No son instrumentos de producción, ni tampoco

correas de transmisión. Son, como mucho, lubricantes, vaselina pura y dura. ¿Cómo se pude valorar a un cura, a un publicitario, a un relaciones públicas? ¿Cómo se calcula la cantidad de fe, de ganas de comprar, de simpatía, que los susodichos consiguen despertar? No, no tenemos otro criterio que la capacidad de cada uno para mantenerse a flote, para ascender más y más, para convertirse en obispos, vamos.

En otras palabras, quien elija una profesión terciaria o cuaternaria necesitará dotes y aptitudes de naturaleza política. Como todos saben, hace mucho tiempo que la política dejó de ser la ciencia del buen gobierno para convertirse en el arte de la conquista y la conservación del poder. Así, el talento de un político no se mide por la cantidad de bien que se consigue hacer a los demás, sino por la rapidez con la que alcanza la cima y el tiempo que permanece en ella. Y la lucha política, es decir, la lucha por la conquista y la conservación del poder, ya no es -dejando de lado las apariencias- entre estado y estado, entre facción y facción, sino dentro del propio estado, dentro de la propia facción. De igual manera, en las profesiones terciarias y cuaternarias al no existir una producción de bienes visibles que establezca el parámetro, el criterio será este: ¿te has convertido en obispo? ¿No? Entonces vuelve a presentarte. ¿La competencia? ¿Y qué te importa a ti la competencia? Lo importante es hacerle la cama al jefe, al colega, a quien trabaja a tu lado. La receta del éxito está compuesta en gran medida por el levantamiento de polvo.

Luciano Bianciardi, *La vida agria* [1967].

I

1 toda condición intelectual se constituye como condición im/productiva; el saber no se trata en las universidades sino fabrilmente (*fabrikenmäßig* escribió Kant), lo que hace del académico un trabajador determinado por la división laboral que emerge con y para la acumulación de capital. Nada de torres de marfil ni de bibliotecas alojadas en amurallados castillos. Entonces como hoy, un simple trabajador. Modernamente, en el "centro" o en la "periferia", el saber se estructuró, siempre falogocéntricamente, en función de la equivalencia general y la universidad en la que trabajamos devela sin ambages su subsunción al proceso de valorización (patriarcal). A partir del disciplinamiento fabril que se ejerce mediante el control del "tiempo de trabajo socialmente necesario", control que la noción de crédito académico ya había adelantado, la forma neoextractivista de la universidad neoliberal ha impuesto la metrología como dispositivo exclusivo para la valorización de nuestro trabajo, lo que no es otra cosa que la valorización de nuestro aporte a la producción de plusvalía, razón por la cual los indicadores relativos a la productividad académica (reducida a la cuantificación de publicaciones, al *fast paper*) se han transformado en la vía exclusiva para conseguir becas, fondos para viajes o proyectos, crear o modificar programas, lograr ascensos, o simplemente tener un trabajo (precario o no) en alguna universidad. Producimos

para grupos editoriales que publican libros que a priori no están pensados más que como negocio y/o para los grupos que controlan las revistas en las que de manera "voluntaria" publicamos (y para las cuales además trabajamos gratis, evaluando), como Elsevier (que en 2016 facturó más de 2600 millones de euros, con un margen de beneficios cercano al 40%) y Clarivate Analytics (antes Thomson Reuters). La lógica de ambas empresas consiste en generar "clientes cautivos" (los Estados), que prácticamente obligan a las universidades a comprar sus productos (libros, artículos, indicadores, etc.), bajo el supuesto de la excelencia que entrega la "**rigurosidad**" con la que operan, a la vez que se "incentiva" a las y los académicos a publicar en estas y solo en estas editoriales y revistas, a cambio de tener la posibilidad de competir por los fondos (públicos o privados) que financiarán los artículos que volveremos a publicar en estas y solo en estas revistas y editoriales. Hemos entrado a una burbuja de la que no será simple escapar si continúa inflándose (si continuamos inflándola). Además, puede reventar con desastrosas consecuencias. Así que cada vez más nos asemejamos al "literato proletario de Leipzig, que produce libros —por ejemplo compendios de economía política [o ensayos sobre la condición intelectual]— por encargo de su librero [Elsevier, Clarivate, Routledge, Palgrave Macmillan, Blackwell, etc., etc.]", con lo cual nos hemos convertido, siguiendo al Marx del ahora famoso inédito capítulo VI, en "un trabajador productivo, por cuanto su [nuestra] producción está subsumida en el capital y no se lleva a cabo sino para valorizarlo". Bajo el dominio del neoliberalismo, se ha implantando una cultura de la auditoría que en la práctica (piénsese en las acreditaciones y sus

Esta "rigurosidad" recientemente ha sido puesta en duda gracias a una investigación realizada por Marc A. Edwards y Siddhartha Roy, en la que demuestran que los incentivos (que llaman perversos) generan un clima altamente competitivo que aumenta las posibilidades de un comportamiento anti-ético. Y si ello ocurre, afirman, "si una masa crítica de científicos se vuelve indigna de confianza, es posible que la propia empresa científica se vuelva intrínsecamente corrupta y se pierda la confianza pública, arriesgando una nueva era oscura con devastadoras consecuencias para la humanidad".

informes de autoevaluación, en los convenios de desempeño, en la evaluación de pares, en los referatos, etc., etc., etc.) ha significado el retorno "renovado" de un espíritu burocrático neotaylorista que no ha hecho sino disciplinar y controlar el trabajo intelectual, cuando no reducirlo a mera transmisión de competencias flexibles *ad hoc* a los requerimientos del mercado, competencias que son incompatibles con el pensamiento crítico que toda universidad dice fomentar, porque la crítica (el saber en general) no es una competencia que simplemente se enseñe en LIT XXX y luego se "aplique"; como tampoco el saber es cuantificable, ni factible de reducir al famoso **índice h**. *El saber es inconmensurable* y por ello es que se lo intenta disciplinar a la fuerza, haciendo caso omiso de la Ley de Goodhart: "Cualquier regularidad estadística o indicador adoptado tenderá a desplomarse una vez que se presione para utilizarlo con propósitos de control". Esta burocracia constituye la encarnación de una lógica empresarial que ha reafirmado el lugar del académico como el lugar de un trabajador inmerso en los procesos de acumulación, lo cual, por cierto, no debiera generar mayores problemas. Por el contrario, debiera permitir la discusión abierta y detenida sobre qué implica el trabajo y el trabajo intelectual en particular, centrado históricamente en la figura del hombre, así como las condiciones (materiales) en que realizamos ese trabajo —dejando de lado el eufemismo del trabajo cognitivo, que tiende a invisibilizar su lado material, por lo general anclado en el llamado "tercer mundo", mundo precario y móvil que se encuentra tanto en São Paulo, Daca o Naipyidó, como en New York, París o Madrid. De manera que el problema pareciera surgir tan pronto como nos damos cuenta que la cultura de la auditoría nos lleva, más que a vernos como trabajadoras y trabajadores, a asumir nuestras actividades de manera empresarial y a nuestro nombre como una marca que debemos promocionar en el mercado (ya no

Fórmula de Jorge Hirsch: "Un científico tiene índice h si el h de sus Np trabajos recibe al menos h citas cada uno, y los otros (Np – h) trabajos tienen como máximo h citas cada uno".

solo académico). De esta manera cada colega deviene automáticamente nuestra competencia, cuando no lisa y llanamente nuestra enemiga o enemigo. Trabajador o empresario, he ahí el dilema del intelectual, dentro y fuera de la universidad. Algunos se ven como académicos, pero operan como empresarios. Otros se ven como capitalistas, pero la precarización les recuerda su puesto en la cadena de producción. Se dice que estos cambios no tienen otro fin que el desarrollo exponencial de uno mismo. Pero como muy bien vio Marx, bajo el capitalismo, nuestra autorrealización es nuestra derrota.

–Y –dijo por fin–, ¿cómo sigue su investigación?

–Espero empezar pronto la redacción –respondí–. Pero me temo que no podré presentarla en junio. Creo que tendré que pedir una prórroga hasta octubre.

–Qué lástima, Appleby, una lástima. No me gustan esas tesis que no se acaban nunca.

–Sí, ya lo sé. Lo que me preocupa es el problema de encontrar trabajo. El próximo semestre necesitaré uno.

–¿Un trabajo? ¿Un puesto en la universidad, es eso lo que quiere Appleby?

–Sí, yo…

–Entonces sólo tengo un consejo que darle, Appleby. ¡Publique! ¡Publique o muérase! Así es como funciona el mundo académico en nuestros días.

–El problema es que nada de lo que tengo está listo para publicar…

–¿Qué hay del ensayo que me enseñó sobre Merrymarsh?

–¿Cree usted, realmente…? Me da la impresión de que ahora Merrymarsh no interesa mucho.

–¿Interesar? El interés no importa. Lo importante es publicarlo. ¿Quién se imagina que está interesado en el teatro del absurdo?

David Lodge, *La caída del museo británico* [1965].

2 la expresión, cada vez más mencionada, "publica o muere" sintetiza(ba) la lógica tóxica que se apoderó de las universidades. Bajo este escenario, no son pocas ni pocos los que, cada vez con más fuerza y en expansión, han comenzado a criticar la reducción de la producción académica al llamado "factor de impacto" (índice h), como si la relación publicación-cita pudiera medir efectivamente la "influencia" intelectual, como si un ensayo literario o una discusión sobre la condición académica contemporánea debiera tener el mismo devenir que una investigación sobre las células B y su control sobre la aptitud de las células de linfoma impulsadas por genes MYC mediante la inhibición de enzimas GSK3ß o sobre la estructura cristalina de un receptor GLP-1 unido a un agonista peptídico. Desconsiderando que la importancia de las publicaciones en las humanidades se da no en el momento de su aparición, sino a lo largo de su tiempo de circulación (piénsese en Walter Benjamin) —por lo que su tiempo de vida (su *Fortleben*) es completamente opuesto al de los *papers* de las llamadas ciencias duras, que luego de uno o dos años ya casi nadie cita o lee—, la medición (valorización) de nuestro trabajo ha llegado a obliterar la importancia que

tiene el libro (y lo que implica su producción: una investigación rigurosa, detenida y que por lo general toma(ba) años) para quienes nos desempeñamos en el ámbito de la literatura o la filosofía o de las humanidades en general, pues el modelo dominante es el de la **publicación** de los "descubrimientos" de las ciencias aplicadas, esos que llegan a tener hasta 20 o más autores (hay uno firmado por más de 100), aunque jerárquicamente consignados, de los cuales algunos, sobre todo los directores de laboratorio, pueden "participar" en una multiplicidad de publicaciones anuales, firmando como autores principales por el solo hecho de ser los directores de su laboratorio. Bueno, pues lo mismo se ha comenzado a hacer, no siempre a regañadientes, desde las humanidades, no adueñándose del laboratorio, sino publicando de manera exorbitante, a veces (aunque esto es transversal a todas las disciplinas) apropiándose del trabajo ajeno, pues es difícil que un académico pueda responder, sin este u otros "trucos", a las actuales exigencias (o es que alguien se puede imaginar una publicación en la *Zeitschrift für Sozialforschung* [Revista de investigación social], órgano principal de la llamada teoría crítica y /o escuela de Fráncfort, firmada, por ejemplo, por Max Horkheimer, Theodor Adorno, Friedrich Pollock, Herbert Marcuse, Franz Leopold Neumann, Leo Löwenthal y además con una nota en la que se señala que el artículo se publica en el marco de un proyecto financiado por… Felix Weil; ¿se puede imaginar a Benjamin pidiendo que lo incluyan como autor, que luego él pondrá sus nombres en un *paper* sobre Baudelaire? No). Por eso

En 1979 Bruno Latour y Steve Woolgar publicaron La vida en el laboratorio, libro en el que se describe antropológicamente la "cultura" científica y las condiciones de su trabajo. La publicación es evidentemente un punto central… y muy caro: "Dividiendo el presupuesto anual del laboratorio por el número de artículos publicados (y descontando a la vez los artículos del género divulgativo), nuestro observador calculó que el coste de producción de un artículo fue de 60.000 dólares en 1975 y de 30.000 en 1976". A partir de estas cifras, que seguramente se han mantenido, se puede fácilmente colegir lo que cuesta un *paper*, y aún más la "necesidad" de determinar las "aplicaciones" (resultados) del dinero invertido, por lo que al respecto,

agregan: "Este gasto parece innecesariamente extravagante si los artículos no tienen impacto alguno, y extravagantemente barato si los artículos tienen implicaciones fundamentales para la investigación básica o la aplicada. Por tanto, puede que sea apropiado interpretar este gasto en relación con cómo son recibidos los artículos". Y es aquí donde entra la medición del trabajo intelectual, dado que una sociedad civilizada por el capital, no puede esperar que una inversión, así sea pública, no genere resultados económicos inmediatos. "Un método preliminar de examinar el coste de producción en relación con el valor aceptado de los artículos es examinando la historia de cada cita", esto es, lo que hoy se llama factor de impacto o índice h. Una conclusión importante de este libro es que "el nivel de impacto variaba con el tiempo", cuestión que es aún más relevante en las humanidades.

también se suele dividir el resultado de una investigación en tantas partes como sea posible, multiplicando, como los panes, los *papers*. Resultado: investigaciones deficientes; aumento de fraudes (que en las "ciencias duras" abundan más de lo que se puede creer) y falsos descubrimientos; reducción de la rigurosidad en la evaluación de pares; inflación de citas y autocitas (los evaluadores, y también algunas revistas, solicitan, no siempre anónimamente, incorporar sus publicaciones a la bibliografía); incremento de *papers* y reducción en la recopilación y reflexión de/sobre datos, fuentes o resultados; etc. (Edwards & Roy). Y si a ello se agrega el incentivo monetario por cada publicación indexada, nos encontraremos en la universidad con verdaderos mercenarios del saber (de un saber financiado, por lo menos en las humanidades, con dinero público). Finalmente, la posibilidad o continuidad de un contrato laboral, de un trabajo, depende cada vez más de cuánto producimos indexadamente. Eso explica también el aumento de "libros" publicados por editoriales como VDM Publishing (de la cual son subsidiarias la "Editorial Académica Española", la "Éditions Universitaires Européennes", la "Lambert Academic Publishing", la "Südwestdeutscher Verlag für Hochschulschriften", entre otras), que opera mediante impresión por demanda gracias a que Amazon imprime y distribuye sus "libros". En otras palabras, lo que quiero señalar es que si se llegan a publicar libros, parte —en realidad, una

gran parte— de estos no son el resultado de un trabajo detenido, de largo aliento (ya no hay tiempo para ello), sino de una estrategia tendiente a aumentar los puntos para CONICYT (o cualquiera de sus variantes continentales: CONICET, CONACYT, COLCIENCIAS, CNPq, etc.), o el sueldo, reuniendo los *papers* bajo un aparentemente nuevo formato, pues mientras más publicamos indexada o referativamente, mejores serán nuestras remuneraciones y/o las posibilidades de conseguir financiamiento para continuar lo que podemos llamar "el ciclo de la producción intelectual". Bajo este modelo, se percibirá que nos asemejamos cada vez más a los trabajadores del retail (de Walmart, Zara, Mac, etc.), y la universidad a una empresa dedicada a la comercialización/mercantilización masiva de servicios *estandarizados* dirigidos a clientes que buscan realizar inversiones que les permitan aumentar su capital humano. Y eso molesta. Molesta mucho. Incomoda verse reducido a un número, a una máquina productiva. De ahí que resulte tan sorprendente que millones de académicas y académicos de todo el mundo (y me incluyo) hayan (hayamos) creado libremente un perfil y subido sus (nuestros) trabajos al sitio web **Academia.edu**, una empresa que ha hecho de la medición algorítmica su principal forma de relacionarse con sus "usuarios" (hoy llamados "prosumidores", neologismo inglés —*prosumer*— que hibridiza *producer & consumer*), transformando la cuantificación que odiamos cuando nos la imponen (la comisión nacional de ciencia y tecnología de cada país o la propia universidad) en algo omnipresente, ineludible y atractivo,

ACADEMIA

Hi raúl, Thirteen people searched for you earlier on Google. To see what countries they came from and what pages they viewed, follow the link below: Veamos el primero: 21 de abril de 2017, 8:21 hr. Rabat. Morocco [¡me están leyendo en Marruecos!]. *Paper* visto: "Argonautas. La correspondencia entre Erich Auerbach y Walter Benjamin". 734 vistas "All-Times". 109 descargas "All-Times". Impacto: "Accede a nuevos informes para comprobar el impacto total de tu investigación". Hasta aquí llego. Para ver quién concretamente me está buscando o citando en Marruecos, debo ingresar los números de mi tarjeta de crédito y pagar $8.25 USD por mes. No lo hago. Como compensación, veo el "Impacto" al que puedo acceder "gratis". Entre el 22 de marzo y el 21 de abril: 132 visitas únicas. 65

descargas. 295 vistas. 27 países (Chile, 37; Argentina, 18; Colombia, 17; Estados Unidos, 10, España, 10… [saltamos algunos] Canadá, Alemania, Bélgica y, sorpresa de sorpresas, Rusia, 2; Morroco… ahí está Marruecos, junto a Suiza, China, Guatemala y República Checa, con 1). 95 ciudades. 51 universidades. 881 investigaciones de campo. 1362 páginas leídas. Y todo este impresionante tráfico, que (me) hace ver cómo aumenta mi respetabilidad académica, y mi influencia social, pues no podía ser de otra manera en la era de la imagen, es mágicamente graficado diariamente en un cuadro que cubre 30 días, un cuadro que representa la fuerza o la debilidad de la marca que me he construido.

Thanks,
The Academia.edu Team

cuando no deseable. Todas o casi todas las páginas del sitio están repletas de cifras producidas con los datos masivos que libremente entregamos, aunque lo más llamativo es, según indican Brooke Erin Duffy & Jefferson D. Pooley, la inclusión de las medidas algorítmicas AuthorRank (el perfil) y PaperRank (el texto), indicadores que en conjunto miden el nivel de "influencia" de un autor o su "reputación", es decir, lo mismo que el factor de impacto. Ambas medidas toman como modelo al PageRank —marca registrada (y patentada) por… Google— y el EdgeRank —que utiliza Facebook para determinar qué artículos aparecerán en los "muros" de sus usuarios/clientes/trabajadores—, nombres atribuidos a los dos algoritmos más importantes de la economía web. Al conectarnos a Academia, así como también a Amazon, Twitter, Google y/o Facebook (y/u otros dispositivos relacionales de captura) para buscar o comprar libros, subir una nueva publicación o mostrar lo que estamos escribiendo (y con qué libros lo estamos haciendo), o simplemente para indicar que adoro tu maravilloso e inteligente post/*paper*, alimentamos un dispositivo de cálculo intensivo que, como indicó Bernard Stiegler, opera en tiempo real, a escala planetaria y a la velocidad de la luz, por lo que es 4 millones de veces más rápido que nosotros. Y al hacerlo —ya sea desde el teléfono, la tableta, el computador, el notebook, el Smart TV o incluso el auto—, no pocas veces terminamos realizando operaciones que no habíamos contemplado. Por ejemplo, la importante y aparentemente inofensiva función de autocompletado (lo que Husserl llamó protensiones), que

parece que nos leyera el pensamiento, en realidad, al anticiparnos, nos está teledirigiendo, gracias a la computabilidad de los datos que masivamente hemos entregado para su procesamiento (como el Research Interests). Es decir, porque *ya se nos ha leído* el pensamiento al teclear una búsqueda, es que se nos puede teledirigir y desposeer de nuestras retenciones secundarias (recuerdos). Pronto, todas las métricas particulares se conectarán para dar lugar a un ranking de los "académicos" más respetados e influyentes del espacio ciber (aunque estandarizados y disciplinados algorítmicamente), con lo cual los me gusta de Facebook (que se activarán con solo "pensarlos") serán tan importantes para nuestra relevancia (o irrelevancia) "social", como las citas que amigos o seguidores generosos (o furiosos, lo mismo da, aquí no importa si se habla bien o mal de nuestro trabajo, lo importante —vacío y homogéneo—, es nuestro nombre en la lista de referencias… quizá, solo quizá, con la emergencia de las llamada cultura de las emociones, la carita feliz inscriba prontamente una diferencia) hagan de *nuestros papers en sus papers*. Los libros no cuentan... no hasta que un algoritmo más poderoso que el de Google Académico los considere. Y como si fuera poco, toda esta información está constantemente ingresando a nuestros correos electrónicos.

> Llegué el lunes con el tiempo justo para tomar la carpeta e ir a la sala, pero el edificio estaba cerrado e incluso acaban de pintar la fachada. El instituto no existía más. Me lo explicaron los alumnos, desolados. Habían pagado sus mensualidades e incluso varios de ellos el año completo, por adelantado, para aprovechar un descuento […]. Intenté ayudar a mis ex alumnos en su reclamo ante el Ministerio de Educación, que les ofrecía poco

o nada. Escribimos, entre todos, la gran carta, el mensaje crucial que debía demostrar la eficacia de la comunicación escrita, el poder de las palabras, pero no surtió ningún efecto. Habíamos recopilado testimonios, opiniones de políticos y expertos en educación, pero no pasó nada. La situación era escandalosa y durante un tiempo la noticia salía en los diarios, pero súbitamente sobrevivo ese silencio tan chileno y sospechoso que entonces lo cubría todo. Algunos consiguieron incorporarse a otros institutos, en condiciones que nunca eran ventajosas, y los que habían pagado todo el año siguieron sin una verdadera solución. Yo tampoco, a todo esto: me debían un mes de suelo, pero cuando intenté juntarme con los demás profesores no tuve ninguna suerte. Contacté a dos, de hecho, que preferían no reclamar, porque también trabajaban en otros institutos y no querían tener fama de conflictivos.

Alejandro Zambra, "L a r g a d i s t a n c i a" [2014].

(3) si la revolución de la microelectrónica transformó la vida académica, inscribiéndola en un campus que devino —como, por y para el capital— global, el neoliberalismo contribuyó para que la universidad operara como —y en muchos casos, fuera—, por y para una o varias empresas. Bajo este escenario, los académicos deben actuar como agentes económicos capaces de responder activamente a las rápidas y flexibles modificaciones del ambiente. Su eficiente desempeño debe ser, en consecuencia, calculado y publicitado, razón del éxito de Academia.

edu., que en realidad no es un sitio puntoedu sino puntocom, pero como se creó antes de que el uso del puntoedu fuera normado, la sagacidad académica lleva a creer que se trata de un sitio académico. Error. Aquí estamos ante una exitosísima empresa emergente (modelo mejor conocido como *start-up*) que opera mediante capital de riesgo, también llamado capital emprendedor. Su modelo de negocios es el de las empresas que cuentan con un gran potencial de crecimiento, como Facebook o Twitter, empresas que surgen a partir de una idea emprendedora que se volverá, gracias al uso de la tecnología y la innovación constante, aunque principalmente gracias al crecimiento y trabajo de sus "usuarios", en uno de los modelos empresariales más lucrativos (por cierto, no es casual que aplicaciones como Uber o Airbnb se masificaran a partir de la crisis de 2008, aplicaciones emprendedoras para emprendedores). Una de las principales características es que este tipo de empresas surge como una iniciativa que las firmas ya establecidas no apoyarían. No es casual, por tanto, que su creador sea un doctor en filosofía de Oxford, alguien formado para pensar lo que no ha sido pensado, y mucho mejor si esa persona conoce, para el caso que comentamos, la importancia del ego para el desarrollo del nombre, esto es, de la propia marca. Como recuerdan Duffy y Pooley, "Richard Price, el filósofo-empresario que ideó Academia.edu, 6 años después del lanzamiento del sitio, había alcanzado una estrategia ganadora: el automarketing [*selfbranding*] académico, impulsado por las descargas de artículos". Al 2013, recaudó más de 11 millones de dólares y contaba con 4,3 millones de usuarios, un gran porcentaje de los supuestamente 17 millones de académicos alrededor del mundo a los que pretendía en ese entonces no muy lejano alcanzar. Alrededor de cinco años más tarde (inicios de 2018), la empresa cuenta con cerca de 60 millones de usuarios (con un crecimiento que sobrepasa los 30 miembros por minuto) y 20 millones de *papers*. Price espera conseguir el perfil y los artículos de cada académico del mundo, con el fin, o, según leemos en el sitio, con "la misión de acelerar la investigación del mundo", y

de manera libre, por supuesto, permitiendo que las y los académicos compartan sus investigaciones y, de paso, monitoreen su impacto. Y es aquí donde emerge su anzuelo y mordemos su carnada. En la realización del acceso abierto, academia.edu contrasta completamente con lo que hacen empresas como Jstor, ProQuest y otras, que cobran precios exorbitantes por descargar artículos. De ahí que Price aparezca como un filántropo, cercano a Alexandra Elbakyan, la fundadora de Sci-hub, pero están en las antípodas: la verdadera misión de Price no es aportar al desarrollo del conocimiento, sino a la acumulación de capital. Lo que no es tan evidente en Academia.edu es su *modus operandi*: sus usuarios en realidad son (somos) sus obreros, cuando no su producto. (Cuestión compleja, por cierto, esta la de no saber bien si somos usuarios, trabajadores o productos, lo que puede llevar a dificultar la forma en que debemos comprender el producto de nuestro pensamiento, de nuestro trabajo). Su actividad económica o su crecimiento económico está dado por las actividades que realizamos, de manera similar a Facebook, su principal modelo: producimos sus contenidos, abasteciéndolo con cada nueva publicación que subimos; promocionamos y compartimos nuestros textos, informándolo no solo en Academia.edu sino también, de manera simultánea, en Facebook y Twitter; y ahora además nos enviamos saludos y explicamos porqué los/nos leemos o los/nos descargamos. Y claro, además le sugerimos a colegas, estudiantes y amigos que hagan lo mismo. "Esta confusión usuario / obrero es tan indispensable para Academia.edu como lo es para Instagram", señalan Duffy y Pooley en su texto titulado "El Facebook de los académicos". Como la plataforma de Mark Zuckerberg, el principal atractivo de Academia.edu es la exposición mediática que le entrega a sus usuarios/autores/productores/emprendedores. De ahí que el sitio esté constantemente buscando cómo mejorar nuestras formas de auto-marca y autopromoción, contribuyendo así a la producción del modo de subjetividad requerido por la lógica del capital humano. Si ya estamos acosados por una metrología que no tiene nada que envidiarle a Taylor, "menos obvio, tal vez, es nuestra

propia internalización de los valores de una cultura de auditoría", sentencian Duffy y Pooley. Una "cultura" que adoptamos sin mayor dificultad, pues el *dictum* neoliberal del autodiseño lo apre(h)endimos mucho antes de que Facebook comenzara a usarnos, aunque es evidente que esta plataforma aumenta exponencialmente las posibilidades, al facilitarnos la autopromoción de nuestras clases y conferencias, de nuestros libros y sus lanzamientos, o incluso de nuestras lecturas o de nuestro crecimiento bibliotecario —o simplemente mostrando lo que estamos comiendo o escuchando, o exhibiendo el regalo o el autógrafo que nos acaban de dar, o incluso nuestro último corte de pelo. Aquí nada es excluyente, aunque más chic es subir fotos de las marchas a las que asistimos, ojalá que con cartel en mano y si este lleva consignas a favor de la revolución y/o contra el capitalismo, mucho mejor. Solo así lograremos producir la buena imagen que deseamos proyectar. Solo así es como se devela la obediencia a la vida activa requerida por el semiocapital. "Incluso el más implacable crítico del sistema", escribe Maurizio Ferraris, "el bloguero más irritable y huraño, el intelectual más disidente, aceptaría, en su disidencia, el sistema que critica a través de petulantes entradas y *tweets*".

> en el mundo moderno la información es mucho más portátil que antes. Y la gente también. Ergo, ya no es necesario guardar la información en un edificio, ni mantener a los mejores alumnos encerrados en un campus. Hay tres cosas que han provocado una revolución en la vida académica durante los últimos veinte años, aunque muy pocos se hayan dado cuenta: los viajes en reactor, los teléfonos de marcado directo y la fotocopiadora. Hoy en día, los sabios no han de trabajar en la misma institución

para intercambiar sus impresiones, pues se llaman unos a otros o se encuentran en los congresos internacionales. Y ya no han de buscar los datos en los estantes de las bibliotecas, pues todo artículo o libro que les parece interesante lo hacen fotocopiar y lo leen en casa. O en el avión que les lleva al siguiente congreso. Yo trabajo sobre todo en casa o en los aviones, últimamente. Rara vez entro en la universidad [...]. Mientras tenga usted acceso a un teléfono, a una fotocopiadora y a un fondo de ayuda para seminarios y congresos, estará perfectamente, estará enchufado en la única universidad que en realidad importa: el campus global [...]. Los tiempos del campus individual, estático, han terminado.

David Lodge, *El mundo es un pañuelo* [1984].

4 "rara vez entro en la universidad", dice irónicamente Morris Zapp, afamado teórico literario de *El mundo es un pañuelo*, de David Lodge, cuyo título en inglés es aún más significativo: *Small World*. Publicada en 1984, esta novela adelantaba lo que sería una universidad que podemos llamar "postfordista" y ello no solo por la introducción de determinada tecnología en el pequeño mundo intelectual, que sin duda revolucionó sus formas —y la escritura misma mucho más de lo que lo había hecho la máquina de escribir—, sino también por la preeminencia que cobraría el ego en relación con dicha tecnología, dispuesta para el académico, figura que hace de la distinción una forma de vida, cuando no una necesidad. (Por cierto: no es que el ego no existiera

antes, previo al boom cibernético. Es más, lo creo necesario para el desarrollo del trabajo intelectual. El problema emerge cuando el ego termina gobernándonos a partir —aunque no de manera exclusiva— de dispositivos que, lo sabemos, producen un modelo de subjetividad requerido por el capital). La universidad, por tanto, ya no resulta un lugar central o es uno de los tantos posibles, junto a hoteles y teatros, para "rendirse homenaje a sí mismo". Los académicos ya no quieren ser (solo) intelectuales, sino celebridades, razón por la cual prefieren tener seguidores antes que estudiantes. Si ya producir un texto, señaló Beatriz Sarlo, era motivo de un orgullo narcisista, lo que develaba la ambivalencia del "compromiso" intelectual, producirnos a nosotros mismos, exhibiéndonos además ininterrumpidamente en el proceso, da cuenta de lo subsumidos que podemos estar bajo la lógica del capital, ocupando un lugar indiferenciable y de antemano establecido para el consumo, gracias a que operamos como correctos prosumidores. De ahí que enarbolar la causa de los oprimidos y subalternos sin preguntarse por el propio lugar en el puesto de producción se vuelve una humorada que nos hace cómplices de la dominación, a la vez que clausura toda posibilidad efectiva de interrupción. Bill Gates, recordó Friedrich Kittler, veía a sus usuarios tan programables como sus computadores. De manera que el fin del campus individual es también el fin de una determinada figura intelectual, aquella que creía posible la metáfora del exilio (Said) o del punto de vista (Sarlo). Pero también parece este fin querer eliminar cualquier figura intelectual posible: las supuestas murallas de la universidad, como señaló Max Tello en la presentación que escribimos en *Descampado. Ensayos sobre las contiendas universitarias*, trabajo con el que este ensayo está en deuda, fueron desbordadas no solo por la expansión de sus conocimientos, sino por el propio principio liberal que propiciaba su campo de acción autónomo, su *laissez-faire*. La supuesta coincidencia contemporánea entre producción y circulación (de cualquier mercancía, incluyendo al "saber" mismo, y a quienes portan/encarnan dicho saber), no

anula las categorías de Marx, pero es evidente que permite la coincidencia entre universidad y mercado, desalojándose así cualquier posibilidad de crítica que carezca de autorreflexión y que oblitere o pase por alto sus propias condiciones de posibilidad. Por lo que para que esta se mantenga es necesario no subsumir el pensamiento en la abstracción del capital o, lo que es lo mismo, en la indexación. Como efecto de esta convergencia se puede entender la configuración de un "mercado global de la educación" con sus centros y periferias, compitiendo por los clientes/estudiantes del globo. De ahí la urgencia con que el Banco Mundial, a través de los ministerios de educación de cada país, viene entregando dinero a cambio de la implementación del llamado Sistema de Créditos Transferibles. Lo que se busca, aprovechándose de la vulnerabilidad económica de gran parte de las universidades que sucumben ante el Ranking de Shanghai, es articular de la mejor manera universidad y capital transnacional. La oferta de grados internacionales y, sobre todo, la educación a distancia (*e-learning*), necesita de un sistema estandarizado planetariamente. El famoso plan Bolonia, y su introducción en América Latina, no tiene otro objetivo que fortalecer su rol dentro de esta nueva división internacional del trabajo intelectual, donde universidades globales se disputarán (en realidad ya se disputan) los estudiantes/clientes de los países "en desarrollo". ¿Quién, viviendo en Taiwán, Marruecos o Santiago no querrá tener un título de Oxford o Harvard? (así sea mediante una plataforma virtual). Bajo esta nueva "condición desterritorializada", no solo la labor de investigación, formación y producción/circulación de conocimientos universitarios se rige principalmente por el mercado, sino que además la propia administración universitaria ha caído bajo el dominio del *New Public Management*. Hoy, estar enchufado es estar conectado y (auto)exhibido las 24 horas, los 7 días a la semana, los 365 días del año. ¿Qué habría dicho Zapp de contar con un Smartphone, "símbolo de la conexión virtual"? De manera que tras el fin del "campus individual y estático", no apareció un campus global que catali-

¿Estás listo para hacer crecer tu negocio?

Crea una página con un solo clic
Copia al instante tu información profesional y los seguidores en una página, y mantén tu perfil para uso personal.

Atrae a nuevos clientes y promociona tu marca
Las páginas ofrecen más soluciones para adaptarse a tus necesidades como negocio, marca u organización, y son fáciles de usar tanto en computadoras como en celulares.

Obtén más información sobre tu público
Usa las estadísticas de la página para ver cómo las personas interactúan con tus publicaciones y reaccionan a ellas, además de obtener los datos demográficos de los visitantes, como la edad o el lugar.

☐ Copia a todos los amigos de tu perfil para obtener Me gusta en tu nueva página al instante.

Ahora no | Ver nueva página

zara la libre producción intelectual, sino un mercado académico transnacional y que, como tal, opera bajo las "leyes de la competencia", leyes a las que las y los académicos deben ajustarse en pos de su sobrevivencia. En tanto *global professor*, Zapp no tendría ningún problema en asumir la publicidad de Compaq, y señalar que él mismo es su propia oficina (*I am my office*), gracias al uso de un notebook (o un teléfono inteligente) que le ofrece la movilidad requerida por la universidad global con la que sueña (*get a more mobile notebook and get a more mobile you*). Este anuncio de Compaq, indicó Octavi Comeron, "promociona las virtudes de un nuevo modelo de ordenador portátil —y de una cultura corporativa que invita a ignorar las limitaciones de tiempo y de lugar, a la disolución de los límites entre el trabajo y la vida. Una voz digitalizada repite el estribillo recordando que somos lo que producimos y lo que consumimos". A esta coincidencia entre producción y consumo la figura del intelectual no se sustrae, la abastece obliterando completamente la forma en que lo hace. Lo que olvidan todos los profesores globales como Zapps y sus imitadores, es que internet, y aquí sigo a Ferraris, no es un medio de comunicación, sino un aparato de registro y vigilancia que nos moviliza activamente todo el día cada día. Internet nos lleva a lo que Jonathan Crary conceptualizó como 24/7, temporalidad en la que no existe la posibilidad de sustraerse del trabajo/del consumo; el tiempo alguna vez heterogéneo de la creación/producción termina sincronizándose bajo las órdenes del semiocapital. Podemos comprar un artículo o un libro (o cualquier cosa) para preparar un artículo o un libro en cualquier momento y en cualquier lugar. O podemos buscar información que se registra, como las compras, para que, a su vez, los algoritmos de Academia, Google, Amazon o cualquier otra aplicación descargada en nuestros teléfonos o computadores nos busquen (esto es, nos posean). La recursividad de internet sincroniza prácticas, conciencias y memorias (tanto las propias como las protésicas), estandarizando la experiencia y el mundo que compartimos. Como diría Brecht, citado por Benjamin, "al creerse

en la posesión de un aparato que, en realidad, los posee a ellos", los intelectuales "defienden un aparato que no controlan, que ya no es (tal como ellos creen) un medio para los productores como tales, sino ya un medio contra los productores". Si bien también han permitido nuevas plataformas para la producción y la circulación del saber, e incluso para la crítica, internet y sus aplicaciones no dejan de ser, como afirma Crary, una herramienta encargada de la "desposesión masiva de tiempo y praxis". Nos devuelve un mundo (un *Small World*) hecho a la medida de nuestros deseos, deseos que podrán ser inmensos, pero no por ello dejan de limitarse a la pequeñez de mi subjetividad: no amplía, reduce radicalmente el mundo al tamaño de mis contactos. En este contexto, se podría decir, de manera muy general, que los intelectuales emplean (empleamos) las redes no tanto para encontrar interlocutores sino seguidores, obteniendo así una gratificación que les (nos) insta a seguir *movilizados*, a pesar de percibir, sin mucha dificultad, lo que implican (lo sabemos y aún así lo hacemos). Por ello habría que insistir en que si nuestro objetivo, como dice Crary, "es la radical transformación social, las plataformas electrónicas y las redes sociales en su actual forma de acceso masivo no son inútiles, pero son útiles solo cuando se subordinan a luchas y encuentros que tienen lugar en otras partes", esto es, fundamentalmente fuera de la red. Por ello el fin de

A Gershom Scholem
San Antonio, Ibiza (Baleares)
Fonda Miramar
23 de mayo de 1933

Querido Gerhard:

Tu carta del 4 de mayo ha llegado ya. Tengo más tiempo para contestarla, ya que la correspondencia con Alemania resulta cada vez más escasa. Es evidente que allí la gente no tiene ninguna gana de ponerse en peligro a causa de un intercambio de opiniones. […]

Mi estado de ánimo es malo. La completa imposibilidad de disponer libremente de algo se transforma con el tiempo, incluso para alguien como yo, que tan acostumbrado está a vivir en circunstancias precarias y sin pretensiones, en una amenaza para el equilibrio interior. Dado que si me vieras no necesitarías darte cuenta de ello, con mayor razón debe tener su lugar en una carta. Esta imposibilidad se debe menos a mis dificultades

con el pasaporte, que a la falta total de recursos que me aqueja. Además, me sería más conveniente a veces el estar menos aislado. Sin embargo, la elección de este lugar de residencia fue realmente sensata. A veces, una carta me hace abrigar la esperanza de que aparezcan conocidos míos por aquí. La experiencia parece mostrar, por cierto, que se debe conceder poco valor a esos proyectos, pues nadie, ni siquiera el año pasado, ha venido. Cuando, como ahora, pasa una semana sin que vea a mis amigos de París, se ensombrece mi estado general. […]

Como debo contar con que la nueva Ley de Prensa promulgada en Alemania elimine las pocas posibilidades que como articulista me restaban, París es la única base de producción que me queda. ¡Y qué poco optimista es esta formulación! Pero dado que, en el mejor de los casos, lo que pudiera ganar en París bastaría para cubrir mi subsistencia aquí, se establece un dilema al que no veo solución.

"los tiempos del campus individual, estático" que tanto sedujo a Zapp y los *global professors* no implicó la posibilidad de una *liberación* para la condición intelectual de sus factores limitantes, sino una reinscripción de "la verdad de la actividad" como condición, esto es, del *dictum* de la productividad valorizable, verdad de la que deberíamos sustraernos en nombre de un saber no capitalizable. Forjar un escenario alternativo o distinto requiere de un coraje que el mismo entrenamiento académico se ha encargado de ahogar. "La planta [el famoso *tenure*]", leemos en una novela de John Kenneth Galbraith, "se inventó originalmente para proteger a los profesores radicales, a aquellos que desafiaban el orden establecido. Pero ya no existe gente así en las universidades, y la razón es la planta. Cuando llega la hora de concederlas hoy día, los radicales terminan anulados. Tal es su función principal. Es un sistema muy efectivo en realidad: mantiene la vida académica en un nivel aceptable de tranquilidad". Pero hoy no solo la planta o el trabajo estable, como el que realizó William Stoner, que enseñó hasta su muerte en la misma universidad donde estudió sin nunca haber avanzado más allá del cargo de profesor asistente, no solo la planta, digo, neutraliza la crítica, también y de manera radical, la precarización a la que están sometidos la mayoría de las y los jóvenes profesores, profesores, por cierto, que añoran una planta. De manera que la universidad resal-

tada por Zapp no implicó más que una *salida* de su versión "moderna" — una *salida* cuyas consecuencias estamos tratando de vislumbrar, con el fin de encontrar en ella no solo al proceso de valorización, sino también una política de la escritura que logre sustraerse al modo de producción académico capitalista. Empero, la inscripción de la universidad en el espacio ciber no debe llevarnos a pensar que el trabajo intelectual se moviliza por primera vez por y para el capital (o que no haya alternativa posible). Internet es un dispositivo de axiomatización al que hay que dejar de adaptarse para adoptarlo a las necesidades de la democracia por venir. Desde que el mercado moderno de la producción intelectual cobrara existencia el saber ha estado atravesado por el requerimiento del capital, solo que entonces entre los muchos que participaban de esta empresa económica, el escritor debió buscar las formas en que su producción le granjease algo más que un honorario, esto es, un agradecimiento. Debió, en otras palabras, comenzar a verse como un productor, un productor que no siempre abastecía directamente el proceso de valorización. "No se me ocurren otros medios que la indagación histórica para prepararnos para el futuro", señaló Kittler.

> Pero tenía que llegar la hora en que el genio poético adquiriera consciencia de sí mismo, se creara sus propios medios de vida y supiera asentar las bases de una dignidad independiente. En Klopstock coincidieron todos los elementos necesarios para la fundación de una época así [...]. Por su comportamiento y su carácter, Klopstock había sabido procurarse respeto y dignidad a sí mismo y a otros hombres dotados de talento. Pero a cambio esperaba que, en la medida de lo posible, también le fueran aseguradas y mejoradas sus circunstancias econó-

micas, pues por aquel entonces el comercio de libros se centraba más bien en las obras científicas de uso universitario y en artículos editoriales, que se retribuían moderadamente. Sin embargo, la producción de textos poéticos se veía como algo sagrado y se tenía casi por simonía aceptar un honorario o solicitar un aumento del que se había recibido. Autores y editores [*Autoren und Verleger*] se hallaban sumidos en una relación mutua de lo más sorprendente. En cierto modo, los dos eran tanto patrones como clientes, según se quisiera ver. Aquellos que, además de su talento, contaban también con la consideración y el respeto del público en cuanto personas éticamente intachables, disfrutaban de un rango intelectual [*geistigen Rang*] y se sentían recompensados por la felicidad que obtenían de su trabajo [*Arbeit*], así que aceptaban de buen grado ocupar un segundo término y a cambio disfrutaban de un considerable beneficio: sólo que, de este modo, el bienestar de los ricos libreros superaba una vez más el del pobre poeta, por lo que todo quedaba estupendamente equilibrado [...]. No

Hasta aquí las contestaciones a tus amables preguntas. Mientras tanto, termino aquí los trabajos pendientes de la mejor manera posible, teniendo en cuenta lo precario de las condiciones de trabajo. Tanto estas tareas como las condiciones de la estancia, distintas de las del año pasado, me han mantenido alejado de lo que me interesa, es decir, de la continuación de la *Infancia en Berlín*. ¿Te mandé en su día "El jorobado hombrecillo" (su fragmento final), o es posterior? Si termino pronto el extenso y verdaderamente penoso trabajo sobre la situación de la literatura francesa contemporánea, retomaré de nuevo el tema de la novela, que he tratado intensamente hace poco en un artículo, por desgracia aún no impreso.

Hacia la misma época, supongo que cambiaré esta residencia por la de un molino solitario (sin ventanas; habrá que hacer un agujero en

obstante, entre los autores alemanes se había levantado una agitación general, pues compararon su propio estado, muy precario [*sehr mäßigen*], incluso pobre [*ärmlichen*], con la riqueza de los prestigiosos libreros y veían lo grande que era la fama de un Gellert, de un Rabener y, sin embargo, en qué estrechez económica tenía que apañárselas un escritor alemán apreciado por todos, a no ser que se facilitara la vida con alguna otra ganancia. También los intelectos [*Geister*] más o menos mediocres sentían un vivo afán de ver mejorada su situación y de independizarse de los editores. Fue entonces cuando Klopstock salió a la palestra y ofreció en suscripción su *República de eruditos* […] Muchos hombres bienpensantes, entre ellos varios de gran influencia, se ofrecieron a aceptar el pago por adelantado, estipulado en un luis de oro, porque se decía que no sólo había que pagar el libro, sino aprovechar también la ocasión para recompensar al autor por los méritos con la patria. La gente acudió en masa. Incluso mozos y muchachas que no tenían mucho que ofrecer, rompieron sus huchas. Hombres y mujeres de clase me-

la puerta). Puede que me vaya bien allí (y entonces tal vez permanezca mucho tiempo) o puede que se me haga insoportable (cosa igualmente posible); entonces cambiaré Ibiza por San Antonio, o abandonaré la isla. […]

Por lo demás, espero tan solo un par de impresos de Berlín para poder remitirte escritos nuevos para el archivo que haces de mis cosas. Solo puedo congratularme de la puntualidad con que velo por él. De todas formas, espero que la mayor parte, y la más actual, de toda mi producción esté pronto en una caja de caudales de París; alguien quiere hacerse cargo del traslado. […]

¡Escribe cuanto antes! Adorna tu carta con suplementos como la *Jüdiscbe Rundschau*; siempre se agradece. Mis mejores saludos para ti y Escha.

Tuyo, Walter

dia y alta también contribuyeron a este donativo sagrado, y en total debieron de reunirse unos mil suscriptores. Las expectativas se cifraban en lo más alto y la confianza era la mayor que se podía dar. Según esto, el éxito que tuvo esta obra debe de haber sido el más raro del mundo, pues una vez publicada se vio que, aunque su valía era considerable, lo era todo menos accesible para cualquiera [...] Aun así, había ido a parar a las manos de todo el mundo y, mientras todos esperaban recibir una obra que les fuera muy útil, la mayoría se encontró con una que no podía depararle el menor placer. La consternación fue general, pero el respeto que se tenía por aquel hombre era tan grande que no surgió ninguna queja, ni siquiera un leve murmullo. Los jóvenes se consolaron de la pérdida regalando entre bromas aquellos ejemplares que habían adquirido tan costosamente.

Goethe, *Poesía y verdad* [1811, 1833].

5 la figura del intelectual crítico es, como la del autor, más o menos contemporánea a la revolución industrial, solo que despunta pública y colectivamente a partir de la de Zola. Esta copertenencia contextual debe llevarnos a repensar la ficción llamada autonomía, así como también la relación entre saber y producción, por lo general bastante descuidada por el intelectual crítico. Con Napoleón, aplicado estudiante de matemáticas aplicadas, no llegaron solamente profesores y abogados, también, y no pocos, ingenieros. Como bien señalo Kitt-

[London] 15. Juli 1858
9, Grafton Terrace, Maitland Park

Lieber Engels,

***D'abord*, le ruego que no se asuste por el contenido de esta carta, ya que de ninguna manera pretende ser una apelación a su ya excesivamente sobrecargado erario [*exchequer*]. Por otro lado, nos corresponde unir nuestras cabezas para ver si de alguna manera se puede encontrar una salida a la situación actual [en la que me encuentro], que se ha vuelto absolutamente insostenible. Ha hecho que esté totalmente incapacitado para realizar cualquier trabajo, en parte porque tengo que perder muchísimo tiempo corriendo alrededor de intentos inútiles para conseguir dinero, porque mi pensamiento abstracto —tal vez como resultado de una corporalidad deteriorada— ya no es rival para las miserias domésticas. El malestar general ha transformado en un manojo de nervios a mi esposa, y el Dr. Allen, quien, por supuesto, sospecha dónde aprieta el zapato, pero no conoce el estado real de las cosas, ahora me ha dicho repetida y positivamente que ella no puede soportar la encefalitis o algo por el estilo, a menos que sea enviada a un balneario en el que debe pasar una estadía larga. Por mi parte, sé que, en las circunstancias actuales, aunque ello sea posible, no sería útil mientras siga siendo víctima de las presiones diarias y el espectro de la catástrofe final e inevitable no deje de asediarla. La catástrofe, sin embargo, no puede posponerse por mucho tiempo y, aunque se evite durante algunas**

ler, "la temprana universidad moderna se había apoyado tan fuertemente en los libros impresos en todas sus multilingües interrelaciones que la emergencia más bien simultánea de dibujos de construcción técnicos, igualmente infalibles, escapó a su noticia. Letras, cifras y diagramas en su triple combinación probaron ser demasiado ajenos para los humanistas". Y desde entonces, filósofos y literatos, además de escritores y artistas, han pretendido abstraerse de esta historia (técnica). Pero, contrariamente a lo que se ha afirmado, una y otra vez, el intelectual, por lo menos el intelectual que *trabaja* (en una universidad u otro espacio) y vive de su *trabajo*, no constituye una posición heterogénea al "pueblo", ni se sustrae a este, sobre todo en los tiempos que corren. Tampoco es o fue el portador de una misión universal. Menos aún es o fue el garante de un pensamiento libre de pertenencias, características todas estas que, según Franco Berardi, el intelectual tuvo antes de la revolución que la microelectrónica produjo en el ámbito de la producción, inscribiéndolo, ahora sí, en el espacio del capital. El intelectual siempre ha sido un

semanas, siempre permanece la insoportable y cotidiana lucha contra las necesidades más básicas, hasta el punto en que la situación general inevitablemente llevará todo a la ruina.

Dado que existen en Londres las llamadas *loan-societies*, que anuncian préstamos de £ 5,200, sin *securities* y solo con la solidez de las recomendaciones, intenté una operación de este tipo, ofreciendo a Freiligrath y un *epicier* [tendero] como avales. El resultado fue que £ 2 se fueron como fees [honorarios]. La respuesta final, negativa, llegó antes de ayer. No sé si debería intentarlo nuevamente. Para que pueda hacerse una idea de la situación real, le pedí a mi esposa que calculara [el gasto de] las 20£ adelantadas por usted y las 24£ que me desembolsó el "Tribune" (de las cuales 2£ ya están sobregiradas) el 16 de junio. Verá que, tan pronto como llega una suma bastante importante como esta, no queda ni un centavo ni siquiera para los gastos diarios más urgentes, para no hablar de ningún disfrute de la vida; que al día siguiente la misma repugnante lucha comienza de nuevo, y en muy poco tiempo los acreedores, habiendo sido compensados por un tiempo muy corto, comienzan una vez más a ejercer la misma presión. Al mismo tiempo, verá que mi esposa no se gasta ni un farthing [cuarto de penique]en vestidos, etc., mientras que la situación en cuanto a la ropa de verano de los niños es subproletaria. Creo que es esencial que repase estos detalles, ya que de otro modo no sería posible evaluar adecuadamente el caso.

trabajador, solo que hay que preguntarse cuál es la singularidad de su trabajo o del producto de su trabajo más bien. Adelanto que distinguirlo del trabajo manual, en tanto trabajo inmaterial, no hace sino reinscribir la metafísica junto a una distinción indispensable para la constitución misma del capitalismo. Como señaló hace bastante tiempo Alfred Sohn-Rethel, existe un fetichismo del trabajo intelectual que se ancla en Pitágoras, Heráclito y Parménides y que se extiende hasta nuestros días, fetichismo que es consustancial al dominio del capital: "La teoría de la 'matemática pura' y de la 'ciencia pura' triunfa en la medida en que en ella nunca se hace mención del trabajo manual. Precisamente, el objetivo de Kant era demostrar la posibilidad de estas dos ciencias sobre bases mentales a *priori*. Los argumentos empiristas de Hume constituían una dificultad para Kant en cuanto tendían a poner en entredicho el valor apodíctico de las categorías del entendimiento puro, y solo este valor podía justificar la división entre principios a *priori* y principios a *posteriori* del conocimiento, y por consiguiente, la separación de

Cálculo con respecto a 20£ [recibidas] el 19 de mayo. Pagado:

Gastos (agua, gas)	**£ 7 –**
Interés Casa de empeño	**£ 3 –**
Amortización casa de empeño	**£ 1 10 [sh.]**
Salario	**£ 2 –**
***Tallyman* (al que hay que pagarle semanalmente por una falda y pantalones)**	**£ – 18**
Zapatos y sombreros para los niños	**£ 1 10**
Panadero	**£ 1 –**
Carnicero	**£ 1 10**
Epicier	**£ 1 –**
Quesero	**£ – 10**
Carbón	**£ – 10**

aquella parte de nuestro ser independiente de nuestra naturaleza física y sensorial, y de la que depende la posibilidad de la matemática pura y de la ciencia pura. Así, un orden social burgués entendido como la división entre clases educadas y clases trabajadoras, podrá constituirse de un modo natural, por sí mismo, sin necesidad de privilegios de cuna o religiosos, y sin recortar la libertad de pensamiento […]. La separación radical entre mente y mano, sobre todo en lo relativo a las Ciencias y a la tecnología, es tan indispensable para el dominio de clase burgués como la propiedad privada de los medios de producción". Desde una perspectiva materialista, distinguir tajantemente entre trabajo manual e intelectual implica asumir una política a favor de la dominación, pues, como veremos más adelante, su copertenencia puede constituirse como un obstáculo para el capital, pero esta debe asumirse desde su lado fabril, no capitalista, como hace el derecho, para el que la figura (moderna) del autor, y *el intelectual es un autor y, en consecuencia, un productor*, opera como una marca,

Cálculo con respecto a las 24£ recibidas el 16 de junio del "Tribune"

Escuela para el Quarter febrero, marzo, abril	**£ 8**
Reembolso préstamo de Schapper para gastos diarios durante 4 semanas	**£ 3**
ropa de cama recuperada de la casa de empeño	**£ 2**
Salario	**£ 1**
Tallyman	**£ 1,4**
Carnicero	**£ 2**
Epicier	**£ 2**
Greengrocer [verdulero]	**£ 1**
Camisas, ropa, etc. para los niños	**£ 2**
Panadero	**£ 2**

Por lo tanto, después del 17 de junio no había ni un solo centavo en la casa y, para cubrir los gastos diarios de cuatro semanas que tenían que pagarse en efectivo, pedimos prestado 4£ a Schapper, de las cuales aproximadamente 2£ se perdieron en loan operation in fees.

El estado completo del endeudamiento, tal como está ahora en Londres es el siguiente (le mostrará que una gran parte de este consiste en deudas con pequeños epiciers que han estirado hasta el límite su crédito).

Arriendo de la casa, vence el 25 de junio	**£ 9**
Escuela, vence el 2 de agosto	**£ 6**
Periódico (por un año)	**£ 6**
Tallyman	**£ 3,9**
Carnicero	**£ 7,14**
Panadero	**£ 6**
Épicier	**£ 4**
Greengrocer y carbón	**£ 2**
Lechero	**£ 6,17**
Deuda con el lechero y el Panadero del Soho	**£ 9**
Dr. Allen (7£ pagadas con el penúltimo dinero del "Tribune")	**£ 10**
Lina Schöler	**£ 9**
Schapper	**£ 4**
Casa de empeño	**£ 30**

y al hacerlo, señala Richard Posner, garantiza la calidad estándar de un producto que busca, como los autos de Ford o las ampolletas de Edison, su público consumidor. "Igual que nombrar a un fabricante, nombrar al autor es asociar a un producto un sello prestigioso que se espera atraiga al consumidor […]. En la moderna sociedad mercantilista de las obras intelectuales que son bienes de consumo". Para Posner, el mercado de creaciones desplazó la autoridad anónima, que durante siglos se sustrajo a las exigencias de la originalidad. Es más, hubo épocas donde quienes "firmaban" una producción intelectual no eran quienes la escribían, sino quienes le otorgaban autoridad o quienes la encargaban. De ahí que "la demanda de originalidad es un fenómeno económico que se produce en un lugar y en un momento concreto", el despegue de un capitalismo que requirió establecer legalmente el derecho de propiedad sobre los productos de la propia industria, sean estos "ideas", lana o arroz. Lo que Friedrich Gottlieb Klopstock (1724 - 1803) logró, al evadir a editores y libreros, no fue tanto desabastecer un emergente mercado editorial, al que los lectores ya estaban acostumbrándose rápidamente. "Fue en la moral de los escritores", señaló Martha Woodamnsee, "donde el experimento de Klopstock tuvo un impacto directo […]. Solo por haberse pronunciado como lo hizo, ayudó a crear entre los escritores la autoridad requerida para promover sus intereses frente a los editores". En otras palabras, lo que impulsó

Klopstock fue que los escritores, considerándose como autores, lograran establecerse como los propietarios de sus productos (las ideas), y muy pronto a partir de un reconocimiento legal o de lo que hoy llamamos ley de derechos de autor. Comerciar con ideas o mercancías intelectuales no podía hacerse mediante la abstracción de la noción de propiedad, por lo que en aquel entonces se estableció que, "bajo ciertas circunstancias, las ideas de una persona no son menos su propiedad que sus cerdos y caballos", con lo cual el editor dejaría de ser el propietario de una obra, de una obra que un escritor habría escrito, para comenzar a operar como su representante. Esta historia, por cierto, es aún más compleja. La emergencia de la propiedad intelectual, en ese entonces, no era tan radical como la de hoy, cuando domina el modelo de las patentes, pero esta es una historia que no podemos abordar aquí. Importa, por ahora, señalar que la propiedad intelectual surge teniendo como modelo la propiedad privada, fortaleciéndose así la figura del autor, a quien se le asegurará de ahí en adelante la propiedad (capitalista) sobre su producción.

> Con el flâneur, la intelectualidad se dirige al mercado. Cree ella que para observarlo, cuando en realidad es para encontrar comprador.
>
> Walter Benjamin, *Charles Baudelaire. Un lírico en la época del altocapitalismo* [1938].

6 la dificultad para reconocer la creación intelectual como un producto económico y, por tanto, inscrito en una ineludible materialidad, ha contribuido a ocultar formas de explotación de un trabajo cuyo autor ve como improductivo, pero no así los empresarios a

quienes le entrega su "producto". No hay creación intelectual que pueda sustraerse a la lógica capitalista por la que circula. Los empresarios lo tienen claro. Los intelectuales no siempre y valdría la pena dejar de ser un purista. No hay un autor más "comercial" que otro, porque no hay afuera del capital. De ahí que haya que buscar otra forma de encarar este problema, asumiendo que estamos completamente inmersos en un modo de producción que abastecemos cuando lo criticamos ajustándonos a su aparato de circulación, aparato, como vimos más arriba, que se ha tomado completamente el sistema universitario. La literaturización de las formas de vida revolucionarias que buscaba Walter Benjamin, no ha tenido lugar, dado que el autor no ha transformado el sistema de producción que lo produce, más bien se ha acomodado a él, permitiendo no solo la mercantilización, sino la capitalización de la vida o, en términos contemporáneos, su transformación en capital humano. Frente a la primera crónica que envió Martí a *La Nación* de Buenos Aires, recogida en Destinatario José Martí, Bartolomé Mitre se vio obligado a explicarle al colaborador *freelance*, que su pluma debía ajustarse a los requerimientos de una empresa comercial: "No vaya Ud. tampoco a tomar esta carta como la pretensión de lección que aspira a dar un escritor a otro. Habla a Ud. un joven que tiene probablemente mucho más que aprender de Ud. que Ud. de él, pero que tratándose de *mercancía* –y perdóneme Ud. la brutalidad de la palabra,

De estas deudas, las únicas que no considero urgentes son las debidas al Dr. Allen, a Lina Schöler, a los antiguos acreedores del Soho y parte de lo que se debe a la casa de empeño. Por lo tanto, toda la historia gira en torno al hecho de que los escasos ingresos nunca alcanzan a destinarse para el próximo mes, ni son suficientes –luego de descontar los gastos permanentes del hogar, la escuela, los impuestos y la casa de empeño– para reducir las deudas a un nivel que impida que uno sea arrojado directamente a la calle. En unas 4 o 5 semanas tendré about de 24£ para sacar del Tribune. De estas, 15£ irán inmediatamente a pagar intereses y el alquiler. Si solo se paga un mínimo con respecto a las otras deudas, y es muy dudoso que el butcher, etc., sea paciente durante tanto tiempo, la situación, por otra parte, se verá agravada de nuevo por las 4 semanas que tienen que pasar d'une manière ou d'une autre. Hasta el landlord [dueño de la casa] es perseguido por los acreedores y [a su vez] me persigue a mí como

el infierno. No veo qué hacer si no es posible obtener un loan de una loan-society o de una life-assecurance Society [sociedad de préstamos o de una sociedad de seguros de vida]. Incluso si buscara reducir los gastos al máximo, por ejemplo, sacar a los niños de la escuela, cambiarse a una vivienda completamente proletaria, deshacerse de las empleadas, vivir de las papas, ni siquiera la subasta de mis bienes domésticos bastaría para satisfacer a los acreedores del barrio y asegurar un escape sin obstáculos a algún escondite. El show of respectability, que se ha mantenido hasta ahora, ha sido la única forma de prevenir el colapso. Por mi parte, le preguntaría al diablo si finalmente podría tener una hora de descanso y poder hacer mi trabajo en Whitechapel. Sin embargo, en vista del estado actual de mi esposa, tal metamorfosis podría tener consecuencias peligrosas y difícilmente sería adecuado para las niñas, que están en crecimiento.

en obsequio de la exactitud-, que va a buscar favorable colocación en el mercado que sirve de base a sus operaciones, trata, como es su deber y su derecho, de ponerse de acuerdo con sus agentes y corresponsables en el exterior acerca de los medios más convenientes para dar a aquella [i.e., la mercancía] todo el valor de que es susceptible". Esta carta se funda, como se señala en sus primeras líneas, en "las conveniencias de empresa", y es a partir de esta materialidad que debemos comprender el trabajo intelectual y sus productos si no queremos caer en la misma falsa distinción que se dio entre arte (intelectual) y artesanía (manual), enalteciendo a uno, denigrando a otra. Baudelaire ya sabía que la subsistencia del artista dependía de la venta de sus poemas; la supuesta autonomía del arte no era sino el fin de su aura y el comienzo de su abdicación ante el mercado, por eso escribió: "Yo, que vendo mi pensamiento y que autor quiero ser". Benjamin lo señaló, como siempre, de manera ejemplar: "La pérdida de aureola afecta en primer término al poeta, el cual se ve obligado a exponerse en persona en el *mercado*. Baudelaire lo intentó expresamente. Su mitomanía celebérrima fue su estrategia, su publicidad".

Recorrió durante dos minutos las instrucciones de la Samsung ZRT-AV2, moviendo la cabeza como si

cada una de las líneas confirmara sus sombrías predicciones.

-Pues sí… -dijo finalmente, devolviéndole el manual-. Es un bello producto, un producto moderno; puede usted amarlo. Pero debe saber que dentro de un año, dos a lo sumo, será reemplazado por otro nuevo, de características supuestamente mejoradas.

I have now made a clean breast of it [Le he hablado de manera franca] y le aseguro que me ha costado no poco esfuerzo. Pero, *en fin*, debo decirle lo que pienso a alguien. Sé que personalmente no puede remediar la situación. Lo que pido es solo comunicación, sus puntos de vista, what to do? [¿qué hacer?] No le deseo ni a mi peor enemigo que se enfrente al atolladero en el que he estado metido durante 8 semanas, furioso por las innumerables vejaciones que están arruinando mi intelecto y destruyendo mi capacidad de trabajo.

***Salut*.**

Your
K. M.

Le enviaré los artículos que me pide.

"También nosotros somos productos -continuó-, productos culturales. Nosotros también llegaremos a la obsolescencia. El funcionamiento del mecanismo es el mismo, con la salvedad de que no existe, en general, mejora técnica o funcional evidente; solo subsiste la exigencia de novedad en estado puro".

Michel Houllebecq,
El mapa y el territorio
[2010].

II

7 bajo este escenario, para quienes nos sustantivamos como intelectuales, y nos adjetivamos además de críticos, quizá sea prudente entrever antes que las formas en que apoyamos a la "liberación", los modos en que contribuimos a la servidumbre, por lo general de manera voluntaria. Quizá sea prudente, creo, suspender, así sea momentáneamente, adjetivos y sustantivos, para darle relevancia al adverbio, pues sin preguntarnos por el cómo, por la forma o las formas, es posible adherir e incluso levantar una vanguardia categorial o seguir la "tendencia teórica correcta", sin dejar por ello de abastecer el modo capitalista de producción académica. El interés por lo que se podría llamar política del adverbio estriba en una inquietud que arrastro, a decir verdad, desde hace varios años. Si se cuenta en "nuestras" filas con nombres como los de Marx, Darwin y Freud, o como los de Beauvoir, C.R.L. James, Adorno, Arendt, Fanon, Marcuse, Millett, Foucault, Derrida, Kristeva, Hall y un largo etcétera, no me explico cómo entonces nos encontramos habitando un mundo en el que el racismo, la misoginia y la desigualdad radical, por nombrar algunas de las preocupaciones de un intelectual crítico, dominan. Es más, pareciera que incluso con la (supuesta) distancia crítica —esgrimida como un valor clave por la modernidad— el intelectual estaba más cerca del proletariado de lo que hoy, cuando dicha distancia ha desaparecido, lo están (lo estamos) los

académicos, "impotentes para toda distanciación", al decir de Fredric Jameson, y, por tanto, más preocupados de cómo hacerse (hacernos) un lugar en el mercado académico —comercializando incluso subalternidades varias—, que de producir un lugar efectivo para una crítica que contribuya a la democracia por venir. Como sociedad, llegamos al siglo XXI muy pobres en términos de libertades, pero como intelectuales, como intelectuales somos enormemente "privilegiados" si nos comparamos con un Marx en Londres o con un Benjamin en Ibiza, para no mencionar a Gramsci… Pero no todos somos "privilegiados"… lo que para unos (pocos) es privilegio, esto es, la planta (el contrato indefinido), para otros (la mayoría) *la precarización es la norma*, situación que favorece la explotación y el abuso por parte de universidades e intelectuales y/o académicos ya "consagrados". Interesa entonces esbozar una posible respuesta al problema de la condición intelectual, condición que para este breve ensayo consideraremos a partir de su variante académica, suponiendo que en la Universidad por lo menos una huella de lo que reconocemos como intelectual aún sobrevive, así sea de manera espectral. Y para ello recurriremos a Benjamin, una vez más a Benjamin, porque este ensayo pretende modestamente ser una relectura, desde la condición académica que nos (me) atraviesa, de "El autor como productor" (*Der Autor als Produzent*), teniendo en cuenta, como diría Bolívar Echeverría, que la "falta de actualidad de" su "conferencia parece evidente. Se trata de una exposición dirigida a escritores, artistas e intelectuales a quienes, por lo que se desprende de la lectura, parece importarles grandemente el pertenecer o no al bando de la izquierda, el ser o no considerados 'revolucionarios'; una especie de interlocutores que no existe ya o de la que quedan solo unos cuantos ejemplares dispersos, afectados por los estragos de la extemporaneidad y el aislamiento". Allí, entre tantas cosas que intentaremos reinscribir en o sobre nuestra contemporaneidad, Benjamin rechaza el *Aktivismus* de la logocracia (*Logokratie*) esto es, el "gobierno del espíritu", también traducido como "gobierno de los intelectuales". Kurt Hiller,

su principal teórico, "formula", dice Benjamin, una "crítica de los dirigentes de los partidos", y aunque dice reconocer su sapiencia, así como la cercanía que mantienen con el pueblo, "está seguro de una cosa: [esos dirigentes, que no intelectuales] 'piensan más defectuosamente'". Seamos sinceros: como intelectuales, creemos tener siempre, o casi siempre, la razón. Para eso estudiamos o nos formamos, para eso leemos. Nuestro juicio es (supuestamente) el más informado y argumentado, el más certero e infalible y en concordancia actuamos. Y cuando no lo es, tratamos de que no se note. Aunque hay también, por cierto, algunas y algunos que lisa y llanamente, creyéndose poseedoras o poseedores de la razón (o de la verdad) absoluta y/o herederos de una supuesta modernidad "todavía" inconclusa, llegan a performar de manera *violenta* una defensa de la teoría crítica o una crítica de cierta teoría —ya sea en nombre del neoarielismo o de su denostación—, negando o difamando todo aquello que no calza con su erudita, pero limitada, imaginación política, anclada, a fin de cuentas, en el locus universitario que dicen contestar. Por eso Benjamin afirma que es "probable que Hiller tenga mucha razón, pero ¿de qué sirve eso si desde el punto de vista político lo decisivo no es en absoluto el pensamiento privado, sino (como Brecht dijo una vez) el arte de pensar en la cabeza de otras personas?". Y si a ello agregamos que como intelectuales, como intelectuales críticos o radicales por supuesto, buscamos un "lugar *junto* al proletariado", o buscamos, como diría José Martí, "desestancar al indio" e "ir haciendo lado al negro", uno de los tantos nombres de la afamada categoría de "subalterno/a", entonces estamos transformándonos en "un mecenas en lo ideológico", pero ello implica "un lugar imposible", como sentencia Benjamin, que si tiene razón, ha sido la soberbia y el narcisismo más que la apertura al otro o la "solidaridad" con los subalternos y oprimidos lo que ha enterrado a la teoría crítica, distanciándola de quienes supuestamente pretende "liberar". Y de paso, ha permitido la posibilidad para que, muchas veces desde las mismas universidades, emerja un clima anti-in-

telectual y en particular antiteórico, que ha hecho de la transparencia un valor. Pero en este escenario, infausto y turbador, la teoría debe ser una de las estrategias del pensamiento que no arredra, que no se rinde ante "el signo de los tiempos", ese signo sobredeterminado por las "ventajas" que ofrece la legibilidad requerida por un mercado axiomatizador que, en nombre del público y de lo público, solicita "hacerse entender". Por eso vale la pena preguntarse para qué y de qué manera escribimos, pregunta que adquiere una relevancia política de primer orden ahora que las humanidades están literalmente siendo obligadas a clausurar el deseo que las mueve en nombre de la claridad y la aplicabilidad, esto es, de la comunicabilidad. Hasta tal punto está codificada la escritura académica que hemos olvidado que el éxito de una investigación, sobre todo si es textual, "no depende", al decir de Barthes, "de su 'resultado', noción falaz, sino de la naturaleza *reflexiva* de su enunciación". De ahí que la forma ensayo adquiera una relevancia clave para el trabajo del pensamiento, para la condición intelectual, al resistirse a un tipo de escritura que niega la imaginación teórica y crítica al imponer como requisito una forma fija y repetitiva. Cualquier *paper* repite tres o cuatro veces las "ideas" principales, y las famosas palabras clave, junto al respectivo resumen (en inglés y español), condicionan la lectura como el peor de los paratextos, haciendo de la escritura un producto de rápida recepción y consumo (el saber no necesita *abstracts* ni *keywords*: Elsevier y Clarivate sí). Pero lo cierto es que ello tampoco es así. Asit K. Biswas y Julian Kirchherr publicaron hace poco un estudio en el diario virtual *For The Straits Times*, donde señalaban que, para el caso de las humanidades, el 82% de los artículos publicados en revistas con referato externo (*peer-reviewed*) jamás son citados (aunque seguramente abundan las autocitas). Entonces ¿para quién se está escribiendo? Si se es complaciente con lo que Marchant llamaba la interpretación técnica del pensar la respuesta no es muy difícil de encontrar: para las empresas que lucran con sus bases de datos, que venden a precios exor-

bitantes a las universidades donde nosotros mismos trabajamos. Pero, ¿por qué los Estados nos obligan a publicar solo en determinadas revistas indexadas? El acceso libre de Scielo es importante, porque se distancia en términos de acceso de Jstor, Muse y otras empresas, pero su formato es el mismo de Elsevier y Clarivate. Por otra parte, las noticias sobre fraudes intelectuales (a los que cada vez estamos más acostumbrados), publicados en revistas de prestigio como *Nature* y *Science* o por académicos y estudiantes de universidades tan prestigiosas como Harvard, han mostrado de manera fehaciente que la evaluación ciega de pares no entrega ninguna garantía para que una revista sea considerada rigurosa o de "calidad". Es más, luego de la aceptación de un *paper*, algunas de estas revistas instan, de manera subrepticia, a que se citen artículos en ellas ya publicados para aumentar así su índice h. Así como un ensayo no necesita ancilarmente de palabras claves ni de resúmenes, una buena revista no necesita de referato externo, sino de una clara política editorial. Pero la indexación no se lleva bien con la política, lo suyo es la *pa(u)perización* del saber. En América Latina, las revistas tuvieron un rol central en el desarrollo del trabajo intelectual y su pérdida a manos de la indexación debe lamentarse. Habría que recuperarlas.

¿Una teoría? [...]. Cuando la oigo, echo mano a mi revolver.

David Lodge, *El mundo es un pañuelo* [1984].

8 la ahora famosa conferencia, para no hablar de la fama misma de Benjamin, especie de *rockstar* de la teoría crítica contemporánea (rentabilizado por tesis académicas que escriben sobre él y sus "tesis" o publican *papers* en revistas indexadas sobre la obra de arte en la época de su reproductibilidad digital), pero que cuando la escribió apenas tenía para vivir (por aquellos años trabajaba de manera part-time para la llamada Escuela de Frankfurt, cuna de la teoría crítica, a la vez que intentaba dar conferencias en casas privadas de París), la conferencia, digo, resulta relevante para pensar las condiciones en las cuales, en tanto académicos, intelectuales, artistas o críticos, escribimos, pero sabiendo que incluso aquello resulta insuficiente. Pensar esas condiciones implica pensar también los modos de producción y más específicamente el lugar que ocupamos en él, abasteciéndolo. "El autor como productor" no se preocupa tanto, creo, como Federico Galende cree, de que los obreros vean a los artistas como ellos, como obreros, sino de si los artistas son capaces de verse como obreros. Y no porque artistas como Sergei Tretyakov hayan sido capaces de trasladarse a una granja colectiva (*koljós*) en el Cáucaso Norte, o no solo por eso. Si bien Benjamin menciona la prensa rusa como un modo de revisión de la distinción entre autor y público, lo hace, empero, de manera acotada y casi entre paréntesis. "Permítanme mencionarles un ejemplo", dice, "de la esterilidad" de las tradicionales formas y posiciones de la producción literaria. "Con ello, volveremos a Tretiákov". De ahí que lo que atraviesa su lectura estriba fundamentalmente en recordar que toda actividad intelectual está "condicionada por las relaciones de producción", inmersa en las relaciones de producción, y que, por tanto, desde este punto de vista, radicalmente materialista, el intelectual es un trabajador, un obrero que produce objetos que luego, cuando entran en circulación, pueden devenir, bajo ciertas condiciones, mercancía, un libro, por ejemplo, sobre soberanía y democracia radical o sobre marxismo y literatura, libros que pueden perfectamente tener un valor que sobrepase los 100

e incluso los 150 dólares, y que, como mercancía, es producida por un trabajador que hoy ha devenido emprendedor, esto es, en un empresario del saber, de su propio saber, como veremos luego, obliterando en el proceso precisamente su posición de trabajador. Ahora bien, mi énfasis en la fabrilidad intelectual no pretende restar relevancia a la intelectualidad (de lo) fabril. En este sentido, me considero gramsciano: "todos los hombres [y todas las mujeres] son intelectuales, podríamos decir, pero no todos los hombres [ni todas las mujeres] tienen en la sociedad la función de intelectuales". Como en Gramsci, lo que con "El autor como productor" se aventura es la distancia del intelectual como figura independiente, autónoma e investida de características propias. (Y si aquí me centro en esta figura es porque me constituye y constituye la posición desde la cual habito y enfrento este mundo). Por ello Benjamin cierra su texto afirmando que "cuanto más exactamente conozca [un académico, *rrf*] su puesto en el proceso de producción, tanto menos se le ocurrirá entenderse en calidad de" intelectual. De manera que "El autor como productor" no versa principalmente sobre cómo un trabajador puede devenir artista, sino en hacer explotar la idea de artista, de autor, de intelectual. Se trata, en síntesis, de abolir la personalidad creativa, pues "esperar una renovación a la manera de estas personalidades […], es un privilegio del fascismo", dice un Benjamin al que pensar los modos de producción no sirve de nada si no se busca a la vez transformarlos. Por ello creo que debemos preguntarnos: ¿nuestros libros, nuestros textos, lo que publicamos, lo que producimos, transforman o refuerzan la forma de trabajo impuesta por el capitalismo (académico) contemporáneo? Lo pregunto porque si nuestro trabajo se reduce a publicar libros, a dirigir tesis doctorales y/o números monográficos, a organizar paneles en conferencias profesionales o a dar conferencias sobre la crisis, la revolución, el capitalismo, etc., etc., por mucho que todo ello sea hecho en nombre de la deconstrucción más radical de los procesos de acumulación o de la ontoteología, y no solo en nombre, sino verdaderamente luchando

contra ello, pero lo hacemos buscando la mejor editorial, el congreso que nos dé mayor visibilidad, dirigiendo las tesis que militarán bajo nuestros conceptos, y todo ello ventilado a través de plataformas virtuales como Facebook y Academia.edu (o blogs especialmente creados para ello), entonces no habremos hecho nada para transformar el modo de producción (académico) capitalista. Quizá habremos hecho ruido, que no es poco, pero lejos es suficiente. "El aparato burgués de producción y publicación puede asimilar y propagar enormes cantidades de temas revolucionarios, sin que su propia subsistencia y la de la clase que lo posee sean por ello puestas en cuestión", concluye Benjamin. A partir de su conferencia, deberíamos preguntarnos qué implica, por ejemplo, publicar un libro que trate de la crítica de Marx a la propiedad capitalista, bajo la lógica de la propiedad intelectual, un dispositivo central para la actual expoliación humana. Aclaro que no pretendo denostar el trabajo del pensamiento, muy por el contrario, pero este no puede seguir los canales previamente establecidos, que no han hecho otra cosa que fortalecer la figura del intelectual producida por el capital, que comprendió perfectamente la importancia que le damos a nuestro ego. Benjamin, reitero, insistió en la necesidad de quitarse el disfraz de "intelectual", "artista" o "autor" para asumir efectiva y no mentalmente la condición productora de la cual el pensamiento no puede abstraerse sin caer en la metafísica y el fetichismo del capital. Cuando un productor intercambia sus productos, lo hace, recordó Sohn-Rethel, no como productor, sino como propietario de mercancías, con lo cual se oblitera su posición de trabajador, a la vez que se resalta la de capitalista, pues un productor, como veremos más adelante, constituye una figura bifronte. Por ahora tan solo quiero insistir en que el texto de Benjamin opera como un llamado a no olvidar lo que implica la lógica de la producción para el campo intelectual, lógica que articula, como arguye Sohn-Rethel, "la unidad entre mente y mano, mientras que la lógica del mercado y del pensamiento […] es una lógica del trabajo intelectual separado del trabajo manual". Centrar-

se en el ámbito productivo, así como en los medios de producción (la técnica) es lo que para Benjamin (y para Brecht, con quien discutió su texto) permitiría proletarizarse en tanto productor. Los progresos de la técnica transforman las formas artísticas, así como los medios de producción intelectual, y eso lo podemos percibir sin ningún problema: internet ha cambiado radicalmente la forma de nuestro trabajo. Solo que la proletarización que auguraba Benjamin no ha acontecido porque la figura que ha terminado predominando ha sido la del intelectual rutinario, aquel que ha renunciado a adoptar e incluso tan solo a problematizar el aparato de producción.

El ciclo de la credibilidad académica

> Pierre no pretende haber hecho un gran descubrimiento. La rentabilidad de la operación no radica todavía en la progresión de la endocrinología, sólo en la de su carrera.
>
> > No significa que fuese algo revolucionario. Me dijeron que era válido, en el sentido de que era competitivo con lo que hacían los mejores grupos de Estados Unidos. […] sencillamente quería saber si la idea era válida hasta el punto de justificar si una persona trabajase sólo en ella o si tenía que perder el tiempo junto con otras personas, eso es todo.

Para entender todas estas evaluaciones Pierre dibuja un borrador de un ciclo completo de credibilidad: a un investigador no le interesa la información en sí misma, sino sólo por la *nueva* información. Si rehace algo que ya había sido descubierto, el valor de su trabajo equivale a cero. Pero aún, es negativo, puesto que ha consumido para nada trabajo, energía, material, espacio. Para que no haya pérdida es preciso que el crédito de la operación sea por lo menos igual -o a poder ser ligeramente superior- al débito. Desde Marx llamamos capital a lo que circula bajo la forma de un ciclo cuyo único cometido es la renovación o la expansión de ese ciclo. Todo ocurre en la ciencia de tal manera que el cometido de la operación constituya un aumento de ese capital. El capital de credibilidad no está reservado al reconocimiento (simbólico) que los investigadores puedan tener entre ellos (Pincus por Kernowicz, Jost por Pincus), sino al *conjunto del ciclo* (datos, verdades, conceptos y artículos incluidos).

Pincus presta a Pierre un cierto capital de partida en forma de espacio, instrumentos, redes de información, y Pierre gasta ese capital en un tema: el ovario. Podría malgastarlo sin beneficio alguno. Recordemos que sólo tiene seis meses para "presentar pruebas". Recordemos asimismo que los tres tejidos del ovario tienen cada uno respuestas distintas en función del tiempo, lo que convierte

a las respuestas del ovario entero en caóticas y análogas a un ruido de fondo. Pierre moviliza una técnica (la microdisección), un material experimental (la coneja bloqueada en fase folicular) y opta por inyectar gonadotropinas en cada tejido por separado. Este trabajo "aporta" datos claros que pueden distinguirse fácilmente del ruido de fondo. Convierte tales datos en argumentos en un seminario de la Fundación Pincus. Los colegas opinan que "tiene buena pinta".

Kernowicz prosigue y convierte sus argumentos en artículos que la reputación de Pincus permite colocar en buenas publicaciones, en las que son por tanto bastante leídos. Dado que Pierre ha alterado la serie lógica y optado por una aproximación a contracorriente, lo leen con "interés" quienes iban a hacer lo mismo pero creían sin motivo que les quedaba tiempo. Dado que estos lectores están interesados no en la información, sino en la nueva información, no les serviría de nada rehacer lo que Pierre ya ha hecho, sobre todo teniendo en cuenta que el crédito de Pincus garantiza que los resultados de Pierre no se necesitan repetir. Los lectores del artículo de Pierre tienen que partir por tanto de sus datos. Dado que Pierre ha luchado desde el principio para ser independiente y aparece como primer autor, sus lectores están obligados a atribuir a su nombre propio la cita y el reconocimiento que conlleva. Finalmente, dado que Pierre

trabaja en Pincus y pública en una buena revista, nadie puede permitirse utilizar su trabajo sin citarle, como hubieran hecho en caso de tratarse de un francés de Francia o de un japonés de Japón. Por todas estas razones Pierre se encuentra en posición de un capital de credibilidad netamente superior al que le prestaron a su llegada. El conjunto formado por Pierre y sus ideas es "válido" y proporciona beneficios a quien invierte en él.

[...]

El título del capítulo ["El ciclo de la credibilidad académica"] se vuelve más claro: Pierre es un capitalista -en capital de credibilidad- y es sin duda un salvaje porque está dispuesto a desplazar en cualquier momento el conjunto de sus valores para reinvertirlos donde crea percibir que su rentabilidad será más alta. A medida que se da a conocer, cada vez es más móvil.

Bruno Latour, "Retrato de un biólogo como capitalista salvaje" [1984].

9 benjamin interroga, por tanto, no la relación entre el intelectual y el obrero, sino entre productores. Solo así el "autor" se vinculará "con otros productores que antes no tenían mucho que decirle"; solo así la producción intelectual dejará de considerarse bajo

la forma individualista (narcisista) que la domina y podrá exponerse como el cruce de múltiples y heterogéneas líneas, como el *efecto de lo común*. Se trata esta de una cuestión relevante hoy, cuando las llamadas industrias creativas han exaltado la mercantilización de ideas y conocimientos bajo la lógica de las patentes y el emprendimiento cultural, obliterándose radicalmente que la creación intelectual no tiene origen ni fuente exclusiva. Pero no es fácil quitarse el disfraz de intelectual, ni suspender la personalidad creativa. Roberto Bolaño observaba respecto de los escritores contemporáneos una ansiedad que podemos perfectamente encontrar también en los académicos contemporáneos, una observación que vale la pena recordar aquí: "Los escritores actuales no son ya, como bien hiciera notar Pere Gimferrer, señoritos dispuestos a fulminar la respetabilidad social ni mucho menos un hatajo de inadaptados sino gente salida de la clase media y del proletariado dispuesta a escalar el Everest de la respetabilidad, deseosa de respetabilidad. Son rubios y morenos hijos del pueblo de Madrid, son gente de clase media baja que espera terminar sus días en la clase media alta. No rechazan la respetabilidad. La buscan desesperadamente. Para llegar a ella tienen que transpirar mucho […]. No es de extrañar que de golpe se sientan cansados. La lucha por la respetabilidad es agotadora. Pero los nuevos escritores tuvieron y algunos aún tienen (y Dios se los conserve por muchos años) padres que se agotaron y gastaron por un simple jornal de obrero y por lo tanto saben, los nuevos escritores [así como los nuevos académicos], que hay cosas mucho más agotadoras que sonreír incesantemente y decirle sí al poder. Claro que hay cosas mucho más agotadoras". Nuestro cansancio entonces resulta, en algún punto, "placentero", deseable, lo buscamos. Que pasemos semanas promocionando un nuevo libro (ya es común rondar o superar los diez lanzamientos), o trabajando en el tráiler que lo promocionará (los famosos *Book Trailers*, también conocidos como *Teaser*, esto es, campaña de intriga, aunque literalmente refiere: señuelo); meses viajando para dar conferencias por distintos países, o pasando de un

congreso a otro, como Morris Zapp, contribuye a afirmar nuestro lugar en el mercado, a posicionarnos de mejor manera. De eso se trata según Richard Price, el fundador de Academia.edu: "un problema central para los investigadores es cómo construir su marca", afirmó tranquilamente en una entrevista. Y si ello es así, nos afrentamos a un escenario que Benjamin no entrevió: de autores hemos pasado a ser considerados por la gubernamentalidad algorítmica en curso como *emprendedores*, esto es, como empresarios de nosotros mismos, anulando ahora con mayor fuerza el ámbito productivo de nuestro trabajo. Algo, por cierto, que ni Marx pudo anticipar, pues vio en la anomalía de la producción intelectual un residuo medieval que, a su juicio, la subsunción real del capital terminaría eliminando por completo. De ahí el interés por pensar junto a la teoría del valor, el valor de lo intelectual, que no es otra cosa que el valor de nosotros mismos. Hasta hace poco, la consigna de la universidad neoliberal era: publica o muere. Ahora,
como
ya
se
ha
introyectado
el
placer
de
la
publicación,
aunque nos agote,
la consigna es:

"PROMUÉVETE O MUERE"

Hasta hace poco, el académico era dueño de su tiempo, ahora el tiempo (del capital) es su señor, con lo cual se niega la capacidad de pensar o investigar rigurosamente, a la vez que se estandariza la escritura, haciendo de esta un mero medio de información. Y si últimamente hemos visto que se promueven ciertas formas de "trabajo colaborativo, amplio y multidisciplinario", este no es más que una forma oportunista de cooperación. Al tener como eje la competencia, sustentada, a su vez, por la lógica del capital humano, que no es otra que la *modelación de sí*, el trabajo colaborativo que hoy se da en las universidades está completamente subsumido bajo la lógica del capital. Al privilegiarse la "aplicación de resultados en situaciones reales" (CONICYT *dixit*), el pensamiento se encuentra relegado por la inmediatez mercantil.

Hoy en día, un crítico no hace nada que no tienda a torturar la expresión más obvia en un millar de significados… Su objeto, de hecho, no es el de hacer justicia a su autor, al que trata con muy escasa ceremonia, sino rendirse homenaje así mismo, y mostrar su conocimiento de todos los tópicos y recursos de la crítica.

David Lodge, *El mundo es un pañuelo* [1984].

10 reflexionar sobre la o el académico como productor nos lleva a pensar en el *valor* de su trabajo, esto es, en el *valor* que podría eventualmente producir como crítico o teórico. El condicional se debe a que no hay que darlo por sentado. Por ello se hace necesario retornar a la teoría del valor esgrimida por Marx en *El capital* (y en textos cercanos a este libro), lo que implica de entrada señalar que el valor no se corresponde con la riqueza material, ni una mayor productividad genera un mayor plusvalor. Lo cual quiere decir que la inmensa cantidad de riqueza (material) que se genera hoy no significa que el capitalismo goce de buena salud. Lo importante es el excedente de valor (una forma de la riqueza, la principal para el sujeto automático que es el capital), que se genera por la cantidad de tiempo de trabajo vivo explotado, no por la cantidad de Smartphones vendidos o el número de *likes* cliqueados, y menos aún por el aumento del precio de las acciones o las ganancias de los llamados fondos buitre. Dicho esto, podemos ahora señalar que su teoría, en términos generales, a pesar de considerar la venta del trabajo como mercancía, operaba, con todo, con la posibilidad de productos que, bajo determinadas circunstancias, podían restarse de tal condición o de no serlo verdaderamente, productos como los producidos por artistas e intelectuales. Como señaló en el primer tomo, "una cosa puede ser útil, y además producto del trabajo humano, y no ser *mercancía*. Quien, con su producto, satisface su propia necesidad, indudablemente crea un valor de uso, pero no una *mercancía*". El trabajo intelectual y artístico tiende a sustraerse a la lógica del valor, dada su relación heterogénea con el "tiempo de trabajo socialmente necesario"; de ahí el esfuerzo que se ha empleado, primero, para someterlo a una temporalidad susceptible de medición y control, y, segundo, en tratar de hacer de su producción una mercancía como cualquier otra. Para que sea una mercancía, un producto debe entrar en el proceso de intercambio y desdoblarse, para valorizarse, en valor de uso y a la vez en valor de cambio. Pero además, la mercancía debe ser algo más que un objeto, un bien, un produc-

to o un objeto intercambiable. Debe ser una forma histórica; debe modelar nuestras vidas y eso no ha comenzado a ocurrir sino a partir de la emergencia del capitalismo, lo que desplaza, y esta es la tesis de Robert Kurz, pero también la de Moishe Postone, la centralidad de la teoría económica en Marx y, por tanto, la teoría de la estructura de clases (pilar de lo que Postone llama "marxismo tradicional", limitado al conflicto entre medios de producción y fuerzas productivas), para comenzar a pensar *El capital* como un libro crítico (y autorreflexivo) de las formas culturales desplegadas a partir de la modernidad. Por eso Marx inicia su libro más importante refiriéndose a la categoría de mercancía, a la que entiende como la "forma social elemental" de "las sociedades en las que predomina el modo de producción capitalista"; trabajo y mercancía no son, por tanto, nociones transhistóricas. Y agrega en el capítulo sexto inédito: "Mercancía y dinero son, ambos, premisas elementales del capital, pero sólo bajo ciertas condiciones se desarrollan hasta llegar a capital". En otras palabras, no toda mercancía se subsume al proceso de valorización "propiamente capitalista", por lo menos no mientras este no haya sido capaz de apoderarse de toda forma de producción, y por lo que hemos visto, su propia lógica de desarrollo se lo ha impedido. Marx señala que en estadios precedentes de producción, los objetos solo "revisten *parcialmente* la forma de la mercancía", mientras que en la época dominada por el capital los productos ya aparecen necesariamente como mercancías, pero como la historia no es lineal, esta parcialidad continúa arrastrando a su paso, objetos anacrónicos, como un poema o una pintura, que comparten, junto al Smartphone, nuestra cotidianeidad. Y si bien hoy la posibilidad de resistirse a dicho proceso es casi imposible, la axiomatización del capital no ha agotado todas las formas de producción e intercambio, por lo que es dable entrever alternativas, y sobre todo defender modos de producción anacrónicos, modos que pueden operar como crítica del capital y su forma elemental porque la distinción entre trabajo productivo e improductivo aún no ha sido abo-

lida. Solo cuando ya no hayan productores, auguraba Marx, que vivan del producto de su trabajo, sino de la venta de su trabajo, el capital habrá tenido completo éxito. Pero mientras ello no ocurra, el capital no podrá cantar victoria. Intentará, eso sí, axiomatizar a los no asalariados, tratándolos como tales. Si para Marx el dinero que un trabajador emplea para cubrir las necesidades de su subsistencia responde a "un proceso que no guarda ninguna relación directa con el proceso inmediato de producción, más exactamente con el proceso de trabajo; antes bien se efectúa al margen del mismo", Gary Becker deslizará ese margen hacia el centro de su teoría, haciendo del hogar una pequeña fábrica que, en sus palabras, "combina bienes de capital, materias primas y mano de obra para limpiar, alimentar, procrear y producir mercancías". No es difícil colegir que, mediante una absoluta falta de rigurosidad y sin explicar cómo, la distinción entre trabajo productivo e improductivo ha sido anulada por la teoría del capital humano, considerando cualquier trabajo como productivo, deshistorizando lo que Marx había historizado. Y no solo eso: al considerar a los sujetos como agentes racionales, el inconsciente ha desaparecido, con lo cual nos han arrastrado al siglo XIX, cuando no al XVIII. Para esta "teoría", la distinción entre subsunción formal y real tampoco es un problema a considerar. Por el contrario, satisfacer la propia necesidad es para Becker ya *valorizarse* bajo la lógica del capital y aun más para quienes producen arte, crítica o teoría. La figura del emprendedor que hoy *modela* la figura del trabajo intelectual o creativo, ya sea autónomo o "asalariado", no proviene de Joseph Schumpeter ni de los radicales del año 60, como han señalado Ève Chiapello y Luc Boltanski o Sergio Bologna, sino de la forma que adquirió, en manos neoliberales, el trabajo que un artista o un escritor debía realizar, un trabajo, como observó Charles Baudelaire, que debía circular como cualquier otro por el mercado y que debía, en consecuencia, encontrar un comprador. Para ello, el trabajo de quien posee sus propios medios de producción (sean una paleta, un pincel y una espátula

o una **máquina de escribir**, papel, lápiz y **sacapuntas**, o, más contemporáneamente, un MacBook Air o un Smartphone) o que debe invertir en ellos, es considerado *como si fuera el resultado de una firma* ("descubrimiento" de Theodor Schultz), de una empresa que debe competir contra otras empresas. Así las cosas, la sociedad en su totalidad es vista como el conjunto de grandes, medianas y pequeñas e incluso auto empresas. Pero este tipo de lecturas no es reciente, sino que se ancla, según Michel Foucault, en el siglo XVIII, época en la cual la economía política limitó la razón gubernamental a la vez que "hizo que algo inexistente pudiera convertirse en algo [real]", esto es, hizo que el lugar de la verdad dejase de estar reglado por gobierno alguno, y fuese el mercado el que lo determinase en tanto lugar de veridicción, y que lo determinase no mediante una ilusión, sino mediante "un dispositivo de saber-poder que marca efectivamente en lo real lo inexistente, y lo somete en forma legítima a la división de lo verdadero y lo falso". La radicalidad de esta ficción estriba en que al reinscribir constantemente sobre lo social lo económico suspende incluso la necesidad de la ley, fin de la soberanía, empleando en su lugar tácticas (incluso a la ley como táctica) que permitan de manera mucho más sofisticada alcanzar la maximización o intensificación de procesos, cosas o seres que se quiere dominar; en la lengua managerial, lo que se busca es la supuesta excelencia. La disciplina, que muchos ven aún como la forma de gobierno contra la cual hay que luchar, hace bastante tiempo que cedió su primacía al control, más benigno, menos coercitivo, que requiere incluso de la libertad (de elegir) para operar, ya que no necesita de una mirada panóptica, esta la hemos introyectado. El disciplinamiento, por cierto, no ha desaparecido. Tampoco lo que Foucault llamó sociedad de soberanía. Lo que ha ocurrido es que el mercado ha rearticulado soberanía, disciplina y control de acuerdo a sus necesidades, rearticulación que la universidad tiende a fortalecer naturalizando la lengua del management. Su modo de funcionamiento depende cada vez más de la llamada "nueva gestión pública" (NGP), un

dispositivo de gestión a cargo de los famosos *expertos*, burócratas y gestores no académicos (algunos incluso antiacadémicos) que, por lo general, no tienen idea de lo que es enseñar e investigar: su preocupación no es intelectual, sino administrativa. Se trata de esos mismos sujetos que Kant identificó como *letrados*, "que, al verse revestidos con un cargo, actúan como instrumentos del gobierno y en provecho propio (no precisamente en aras de la ciencia) […] de modo que también se les puede llamar *negociantes* [*businessmen*, en inglés, *Geschäftsleute* en el original, que también se puede traducir por empresarios] o peritos [*Werkkundige*, también expertos, donde *werk* se traduce como fábrica] del saber". Estos letrados, como muestra muy bien el libro de Benjamin Ginsberg, *The Fall of the Faculty: The Rise of the All-Administrative University and Why It Matters*, han llegado a desplazar en relevancia a los académicos, que cada vez tienen menos peso en las decisiones que se toman en sus universidades. Es más, paralelamente a la reducción de una planta académica estable, se produce un crecimiento de los cargos administrativos, con universidades que llegan a tener a la cabeza un CEO (Chiefs Executive Officer) que, a cambio de un sueldo millonario, promete una buena ubicación en los rankings que controlan el prestigio de las universidades. El *telos* de la universidad *ultradministrada* ya no es, como en el modelo weberiano, el control de las normas y procedimientos, sino de los resultados, por eso el saber es cada vez más irrelevante, dado que el acento está en lo procedimental, en el cumplimiento de metas medidas tecnocráticamente.

> La MLA es el pez gordo de todos los congresos. Es un megacongreso. Un circo de tres pistas para la *intelligentsia* literaria. Este año se congregan en Nueva York, en dos hoteles que son dos rascacielos adyacentes, el Hilton y el Americana, que, pese a

ser enormes, no pueden ofrecer cama a todos los participantes, y estos se desparraman en hoteles vecinos o piden alojamiento a sus amigos en la gran ciudad. Cabe imaginar a 10.000 hombres y mujeres altamente cultos y educados, ambiciosos y competentes, convergiendo en pleno Manhattan el 27 de diciembre, para reunirse, conferenciar, preguntar, discutir, comadrear, flirtear, juerguearse y contratar o ser contratados. Y es que la MLA es un mercado al mismo tiempo que un circo, es un lugar donde jóvenes eruditos recién obtenida su licenciatura, buscan esperanzadamente sus primeros empleos, y otros académicos más veteranos olisquean el aire en busca de otros mejores. Los dormitorios del Hilton y del Americana no solo son escenario de descanso y de amoríos, sino también de duras negociaciones y rigurosas entrevistas, puesto que los jefes de departamentos docentes de todos los estados de la Unión, desde Texas hasta Maine y desde las Carolinas hasta California, pugnan por llenar las vacantes en las plantillas de sus facultades con los mejores talentos disponibles. Dada la ac-

Creo que, por lo menos en Chile, dos hechos favorecieron la instalación del capital humano como dispositivo. Primero, que desde fines de los años cincuenta se lo comenzara a referir en las páginas de *El Mercurio*. Desde entonces que los chicago boys no han dejado de escribir regularmente sobre ella, logrando poco a poco inscribirlo en la lengua cotidiana. El segundo hecho tiene que ver con la televisión. Hacia fines de los setenta, la dictadura decretó que cada canal debía crear o exhibir programas culturales, con el fin de retomar un cierto valor "educativo". La "Franja cultural", que es como llamó esta medida, fue de lo más variopinta, poniendo en circulación cada jueves, entre 21:30 y 23:30 hrs., una idea de cultura en la "que caben por igual concursos, obras de teatro, shows folklóricos o seudo-folklóricos, conciertos, ballet o, finalmente, espacios de relleno".

Fue en este espacio donde se exhibió en 1981 Libre para elegir (*Free to Choose*), el programa que daría lugar al panfletario libro *Libertad de elegir*, de los Friedman. Conformado por diez capítulos, el séptimo se titula "¿Qué está mal en nuestras escuelas?", y consiste básicamente en defender la libertad de empresa en el ámbito de la educación, que será tratada como un producto que su mercado respectivo vende a clientes interesados, clientes que si no están conformes con el servicio, pueden comprar otro que les dé mayor satisfacción. En este pequeño programa, transmitido por Televisión Nacional, se masificaba una idea básica del capital humano: la educación es una inversión que permitirá obtener mayores ingresos a futuro, y la competencia entre quienes ofertan el servicio es central para aumentar su calidad.

tual escasez de empleos, es un mercado de compradores y algunos de estos jefes tienen listas tan largas de candidatos a los que entrevistar que durante toda la convención nunca llegan a salir de las habitaciones de sus hoteles. Para ellos y para los desesperados candidatos que fuman y gastan las suelas de sus zapatos en los pasillos, esperando su turno para ser entrevistados, la MLA dista de ser una diversión, mas para el resto de sus miembros es una delicia, sobre todo si les agrada escuchar conferencias y discusiones de panel sobre todos los temas literarios concebibles, desde «Legibilidad y fiabilidad en la novela epistolar de Inglaterra, Francia y Alemania» hasta «Muerte, resurrección y redención en las obras de Pirandello», desde «Antiguas adivinanzas inglesas» hasta «Faulkner Concordances», desde «Rationalismus und Irrationalismus im 18. Jahrhundert» hasta «Nueva narrativa hispanoamericana», y desde «Enseñanza y aprendizaje lesbiano-feministas» hasta «Problemas de distorsión cultural en la traducción de expletivos en la obra de Cortázar, Sender, Baudelaire y

Flaubert». Hay nada menos que seiscientas sesiones separadas en el programa oficial, que es tan grueso como el listín telefónico de una pequeña ciudad, y al menos treinta entre las que elegir a partir de cualquier hora del día desde las 8:30 de la mañana a las 10:15 de la noche, algunas tendentes a reunir pequeños grupos de especialistas dedicados, y otras que ofrecen los nombres más distinguidos en la vida académica y que atraen oyentes en número suficiente para llenar las más espaciosas salas de baile de los hoteles. Sin embargo, las audiencias son inquietas y migratorias, ya que la gente entra y sale de las salas de conferencias, escucha un rato, hace una pregunta y se traslada a otra sesión mientras los oradores aún siguen hablando, pues siempre existe la sensación de que uno puede estarse perdiendo el mejor espectáculo del día, y una salva de carcajadas o de aplausos en una sala es más que probable que vacíe la sala contigua. Y si uno se cansa de escuchar conferencias y disertaciones y paneles de discusión, hay muchas más cosas que hacer. Cabe asistir al cóctel organizado por el Comité Gay de Idiomas Modernos, o a la recepción patrocinada por la Asociación Americana de Profesores de Yiddish, o a la barra de bar montada en conjunción con la sesión especial sobre Problemas Metodológicos en Lexicografía Monolingüe y Bilingüe, o a la cena American Boccaccio Association, o a las reuniones del Grupo Literario Marxista, de la Coalición de Mujeres en Alemán, de la

Conferencia sobre Cristianismo y Literatura, de la Byron Society, la G. K. Chesterton Society, la Nathaniel Hawthorne Society, la Hazlitt Society, la D. H. Lawrence Society, la John Updike Society y muchas otras. O también puede quedarse uno en el vestíbulo del Hilton y encontrarse, más tarde o más temprano, con todas aquellas personas a las que ha conocido en el mundo académico.

David Lodge, *El mundo es un pañuelo* [1984].

11 El neoliberalismo de Schultz, Becker, Friedman y los Chicago Boys en general ha radicalizado la comprensión de los sujetos como agentes económicos, mediante la táctica o el dispositivo del capital humano, que ha intentado hacer del mercado una forma de vida que excluye cualquier otra (social, cultural, etc.), pues el capital humano es literalmente la transformación del ser humano en una máquina o como señaló Schultz (en una conferencia que dio en Chile en 1962), la transformación de cada ser humano en un capitalista o un emprendedor, cuestión que se logró, primero, al transformar el saber en un bien de consumo, y luego al hacer de cada decisión/elección una inversión, econometrando incluso la decisión de no tomar una decisión mediante lo que se llama precio sombra. Escribe Becker al respecto: "He llegado a la conclusión de que el enfoque económico es integral y es aplicable a todo comportamiento humano, ya sea un comportamiento que implique precios de mercado o precios sombra imputados, decisiones repetidas o infrecuentes, decisiones grandes o menores, fines emocionales o mecánicos, ricos o pobres, hombres o mujeres, adultos o niños, personas brillantes o estúpidas, pacientes o terapeutas, empresarios o políticos,

profesores o estudiantes". Gracias a la teoría del *rational choise*, se pensó el trabajo no como un proceso, sino como una actividad que, cuando entra en acción, obtiene utilidades; se reintrodujo así el trabajo ("intelectual" y "material") en el análisis económico, y lo desdoblaron en un ingreso y en un capital; de manera que un sueldo ya no es un salario sino la renta de un capital, y un capital es lo que permitirá recibir réditos a futuro, un capital que se pone en juego a la hora de entrar al mercado laboral, y que no solo tiene que ver con el saber, sino también con la idoneidad que se tiene para invertir (en) el propio capital, con las competencias y habilidades, o con los talentos. Y a ello habría que agregar que hasta los elementos innatos también cuentan, razón quizá de la explosión de la ingeniería genética. Y si el capital humano tiene que ver con nuestros genes, con nuestra salud, con nuestro estado físico y/o intelectual, entonces todo aquello que nos permita vendernos de la mejor forma en el mercado académico contribuye a su crecimiento. Ya sea teoría cuántica o deconstrucción, marxismo o feminismo, mientras más tiempo invirtamos en nosotros mismos, más aumentaremos nuestro capital y mayores posibilidades de capitalización alcanzaremos, por ejemplo, pasando de una universidad de tercera o segunda liga a una de primera. Desde el capital humano, no hay consumo improductivo, todo es inversión. En otras palabras, este dispositivo trata al saber como capital, aunque un capital algo diferente, pues este será inseparable de quien lo porte, o para decirlo de otra manera, no se lo podrá vender, sin venderse uno mismo en tal transacción. Está literalmente incorporado. Con ello, el capital humano se constituye en el dispositivo que permite interpretar como económico todo ámbito de la vida, desde el trabajo al ocio, pasando

REMATES MARINI
GRAN REMATE MOBILIARIO DE UNIVERSIDAD • ESCRITORIOS
SILLAS • MESAS • PIZARRAS • COMPUTACION • GALPONES
MIERCOLES 25 ABRIL A LAS 12:00 HORAS | CALLE, LIBERTAD Nº 53, SANTIAGO
LIQUIDACION CONCURSAL FORZOSA UNIVERSIDAD DE ARTES Y CIENCIAS SOCIALES ARCIS ORDENADA POR EL 4° JUZGADO CIVIL DE SANTIAGO, ROL C Nº13573-2016, LIQUIDADOR CONCURSAL DON CRISTIAN HERRERA RAHILLY SE PROCEDERA AL REMATE PUBLICO AL MEJOR POSTOR DE LOS SIGUIENTES BIENES
ESCRITORIOS • MESAS • SILLAS • CAJONERAS • MUEBLES • ESTANTERIAS • IMPRESORAS • PIZARRAS ACRILICAS • PIZARRON • KARDEX • COMPUTADORES • NOTEBOOK • SCANNER • CAJA FUERTE • RACK DE MADERA Y METALICOS • ATRILES • ESTUFAS • EXTINTORES • ESTRUCTURA METÁLICA • EXHIBIDORES • VENTILADORES • 1 GALPÓN DE PINO OREGÓN APROX. 1.000 MT2. • 1 GALPÓN METÁLICO, ESTRUCTURA Y REJAS METÁLICAS Y ASCENSORES
Exhibicion: lunes 23 y martes 24 de abril del 2018. Comision: 7 % mas iva solo pago contado. Garantia: vale vista – transferencia, minimo $ 500.000.-
REMATES / CORRETAJES MARINI
UN MUNDO DE NEGOCIOS
BORIS ALEJANDRO MARINI
MARTILLERO CONCURSAL
TEL. 227720658 - 227745149 - 227728417
WWW.REMATESMARINI.CL
RNM 1228

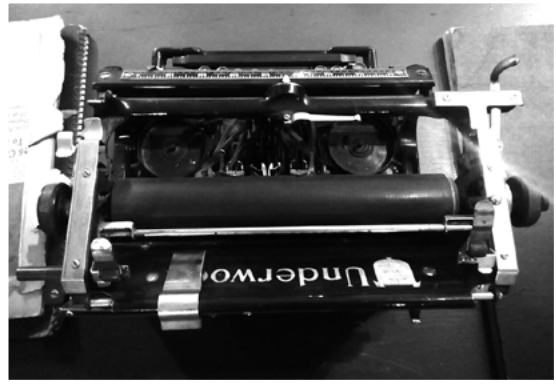
por el sueño; transforma en capital los llamados sectores de no-mercado, traduciendo la vida en su totalidad, cada una de nuestras decisiones, en un ámbito de inversión, en un problema económico.

Sé muy bien que ya no hay lugar para el miedo. Tampoco para la debilidad. Porque estoy frente a mi última oportunidad para crecer y desarrollarme. Antes de que sea irremediablemente tarde. Es decir, el momento en que mi cuerpo se reseque por completo. Mamá dijo, Un año. Puedo ayudarte solo un año más. Y si fracaso, me arrastra de vuelta a la Argentina con ella. Porque es mi deber encontrar un camino. Encontrarme. Voy a progresar. Mi vida no va a atrofiarse, como la de tantas otras. Mamá diría, talento que se malgastó. Potencial lanzado por la borda [...].

Paula Porroni, *Buena alumna* [2016].

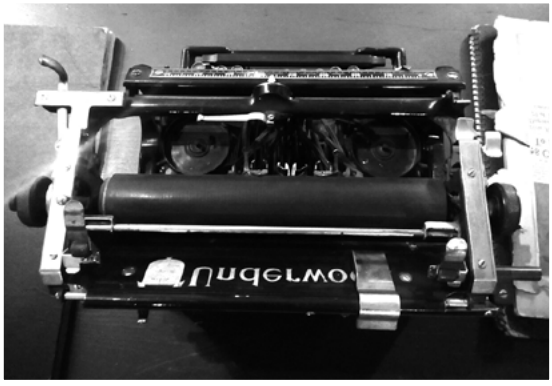
1 2 hay quienes podrán reparar en la importancia que aquí le otorgo al capital humano; se podrá, por ejemplo, señalar que la teoría de la acción racional ha sido duramente criticada, y lo mismo los postulados de Becker y Friedman, y en ello concuerdo. Pero nuestra crítica de la falta de rigurosidad con que sus apóstoles vinculan la idea de capital a lo humano, o de la desconsideración ra-

dical del inconsciente y, en consecuencia, de la inoperancia de la relación costo-beneficio (que hace la vista gorda de las tácticas de la publicidad subliminal, por ejemplo), no es óbice para que hoy se lo considere como el centro del llamado crecimiento endógeno y que, como tal, articule las políticas económicas de la mayoría de los países del mundo, sino de todos. El Plan Bolonia opera, aunque no siempre se lo refiera, a partir del dispositivo del capital humano. Y en Chile, la Ley General de Universidades, que durante la dictadura transformó el saber de bien público en un producto de consumo, vendible y lucrativo, esa ley, digo, solo fue posible gracias a la idea de capital humano. Como concepto, en Chile comenzó a circular en 1958. Hace más de medio siglo, así que hoy, con toda naturalidad, la figura del emprendedor, esa anomalía al decir de Marx, es transversal a toda la sociedad y bajo su lógica es que opera toda universidad. Efectivamente, lo que hizo el capital humano fue transformar a cada persona en su propio empresario, desplazando la figura del trabajador, dable de emancipación. Y con el tiempo, se naturalizó de tal manera que ya ni siquiera es necesario citar a los neoliberales que lo crearon… las teorías del crecimiento de Paul M. Romer, Jefe y Vicepresidente Senior del Banco Mundial desde el 2016, lo dan por sentado. Es la base incuestionable de la acumulación, a la que eufemísticamente se refiere como "crecimiento". Por eso en Chile hay miles de becas para producir "capital humano avanzado", razón por la cual contamos con un ejército de reserva constituido por colegas jóvenes que se han doctorado en Oxford, Cambridge, Berlín o la Sorbone, sin contar los miles que se han doctorado en Chile. Desde la OCDE, el Banco Mundial y la OMC, pasando por



la Unión Europea, la Unión Africana o la Asociación de Naciones del Sureste Asiático, hasta llegar a los ministerios de educación nacionales, a cada intelectual se "le mide" como parte de lo que llaman stock de capital humano, tenga o no eso que Marx llamó trabajo.

> Hoy en día, cuando nuestra mirada ya no puede atravesar el pálido reflejo que descansa sobre la ciudad y su entorno, y retrocedo hasta el siglo XVIII, me maravilla la cantidad tan grande de personas, cuando menos en algunos lugares, que ya en la época de la industrialización pasaban con sus pobres cuerpos casi una vida entera, enganchados a los arreos de los telares, ensamblados de un armazón y listones de madera, guarnecidos con pesos, y que en su extraña simbiosis recuerdan a caballetes de tortura o a jaulas, que tal vez, precisamente a causa de su, en comparación, primitivismo, ilustra mejor que cualquier otra forma posterior de nuestra industria que los humanos solo somos capaces de sustentarnos sobre la tierra ceñidos a las máquinas que hemos inventado. El que por ello los tejedores en particular, los eruditos y demás escritores, todos ellos comparables en algunos aspectos en-



tre sí, como se puede consultar en la *Revista de Psicología Experimental*, publicada aproximadamente en aquella época en Alemania, tendían a la melancolía y a todos los males que derivan de ella, se entiende en un trabajo que obliga a sentarse constantemente encorvado, a una ardua reflexión permanente y a un cálculo ilimitado de amplios modelos artísticos. Creo que uno no se hace fácilmente una idea de la impotencia y los abismos a los que a veces puede arrastrar a una persona la reflexión constante, que no concluye con el denominado cese de jornada, y la sensación que penetra hasta los sueños de haber prendido el hilo equivocado. En cualquier caso, la otra cara de la enfermedad mental de los tejedores consiste en que, y también esto merece ser recordado aquí, muchos de los tejedores producidos en el decenio anterior a que prorrumpiera la Revolución industrial en las manufacturas de Norwich [...] eran de una diversidad verdaderamente fantástica y de una belleza irisada, apenas descriptible con palabras, como si hubieran sido elaboradas por la misma naturaleza, como el plumaje de las aves.

W.G. Sebald, *Los anillos de Saturno* [1995].

III

13 pero me adelanté demasiado… estábamos en Marx y a él volveremos para comprender con mayor detalle la condición intelectual contemporánea, así como la necesidad de continuar leyéndolo, a pesar de las mutaciones del modo de producción capitalista que analizó magistralmente. Willy Thayer ya señaló que cuando el modo de *producción propiamente capitalista*, esto es, cuando en lugar de la subsunción formal del trabajo, se realiza la subsunción real, lo que acontece en el momento en que la producción ya no es posible que descanse en un individuo o su familia, dado que se debe producir a escala social y, por tanto, desde capitales de una enorme magnitud y sin barreras que limiten su crecimiento, la diferencia entre trabajo intelectual y manual se diluye. Marx mismo lo señaló, como recuerda Thayer al citar un fragmento que aquí reproduciremos *at large*: "Sólo es productivo el obrero cuyo proceso de trabajo = al proceso de consumo productivo de la capacidad laboral —perteneciente al depositario de ese trabajo— por parte del capital o del capitalista. Se desprenden de esto [… que] como con el desarrollo de la subsunción real del trabajo en el capital o del modo de producción específicamente capitalista, no es el obrero individual sino cada vez más una capacidad de trabajo socialmente combinada lo que se convierte en el agente real del proceso laboral en su conjunto, y como las diversas capacidades de trabajo que cooperan y forman la

máquina productiva total participan de manera muy diferente en el proceso inmediato de la formación de mercancías o mejor aquí de productos —éste trabaja más con las manos, aquél más con la cabeza, el uno como director (*manager*), ingeniero (*engineer*), técnico, etc., el otro como capataz (*overlooker*), el de más allá como obrero manual directo e incluso como simple peón—, tenemos que más y más *funciones de la capacidad de trabajo* se incluyen en el concepto inmediato de trabajo productivo, y sus agentes en el concepto de *trabajadores productivos*, directamente explotados por el capital y subordinados en general a su proceso de valorización y de producción. Si se considera el trabajador colectivo en el que el taller consiste, su *actividad combinada* se realiza materialmente (*materialiter*) y de manera directa en un *producto total* que al mismo tiempo es una masa total de mercancías, y aquí es absolutamente indiferente el que la función de tal o cual trabajador, mero eslabón de este trabajador colectivo, esté más próxima o más distante del trabajo manual directo. Pero entonces la actividad de esta capacidad laboral colectiva es su *consumo productivo directo por el capital*, vale decir el proceso de autovalorización del capital, la producción directa de plusvalía y de ahí, como se deberá analizar más adelante, *la transformación directa de la misma en capital*". —Hasta aquí Marx, en su sexto capítulo inédito de *El capital*—. Sin embargo, tengo la impresión que Marx no se está refiriendo a todo trabajo intelectual, sino solo aquel que, como la ciencia, en tanto "producto intelectual general del desarrollo social, se presenta aquí asimismo como directamente incorporada al capital", "y opera como fuerza productiva del capital contraponiéndose al trabajo". Lo señalo porque si seguimos sus reflexiones respecto del trabajo intelectual realizado, por ejemplo, por un escritor o un periodista, trabajo este último precario como el que le tocó realizar a él mismo en Inglaterra, exiliado y por lo general sin dinero siquiera para fumarse un cigarro, al contrario de lo que cree Federico Galende en *Comunismo del hombre solo*, título con el que no se refiere a Marx, sino al cineasta finlandés Aki Kaurismaki, ese trabajo intelectual, digo, como el de

cualquier artista, se trataría para Marx, que lo afirma en lo que hoy es el primer tomo de *Teorías sobre la plusvalía*, de un trabajo improductivo, esto es, aquel "trabajo que no se cambia por capital, sino que se cambia *directamente* por un ingreso, es decir, por el salario o la ganancia", por lo que, como tal, no participa del modo de *producción propiamente capitalista* sino de manera secundaria y transicional.

> Espero algunas semanas antes de iniciar la búsqueda de empleo. Quiero extirpar de mí todo resto de vacilación, mientras tanto, corro. Me entreno. Corriendo ejercito este cuerpo que aún no triunfó. Corrijo mis muslos delgados y flojos [...]. En internet, reviso los clasificados de los diarios. Abro las descripciones de puestos en museos, galerías y revistas. Cuando no encuentro nada, en el buscador pongo *castellano, arte* y *Sudamérica*. Solo hay empleos como profesora de lengua, que inmediatamente descarto. Enseñar idiomas es humillante. Es lo que hacen las personas no preparadas. Los que no tienen talento ni educación. Mamá los llama *gente sin suerte* [...]. Porque el esfuerzo no alcanza. No es suficiente. Aunque yo vaya a esforzarme hasta el último límite de mi cuerpo. Y después todavía un poco más. *¿Pero qué vale el esfuerzo sin suerte?*, decía papá.
>
> Paula Porroni, *Buena alumna* [2016].

14 improductivo, por tanto, es el trabajo que genera productos intangibles y materiales que se sustraen a la subsunción efectiva del capital, esto es, a la "compra directa de trabajo y apropiación directa del proceso de producción", según leemos en el capítulo sexto inédito, y que, por tanto, carece de la posibilidad de ser *completamente* valorizado, puesto que este tipo de trabajo "se reproduce dentro del modo capitalista de producción *como formas secundarias y de transición*" (énfasis agregado). Ello no quiere decir que Thayer carezca de razón cuando hace referencia a un "final capitalista de la historia de la división social del trabajo", final "que acontece cuando el trabajo físico y el trabajo intelectual se indiferencian, no uno respecto del otro —que siempre aparecerán distintos—, sino ambos dos respecto del proceso del capital. Cuando el trabajo intelectual —práctica crítica— es pre-conducido por el 'proceso de valorización del capital'". Aquí no puedo estar sino de acuerdo con Thayer, pero creo que antes de afirmar el final capitalista de la historia de la división social del trabajo, es necesario señalar de qué manera es que se vuelve productiva (o improductiva), valorizable, por ejemplo, una clase o un ensayo sobre Marx, quien poco antes del fragmento citado por Thayer, reparó tajantemente en la distinción entre trabajo (intelectual) improductivo y trabajo productivo. Marx sigue en esta distinción a Smith, para quien los abogados, los hombres de letras y médicos, entre otros, eran económicamente improductivos, dado que el salario que recibían no provenía de su trabajo, sino de quien les contrataba. En otras palabras, no eran partícipes de la acumulación capitalista *tout court*, sino de sus *formas secundarias y de transición*. Aunque esta distinción no es tan simple para Marx, puesto que *un mismo trabajo puede ser, a la vez, productivo e improductivo*, dado que no es el trabajador, sino el capitalista, el que establece de qué tipo de trabajo se trata: "El trabajo productivo y el improductivo [se conciben] siempre, aquí, *desde el punto de vista del poseedor de dinero, del capitalista*, no desde el punto de vista del *trabajador*" (énfasis de Marx). De manera que para Marx el trabajo in-

telectual productivo es aquel donde un actor, un profesor o un escritor entregan a un empresario "una cantidad mayor de tiempo de trabajo que la pagada por él en forma de salario". De ahí que afirme que "el escritor no es un autor productivo porque produce ideas, sino porque enriquece al editor o al librero que comercia con sus libros o en cuanto que es trabajador asalariado al servicio de un capitalista". Por ello afirma que: "Solamente la estrechez burguesa, que considera las formas capitalistas de la producción como las formas absolutas de ella —y, por tanto, como formas naturales y eternas de la producción— puede confundir el problema de lo que es el *trabajo productivo* desde el punto de vista del capital con el problema de cuál es, en general, el trabajo productivo o qué es trabajo productivo en general y, por consiguiente, creerse muy sabia al contestar que todo trabajo que produzca algo, lo que sea, que se traduzca en un resultado cualquiera, es *eo ipso* productivo". Es relevante no olvidar esta afirmación, su desconsideración es lo que ha llevado a algunos de los llamados operaístas italianos y a otros críticos a pensar que, bajo las actuales condiciones del capital, todo lo que hacemos es productivo, con lo cual no se distancia, sino que se comparte las mismas premisas de los "teóricos" neoliberales del capital humano. Sergio Bologna, por ejemplo, si bien se distancia de la idea del llamado "trabajo inmaterial", dado que éste no sería más que un oxímoron conceptual, un término contradictorio, insiste en la necesidad de considerar productivamente "las operaciones *relacionales y comunicativas*" de los trabajadores autónomos: "Al igual que el trabajo doméstico de las mujeres, que antes del feminismo era invisible socialmente, no estaba incluido en el balance económico de la sociedad y, por tanto, era considerado no trabajo, el trabajo relacional de los trabajadores por cuenta propia es invisible, no se incluye en el balance económico de la sociedad y, en definitiva, no forma parte del contenido del trabajo. El trabajo autónomo no alcanzará nunca plena ciudadanía mientras se siga considerando que su componente relacional es una deseconomía externa del posfordismo. El trabajo autónomo no podrá

tener un estatuto distinto del que tiene el trabajo asalariado mientras no se reconozca que la creación de un nuevo mercado de relaciones es un recurso adicional del sistema posfordista; mientras no se admita que trabajar construyendo relaciones es un rasgo distintivo de una *Zivilisation* (civilización) distinta de la precedente". Si los análisis del conocido grupo alemán *Krisis* están en lo correcto o por lo menos nos permiten imaginar una lectura distinta que habría que desarrollar, reconocer como productivo el trabajo autónomo no implica salir del capitalismo para entrar en una *Zivilisation* que se sustraería a la sociedad que hizo que las personas se relacionaran como cosas y las cosas como personas. Al contrario, considerar como trabajo la comunicación y las relaciones es aceptar la conclusión de Gary Becker, que volvemos a recordar: "el enfoque económico es integral y es aplicable a todo comportamiento humano, ya sea un comportamiento que implique precios de mercado o precios sombra imputados [esto es, aquello que 'no se incluye en el balance económico de la sociedad'], decisiones repetidas o infrecuentes, decisiones grandes o menores, fines emocionales o mecánicos, ricos o pobres, hombres o mujeres, adultos o niños, personas brillantes o estúpidas, pacientes o terapeutas, empresarios o políticos, profesores o estudiantes". Llama la atención que los teóricos del trabajo autónomo y/o cognitivo no hayan reparado en que ese componente relacional no solo se lo encuentra en el trabajo doméstico, sino también en el trabajo artesanal y en el trabajador que es dueño de sus propios medios de producción, figura que Marx pensó detenidamente en varios textos. Como los "autónomos" de hoy, que se desenvuelven en condiciones generalmente precarias, inestables (lo que permite todo tipo de abusos, sexuales incluidos), pero que, con todo, son capaces de realizar un trabajo cualitativamente distinto al de la época fordista, por que aquí está involucrada el "alma", se podría decir que los autónomos de ayer, que Marx llamaba de la "antigua *autonomía*", también ponían en juego su subjetividad, el suyo era un trabajo que originaba un producto que se sustraía a la radical indiferenciación del trabajo

abstracto: se trataba de un trabajo que, por decirlo con la lengua de *El capital*, antes que cuantitativamente, importaba cualitativamente. La implantación del modo capitalista de producción implicó la pérdida de su autonomía, pero mientras duró, no constituyó, dice Marx, "un *cuanto determinado de trabajo objetivado* (valor en general) que puede adoptar y adopta a gusto esta o aquella forma de condiciones de trabajo según se intercambie a discreción por esta o aquella forma del trabajo vivo para apropiarse de plustrabajo". Ahora bien, el que un tipo de trabajo similar hoy cobre tanta relevancia no debe llevarnos a pensar que la categoría de trabajo abstracto se encuentra obsoleta. La crisis del trabajo no es igual a la crisis de su concepto, como parecen sugerir los teóricos del trabajo inmaterial, que presuponen tácitamente, a juicio a Jappe, "que las nuevas formas de trabajo [cognitivo] crean plusvalía por el solo hecho de que habría 'explotación'; pero ignora[n] que el capital no aspira simplemente a explotar al mayor número de personas posible, sino al mayor número de personas posible según el nivel de rentabilidad existente, y las dos cosas no son en absoluto idénticas". Como veremos más adelante, el trabajo intelectual fue desconsiderado por Marx, dada su insignificancia en aquellos años. Se trata sin duda de un error, aunque de un error comprensible. Marx no tenía cómo conocer el devenir de lo que llamó "trabajo improductivo". Hombres, mujeres y niños, campesinos y citadinos, estaban siendo radicalmente axiomatizados en las fábricas, por lo que la figura del obrero asalariado para Marx era casi inescapable, a no ser que fuera capitalista. Pero no es comprensible borrar de un plumazo el trabajo abstracto, subsumiéndolo en el trabajo inmaterial. Por supuesto que las condiciones del trabajo y del mundo en general han cambiado radicalmente. Pero por lo mismo es que creo que una forma de comprender estos cambios es continuar con parte del andamiaje teórico legado por Marx. Solo así podemos percibir lo que implica la crisis del trabajo hoy y cómo esta afecta el trabajo intelectual en particular.

Un poco cansada, con las compras deformando la nueva bolsa de malla, Ana subió al tranvía. Depositó la bolsa sobre las rodillas y el tranvía comenzó a andar. Entonces se recostó en el asiento en busca de comodidad, con un suspiro casi de satisfacción. Los hijos de Ana eran buenos, una cosa verdadera y jugosa. Crecían, se bañaban, exigían, malcriados, momentos cada vez más completos. La cocina era espaciosa, la estufa descompuesta lanzaba explosiones. El calor era fuerte en el apartamento que estaban pagando poco a poco. Pero el viento golpeando las cortinas que ella misma había cortado recordaba que si quería podía enjugarse la frente, mirando el calmo horizonte. Como un labrador. Ella había plantado las simientes que tenía en la mano, no las otras, sino esas mismas. Y los árboles crecían. Crecía su rápida conversación con el cobrador de la luz, crecía el agua llenando el lavabo, crecían sus hijos, crecía la mesa con comidas, el marido llegando con los diarios y sonriendo de hambre, el canto inoportuno de las sirvientas del edificio. Ana prestaba a todo, tranquilamente, su mano pequeña y fuerte, su corriente de vida. En el fondo, Ana siempre había tenido necesidad de sentir la raíz firme de las cosas. Y eso le había dado un hogar sorprendente. Por caminos torcidos había venido a caer en un destino de mujer, con la sorpresa de caber en él como si ella lo hubiera inventado. El hombre con el que se casó era un hombre de verdad, los hijos que habían tenido

eran hijos de verdad [...]. Su precaución se reducía a cuidarse en la hora peligrosa de la tarde, cuando la casa estaba vacía y ya no necesitaba de ella, el sol alto, y cada miembro de la familia distribuido en sus ocupaciones. Mirando los muebles limpios, su corazón se oprimía un poco con espanto. Pero en su vida no había lugar para sentir ternura por su espanto: ella lo sofocaba con la misma habilidad que le habían transmitido los trabajos de la casa. Entonces salía para hacer las compras o llevar objetos para arreglar, cuidando del hogar y de la familia y en rebeldía con ellos.

Clarice Lispector, "Amor", *Lazos de familia* [1960].

15 mi distancia con la propuesta de Bologna, propuesta que en este punto es cercana a la de Silvia Federici, no implica, de ninguna manera, desconocer la relevancia del trabajo doméstico (reproductivo) para la producción de valor, solo que, siguiendo a Marx, habría que reparar, primero, en que el trabajo doméstico es improductivo *desde el punto de vista del capital*, y, segundo, siguiendo ahora a Roswitha Scholz, que como tal es fundamental para la posibilidad del trabajo abstracto (inherentemente masculino), única forma desde la cual se obtiene plusvalía bajo el dominio de la subsunción real (y no solo formal) del trabajo en el capital. Esta distinción, en la que Marx insiste tanto en *El capital*, como en el capítulo sexto inédito y *Teoría de la plusvalía*, es fundamental para no ontologizar el trabajo y poder afirmar que sin el trabajo doméstico (inherentemente femenino) no hay trabajo

abstracto ni forma valor. Tal afirmación, sin embargo, no vuelve equivalentes el trabajo de reproducción y el de producción (de plusvalía). Lo cual tampoco quiere decir que el trabajo de las mujeres no pueda adquirir la forma del trabajo abstracto. Lo puede hacer sin problemas, aunque por lo general no distanciándose (por lo menos no masivamente) del ámbito reproductivo —adquiriéndose así una doble socialización del capital— ni de la forma masculina del trabajo abstracto. Hacerlo, tomar distancia de la reproducción sin caer en la producción propiamente capitalista, es verdaderamente un acontecimiento radical y revolucionario que pueden compartir mujeres y hombres. Como lo ha señalado Roswitha Scholz en "El patriarcado productor de mercancías", "las actividades reproductivas femeninas tienen en el capitalismo un carácter diferente al del trabajo abstracto; por tanto no se las puede subsumir sin más bajo el concepto de trabajo [en el sentido dado por Marx]. Se trata de un aspecto de la sociedad capitalista que no puede ser captado a través del instrumentario conceptual marxiano. Ese aspecto se establece junto con el valor, pertenece a él necesariamente; pero, por otro lado, se encuentra fuera de él y, por ello, es también su condición previa". El trabajo abstracto, entonces, no caracteriza por sí solo la relación fetichista del capitalismo moderno, puesto que requiere indefectiblemente para su sostenimiento del trabajo reproductivo. El valor, por tanto, se constituye a través de la escisión entre productivo y reproductivo, y no podría existir sin ambos. Su reunión da lugar a algo así como una falsa hibridación que obnubila la mirada rigurosa que busca comprender el trabajo en sí y su emergencia y constancia bajo el capitalismo. Siguiendo las tesis de Scholz, Anselm Jappe concluye: "la transformación del trabajo en valor no puede tener lugar más que si está rodeada de una gran cantidad de otras actividades que, por su parte, no pueden responder a los criterios de la rentabilidad y de la transformación en valor, o bien en las cuales el gasto de trabajo ni siquiera puede determinarse. Los 'faux frais' [lo que Becker llama 'precios sombra'] de la producción son solo una parte de ellas, y una parte además que

aún se encuentra dentro del campo 'económico'. Mucho más extendidas, aunque resultan incalculables, están todas las actividades indispensables para la reproducción social que se desarrollan fuera de la esfera 'económica'. Podemos hablar del 'reverso oscuro' de la valorización, de una enorme zona de sombra sin la cual no existiría la luz de aquello que vale como 'producción'. La parte más importante de esas actividades que no son consideradas como 'trabajo', y que en consecuencia no se pagan, es efectuada por las mujeres". Esta distinción, por cierto, ya se encuentra en Marx —si bien no de manera tan elaborada—, y da cuenta de su rigurosidad conceptual, y que Scholz, por su parte, puntualiza aún más. No todo trabajo genera plusvalía y el hecho de que no la genera no significa que no pueda hacerlo. Solo que para Marx la posibilidad que tiene la clase obrera (que no diferencia por género) "de poder limpiar sus muebles y su cuarto o simplemente lustrar sus botas" "sólo puede hacer[se] siempre y cuando ~~que~~ [se] trabaje 'productivamente'". En otras palabras, las "condiciones subjetivas de trabajo (medios de subsistencia) se le enfrentan como capital" al obrero, enfrentamiento a través del cual se afirma la necesidad de la reproducción para el proceso de valorización del capital. Para Scholz, sin embargo, es al revés. Se puede trabajar productivamente porque se cuenta con las mujeres para el "cuidado del hogar y de la familia", así sea "en rebeldía con ellos". Lo primero es un trabajo indiferenciado (considerado solo cuantitativamente), lo

segundo un trabajo singular (considerado *aún* cualitativamente). Empero, el trabajo que se hace en el hogar puede devenir productivo sin ningún problema. Contra lo que ha señalado Paolo Virno en *Gramática de la multitud*, leemos en *Teoría sobre la plusvalía*: "El mismo trabajo puede ser productivo si lo compro como capitalista, como productor, para valorizarlo, o improductivo si lo compro como consumidor que invierte en ello un ingreso, para consumir su valor de uso, lo mismo si este valor de uso desaparece al desaparecer la actividad de la fuerza de trabajo que si se plasma o materializa en una cosa". Y esta "ambivalencia" que encontramos en el trabajo doméstico la encontramos también en el trabajo intelectual, pues ambos constituyen formas transicionales que, según creía Marx, desaparecerían bajo la ampliación de la subsunción real del trabajo en el capital, esto es, cuando emerjan capitalistas industriales de mayor poder y envergadura y los comerciantes se transformen en esos capitalistas. Y si ello no ha ocurrido completamente, es más, si hoy asistimos a la intensificación de trabajos llamados "autónomos" o independientes (los famosos *freelancer*, término, por cierto, acuñado por Walter Scott en *Ivanhoe*) —como servicios a domicilios, o diseños de aplicaciones realizados desde el hogar, etc., etc., etc.— y a la paralela reducción del trabajo tal como se lo conocía, no debe llevarnos a pensar en la desaparición de los contrastes que caracterizaron a la modernidad capitalista (productividad/improductividad, producción/reproducción, trabajo/

ocio, tiempo de vida/tiempo de trabajo, trabajo asalariado/no asalariado) y creer, por tanto, en la inmaterialización de la producción como forma dominante del capital. Es más, habría que investigar si tales contrastes fueron alguna vez tan rígidos como hoy se los ve. Ya vimos que para Marx un mismo trabajo podía ser productivo o improductivo, "dado que no es el trabajador, sino el capitalista, el que establece de qué tipo de trabajo se trata". La mutación del capital, veremos luego, no es tan simple. La crisis del trabajo es una crisis de la forma valor y, por tanto, de la plusvalía: el 80% del dinero global es capital ficticio, lo que da cuenta de la crisis del valor y, por tanto, de capitalismo y su lógica de la subsunción real. Si solo el trabajo abstracto responde a ella, el autoempleo (esto es, el emprendimiento, inmaterial o no) es una respuesta a la crisis. Ante el cese de la plusvalía, y esto lo vio Marx en 1867, el capital se lanza "con todos sus bríos y con plena conciencia de sus actos a producir plusvalía relativa". No es casual que la proliferación del llamado trabajo autónomo haya comenzado a emerger de manera paralela al dispositivo del capital humano y la (su) lógica del emprendimiento. Y no sorprende que vaya ganando terreno paralelamente al desempleo. Su límite aparece tan pronto como percibimos la emergencia de poblaciones completamente desechables.

Hay que venderse antes de que ellos, quienes sean, pierdan el interés por comprarte.

Roberto Bolaño, "Los mitos de Cthulhu" (2002).

16 marx sabía perfectamente que el trabajo intelectual es inseparable de quien lo porta, lo que implica que el producto (una canción, una clase, una conferencia, una defensa judicial, etc.) es inseparable del acto y de la persona que lo produce, pero en esta figura el modo de producción capitalista tiene, a su juicio, un lugar limitado, y lo tiene precisamente porque no es *del todo* capitalista. En *Teorías sobre la plusvalía*, vemos que Marx incluyó el trabajo profesional (médicos, letrados, etc.) bajo la etiqueta de servicios, siguiendo en ello a Smith, quien irónicamente ubicaba en la misma categoría de improductivos al "soberano y todos sus funcionarios de justicia y oficiales colocados por debajo de ellos, todo el ejército y la marina […], los sacerdotes, los juristas, los médicos, los hombres de letras de todas clases, los comediantes, los bufones, los músicos, cantantes de ópera, bailarines, etc.". Vemos aquí, reunidos en la misma categoría, a soberanos, intelectuales y bufones… Para Marx, este es "el lenguaje de una burguesía todavía revolucionaria, que aún no ha sometido [a su férula] a toda la sociedad, al Estado, etc.". Y agrega: "Estas ocupaciones transcendentales y veneradas, como las de soberano, juez, oficial, sacerdote, etc., y la totalidad de los viejos estamentos ideológicos de los que salen los eruditos, los profesores y los curas, aparecen *económicamente* equiparados al enjambre de sus propios lacayos y bufones, sostenidos por ellos y la *richesse oisive*, por la nobleza de la tierra y los capitalistas ociosos. Son simples *servants du public*, al igual que los otros son servidores suyos. Viven del *produce of others people's industry*, razón por la cual deben limitarse a lo estrictamente indispensable. El Estado, la Iglesia, etc., sólo tienen derecho a existir en cuanto representen comités [dedicados] a administrar o manejar los intereses comunes de los burgueses productivos; y sus costos, por figurar entre los *faux frais de production*, deben reducirse al mínimo imprescindible. Esta concepción [encierra] un interés histórico, en cuanto se contrapone claramente, de una parte, a la concepción de la antigüedad, en la que el trabajo productivo material llevaba en sí la mácula de la esclavitud y era considerado

Como un campo, la Historia [a semejanza de cualquier otra rama del saber] alienta un sistema de disciplina o castigo. Aquellos cuyas posiciones parecen ser innovadoras, pero que cierran sus apuestas y organizan su pensamiento en torno a una convención común, son recompensados, mientras que quienes buscan nuevos territorios son condenados. Por "nuevos territorios" nos referimos a investigaciones, orientaciones o puntos de partida epistemológicos alternativos, no a temas o tópicos nuevos. Los disciplinados son recompensados por el gremio mientras los innovadores son castigados. En ninguna parte este proceso de disciplina es más evidente que en el proceso de reseña y publicación de la revista insignia de la Asociación Histórica Estadounidense [la *American History Review*]. El disciplinamiento se produce a través de la práctica de múltiples evaluadores anónimos que controlan [*policing*] su territorio disciplinario y luego se felicitan a sí mismos y a sus autores por la objetividad científica y meritocrática alcanzada. El efecto atrofiador del proceso implica que artículos que pueden ser amplios en términos de alcance geográfico e incluso temático, resultan increíblemente homogéneos en cuanto a su enfoque teórico y metodológico.

El empleo de un gran número de evaluadores crea un barniz de meritocracia democrática, al tiempo que proporciona mayor poder a los editores, que luego pueden seleccionar, entre las muchas opiniones recibidas, lo que debe ser publicado. Esto inevitablemente lleva a que las y los autores suavicen sus argumentos y limiten sus críticas con el fin de tranquilizar a la mayor audiencia que se pueda y a producir la menor cantidad de indignación posible. Solo lo que ya es familiar normalmente se abre paso en las páginas de la[s] revista[s] [*indexadas*]. Esta y otras revistas disciplinarias suelen trabajar para reproducir lo que cuenta como un sentido común profesional, reafirmar la solidaridad entre los gremios y reproducir los límites entre los que están adentro [*insiders*] y los que están afuera [*outsiders*].

"Theses on Theory and History"
Ethan Kleinberg
Joan Wallach Scott
Gary Wilderwild
Mayo, 2018

simplemente como el pedestal para el *citoyen oisif* [ciudadano ocioso] y, de otra parte, la de la monarquía absoluta o aristocrático-constitucional nacida al morir la Edad Media". Si bien la razón por la que Marx insiste en diferenciar el trabajo productivo del improductivo no es (del todo) la de Smith, este fragmento resalta el lugar que tenía el trabajo antes de que se lo articulara a la ética y la moral, endilgándolo como una virtud de la que supuestamente carecían y aún carecen los pobres. De manera que para hacerlos ciudadanos virtuosos (i.e., productivos) es que se los obligará, luego de haberles quitado violentamente su forma de vida (piénsese en los gauchos nómades o en los indígenas y campesinos que compartían la tierra, o en los pobres que de un día para otro no pudieron recolectar leña en los bosques), a entrar en la vida capitalista: la fábrica, que no es otra cosa que el lugar de la mercancía y el valor. Pues una vez que la burguesía logró imponerse, apropiándose del Estado, reconoce a los viejos "estamentos ideológicos como carne de su carne", axiomatizándolos a la lógica del valor: "tan pronto como la burguesía", señala Marx, "es lo suficientemente cultivada para no dejarse absorber por la producción y aprende a consumir también de un modo 'culto'; tan pronto como los trabajos intelectuales se ejecutan también más y más al servicio de ella, al servicio de la producción capitalista, se vuelve la hoja y la burguesía trata de justificar 'económicamente' desde su propio punto de vista lo que combatía críticamente". En otras palabras, lo que hacen aquellos intelectuales improductivos es justificar a la burguesía (que explota a los trabajadores productivos), para que así esta les justifique sus salarios. Pero para Marx, que insistirá una y otra vez en ello, independientemente de la forma y el contenido o de su resultado, productivo es solo aquel trabajo que, al devenir abstracto, produce dinero valorizando el capital (esto es, D-M-D′). El trabajo improductivo (D-M-D), en consecuencia, seguirá siendo, para él, una especie de residuo medieval que no se convierte complementa al modo propiamente capitalista de producción real.

Al día siguiente, tomé el tren a Detroit, donde me dijeron que era fácil encontrar un montón de pegas chicas, no demasiado pesadas y bien pagadas.

En la calle la gente me decía lo mismo que me decía el sargento en el bosque: "¡Mira! -me decían-. "No puedes equivocarte, estará junto en frente tuyo".

Y efectivamente vi los grandes edificios regordetes y acristalados, semejantes a interminables jaulas de moscas, dentro de las cuales se distinguían hombres moviéndose, pero muy lentos, como si lucharan débilmente contra algo imposible. ¿Eso era la Ford? Y luego, a mi alrededor y encima de mí hasta el cielo, el ruido pesado y múltiple y sordo de torrentes de aparatos, duro, la obstinación de la mecánica para girar, triturar, gemir, siempre lista para romperse pero que nunca se rompía.

"Así que es aquí me dije…. No es emocionante…" Era incluso peor que todo el resto. Me acerqué más, hasta la puerta, donde estaba escrito en una pizarra que se necesitaba gente.

No era yo el único que esperaba. Uno de los que aguardaban me dijo que llevaba dos días allí y aún en el mismo sitio. Había venido desde Yugoslavia, aquella oveja, a pedir trabajo. Otro miserable [*miteux*] me dirigió la palabra, venía a trabajar [*bosser*], según decía, sólo por gusto, un maníaco, un fantasma.

En aquella multitud casi nadie hablaba inglés. Se espiaban entre sí como animales desconfiados, apaleados con frecuencia. De su masa subía el olor de entrepiernas orinadas, como en el hospital. Cuando te hablaban, esquivabas la boca, porque el interior de los pobres huele ya a muerte.

Llovía sobre nuestro gentío. Las filas se comprimían bajo los canalones. Se comprime con facilidad la gente que busca pega. Lo que les gustaba de Ford, fue y me explicó el viejo ruso, dado a las confidencias, era que contrataban a cualquiera y cualquier cosa. "Sólo, que ándate con ojo -añadió, para que supiera a qué atenerme-, no hay que ponerse cachetón [*crâner*; también puede traducirse como fanfarrón, engreído] en esta casa, porque, si te pones cachetón, en un dos por tres te pondrán en la calle y te sustituirá, en un dos por tres también, una máquina de las que tienen siempre listas y, si quieres volver, ¡te dirán que adiós!» [...].

Era cierto lo que me explicaba de que cogían a cualquiera en la casa Ford [...]. En pelotas nos pusieron, claro está, para empezar. El reconocimiento se hacía como en un laboratorio. Desfilábamos despacio. "Estás hecho una braga -comentó antes que nada el enfermero al mirarme-, pero no importa."

¡Y yo que había temido que no me dieran la pega en cuanto notaran que había tenido las fiebres de

África, si por casualidad me palpaban el hígado! Pero, al contrario, parecían muy contentos de encontrar a feos y lisiados en nuestra tanda.

"Para lo que vas a hacer aquí, ¡no tiene importancia la constitución!", me tranquilizó el médico examinador, en seguida.

"Me alegro -respondí yo-, pero, mire, señor, tengo instrucción yo e incluso empecé en tiempos los estudios de medicina...".

De repente, me miró con muy mala leche. Tuve la sensación de haber vuelto a meter la pata y en mi contra.

"¡No te van a servir de nada aquí los estudios, chico! No has venido aquí para pensar, sino para hacer los gestos que te ordenen ejecutar... En nuestra fábrica no necesitamos a imaginativos. Lo que necesitamos son chimpancés... Y otro consejo. ¡No vuelvas a hablarnos de tu inteligencia! ¡Ya pensaremos por ti, amigo! Ya lo sabes."

Tenía razón en avisarme. Más valía que supiera a qué atenerme sobre las costumbres de la casa. Tonterías ya había hecho bastantes para diez años por lo menos. En adelante me interesaba pasar por un calzonazos. Una vez vestidos, nos repartieron en filas cansinas, en grupos vacilantes de refuerzo

hacia los lugares de donde nos llegaban los estrépitos de las máquinas. Todo temblaba en el inmenso edificio y nosotros mismos de los pies a las orejas, atrapados por el temblor, que llegaba de los cristales, el suelo y la chatarra, en sacudidas, vibraciones de arriba abajo. Te volvías máquina tú mismo a la fuerza, con toda la carne aún temblequeante, entre aquel ruido furioso, tremendo, que se te metía dentro y te envolvía la cabeza y más abajo, te agitaba las tripas y volvía a subir hasta los ojos con un ritmo precipitado, infinito, incansable. A medida que avanzábamos, perdíamos a los compañeros. Les sonreíamos un poquito a ésos, al separarnos, como si todo lo que sucedía fuera muy agradable. Ya no podíamos hablarnos ni oírnos. Todas las veces se quedaban tres o cuatro en torno a una máquina.

De todos modos, resistías, te costaba asquearte de tu propia substancia, habrías querido detener todo aquello para reflexionar y oír latir en ti el corazón con facilidad, pero ya no podías. Aquello ya no podía acabar. Era como un cataclismo, aquella caja infinita de aceros, y nosotros girábamos dentro con las máquinas y con la tierra. ¡Todos juntos! Y los mil rodillos y pilones que nunca caían a un tiempo, con ruidos que se atropellaban unos contra otros y algunos tan violentos, que desencadenaban a su alrededor como silencios que te aliviaban un poco.

La vagoneta llena de chatarra apenas podía pasar entre las máquinas. ¡Que se apartaran todos! Que saltasen para que pudiera arrancar de nuevo, aquella histérica. Y, ¡hale!, iba a agitarse más adelante, la muy loca, traqueteando entre poleas y volantes, a llevar a los hombres sus raciones de grilletes.

Los obreros inclinados, atentos a dar todo el placer posible a las máquinas, daban asco, venga pasarles pernos y más pernos, en lugar de acabar de una vez por todas, con aquel olor a aceite, aquel vaho que te quemaba los tímpanos y el interior de los oídos por la garganta. No era por vergüenza por lo que bajaban la cabeza. Cedías ante el ruido como ante la guerra. Te abandonabas ante las máquinas con las tres ideas que te quedaban vacilando en lo alto, detrás de la frente. Se acabó. Miraras donde mirases, ahora todo lo que la mano tocaba era duro. Y todo lo que aún conseguías recordar un poco estaba rígido también como el hierro y ya no tenía sabor en el pensamiento.

Habías envejecido más que la hostia de una vez.

Había que abolir la vida de fuera, convertirla también en acero, en algo útil. No nos gustaba bastante tal como era, por eso. Había que convertirla, pues, en un objeto, en algo sólido, ésa era la regla.

Intenté hablarle, al encargado, al oído, me respondió con un gruñido de cerdo y sólo con gestos me enseñó, muy paciente, la sencillísima maniobra que yo debía realizar en adelante y para siempre. Mis minutos, mis horas, el resto de mi tiempo, como los demás, se consumirían en pasar clavijas pequeñas al ciego de al lado, que las calibraba, ése, desde hacía años, las clavijas, las mismas. Yo en seguida empecé a cometer graves errores. No me regañaron, pero, tras tres días de aquel trabajo inicial, me destinaron, como un fracasado ya, a conducir la carretilla llena de arandelas, la que iba traqueteando de una máquina a otra. Aquí dejaba tres; allí, doce; allá, cinco sólo. Nadie me hablaba. Ya sólo existíamos gracias a una como vacilación entre el embotamiento y el delirio. Ya sólo importaba la continuidad estrepitosa de los miles y miles de instrumentos que mandaban a los hombres.

Cuando a las seis todo se detenía, te llevabas contigo el ruido en la cabeza; yo lo conservaba la noche entera, el ruido y el olor a aceite también, como si me hubiesen puesto una nariz nueva, un cerebro nuevo para siempre.

Conque, a fuerza de renunciar, poco a poco, me convertí en otro... Un nuevo Ferdinand. Al cabo de unas semanas. Aun así, volvía a sentir deseos de ver de nuevo a personas de fuera. No las del taller, por supuesto, que no eran sino ecos y olores de máqui-

nas como yo, carnes en vibración hasta el infinito, mis compañeros. Un cuerpo auténtico era lo que quería yo tocar, un cuerpo rosa de auténtica vida silenciosa y suave.

Louis Ferdinand Celine, *Viaje al fin de la noche* [1932].

17 anteriormente he rechazado la distinción tajante entre trabajo manual e intelectual. Ahora rechazo la anulación tajante de la diferencia entre trabajo productivo e improductivo. Lo primero es una ficción. Lo segundo una ceguera. Aunque ficción y ceguera se pueden aquí intercambiar. En ambos casos estas decisiones se hacen con el fin de resistir la fetichización de lo intelectual. Ahora bien, para que quede más clara la diferencia entre trabajo productivo e improductivo, habría que retomar también la cuestión del trabajo abstracto, único que produce plusvalía, fin del capital. En el primer tomo de las *Teorías sobre la plusvalía*, leemos: "Para producir una mercancía, el trabajo necesita ser un trabajo útil, producir un valor de uso, tomar cuerpo en un valor de uso. Solamente el trabajo que toma cuerpo en una mercancía y, por tanto, en valores de uso, es, por consiguiente trabajo por el que se cambia el capital. *Esto constituye una evidente premisa*. Pero no es este carácter concreto del trabajo, su valor de uso en cuanto tal —el hecho de que sea, por ejemplo, el trabajo del sastre, el del zapatero, el trabajo de hilar, tejer, etc.— lo que le da su valor de uso específico para el capital y hace de él, por consiguiente, un trabajo productivo, dentro del sistema de la producción capitalista. Lo que le infunde su valor de uso específico para el capital no es su determinado carácter útil, como no lo son las cualidades útiles específicas del producto en

que toma cuerpo, sino [que es] su carácter en cuanto elemento creador del valor de cambio, [su carácter de] trabajo abstracto y, más exactamente, no el hecho de que representa una determinada cantidad de este trabajo general, sino una cantidad mayor de la que se contiene en su precio, es decir, en el valor de la fuerza de trabajo". He resaltado lo que Marx denomina "una evidente premisa", para diferenciar lo que comúnmente se denomina trabajo (concreto o no), de lo que para el capital es trabajo, esto es, el trabajo abstracto, categoría que —junto a las de mercancía, valor y dinero— constituye la base de la organización y dominación de la sociedad capitalista, dado que es su síntesis. Ello implica que la sociedad que produce mercancías a partir del trabajo abstracto no es natural, sino histórica y tiene solo unos pocos siglos. No es desde hace mucho tiempo que como humanos comenzamos a relacionarnos de manera exclusiva mediante las cosas (mercancías). "Se ve", dice Marx en el capítulo sexto inédito, "cómo incluso categorías económicas correspondientes a épocas anteriores de la producción adoptan, sobre la base del modo capitalista de producción, un carácter histórico específicamente diferente". Esta sociedad se volvió dominante, primero, cuando el hombre (y lo diferen-

de: Andrew Preston <publons@sci.scientific-direct.net>
para: R R Freire <raul.rodriguez@pucv.cl>
fecha: 13 de marzo de 2018, 12:39
asunto: Dr. Freire, are you getting recognition for peer review?

Dear Dr. Freire,

Scholarly publication has a peer review crisis and it's getting worse.

It now takes 180 days to publish a paper, sometimes more. Editors simply can't find expert reviewers who are willing and able to examine the deluge of manuscripts.

This delays breakthrough research and lets methodological flaws slip through the gaps.

Publons is a rapidly growing network of 300K+ researchers, 1,900+ partner journals, and some of the world's top research institutions,

cio de la mujer, por lo que implica la necesidad del trabajo reproductivo que el capital necesita para la producción de valor, siguiendo a Scholz) se vio obligado, por lo general de manera violenta, a vender *no el producto de su trabajo* (que es lo que por lo general venden los autónomos y los intelectuales), sino su capacidad de trabajo como mercancía. En segundo lugar, cuando ya no fue capaz de producir de manera independiente lo necesario para la vida, constituyéndose así la sociedad capitalista como forma civilizatoria. Y es que el que como especie establezcamos relaciones por intermedio de las mercancías no nos hace más racionales o sofisticados que aquellos que por creer en un tótem llamamos primitivos. Comprar el pan en un supermercado es tan fetichista como los muñecos del Vudú o la parafilia. Nosotros creemos o adoramos una ficción llamada dinero, una ficción —bastante real, por cierto— a la que le es indiferente el "carácter útil" de las cosas y, por tanto, que desecha cualquier apelación a la cualidad de los objetos. Desde tal consideración los objetos serían inconmensurables y, por tanto, inintercambiables bajo la lógica de capital. Para que puedan circular como mercancías, se debe hacer entonces una radical abstracción de su productor así como de su posible uso. Ello im-

all fighting for better peer review standards.

Join the global community of peer reviewers

We are a free service helping researchers track and showcase peer review and editorial contributions for job and funding applications.

Together, we are bringing greater recognition to peer review and renewing the focus on better, faster research.

Join Publons today and help make a difference.

Best,

Andrew Preston
Cofounder

P.S Not sure Publons is right for you? Read our 10 reasons to join the network (it's free).

Publons es propiedad de Clarivate

plica que una mercancía no es un bien, sino un objeto transable como valor de cambio, razón por la cual, como indica Jappe, "las mercancías no conocen más que determinaciones cuantitativas". Así las cosas, es irrelevante que una cocina, una cama o un inodoro sean cosas imprescindibles para un hogar. La determinación de su valor no se mide teniendo en cuenta su relevancia para la vida, sino el tiempo de trabajo social medio que para su producción se ha requerido, es decir, de trabajo abstracto. Jappe: "El trabajo tiene su medida en su duración y, en consecuencia, en su cantidad: el valor de cada mercancía depende de la cantidad de trabajo que ha sido necesario para producirla. A este respecto, importa poco en qué valor de uso se concrete dicho trabajo. Una hora empleada en coser un vestido y una hora empleada en fabricar una bomba siguen siendo una hora de trabajo. Si han sido necesarias dos horas para fabricar la bomba, su valor es doble con relación al vestido, sin tener en cuenta su valor de uso. La diferencia cuantitativa es la única que puede existir entre los valores: si los diferentes valores de uso que tienen las mercancías no cuentan para determinar su valor, tampoco lo hacen los trabajos concretos que las han creado. El trabajo que conforma el valor no cuenta, más que como puro gasto de tiempo de trabajo, sin consideración por la forma específica en la que se ha gastado. A esta forma de trabajo, en la que se hace abstracción de todas sus formas concretas, Marx la llamó 'trabajo abstracto'".

> Acaso estaban demasiado marcados por su pasado (y no sólo ellos, por lo demás, sino sus amigos, sus compañeros de trabajo, la gente de su edad, el mundo en que vivían inmersos). Acaso eran demasiado voraces de buenas a primeras: querían ir demasiado deprisa. El mundo, las cosas, tendrían que haberles pertenecido desde siempre, y ellos habrían multi-

plicado los signos de su posesión. Pero estaban condenados a conquistarlos: podían hacerse cada vez más ricos; lo que no podían era haberlo sido siempre. Les hubiera gustado vivir en medio del confort, de la belleza. Pero sus exclamaciones, su admiración, eran la prueba más rotunda de que no era así. Les faltaba la tradición -en el sentido, tal vez, más despreciable del término-, la evidencia, el goce auténtico, implícito e inmanente, el que va acompañado por un bienestar del cuerpo, y, en cambio, su placer era cerebral. Con excesiva frecuencia, no les gustaba, en lo que llamaban lujo, más que el dinero que había detrás. Sucumbían ante los signos de la riqueza: más que gustarles la vida, les gustaba la riqueza.

George Perec, *Las cosas* [1965].

(1)(8) desde el "trabajo abstracto", la diferencia entre un diseñador de software y una trabajadora de maquila que ensambla el computador con el que aquel produce es nula. Aunque son trabajos inscritos en "actividades productivas cualitativamente diferentes", "son ambos gasto productivo del cerebro, músculo, nervio, mano, etc., *humanos*, y en este sentido uno y otro son *trabajo humano*", según leemos en *El capital*. Su duración es lo único que cuenta para determinar su valor, una duración que obviamente debe recibir como pago un monto bastante menor de lo que en realidad debería, solo así se da lugar a la producción de plustrabajo, esto es, a la apropiación de trabajo no pagado (plusvalía). "La riqueza objetiva se transforma en capital",

agrega Marx en el capítulo sexto inédito, "sólo porque el obrero, para subsistir, vende su capacidad de trabajo [y no algún producto…]. En el proceso laboral que es al mismo tiempo el proceso capitalista de producción, los medios de producción emplean al obrero, de tal suerte que el trabajo solo aparece como un medio gracias al cual determinada magnitud de valor, o sea, determinada masa de trabajo objetivado, succiona trabajo vivo para conservarse y acrecentarse. El proceso laboral aparece así como proceso de autovalorización, por intermedio del trabajo vivo, del trabajo objetivado". Lo que Marx está acentuando es que el trabajo vivo, que deviene objetivado y abstracto, es la única instancia que permite que el capital se valorice efectivamente, pero ello obviamente a cambio de la anulación total del sujeto, que ha sido transformado él mismo en una mercancía. Por tanto, en *El capital*, "la dominación del capitalista sobre el obrero es […] la de la cosa sobre el hombre [y aquí hombre incluye tanto a obreros como a capitalistas], la del trabajo muerto sobre el trabajo vivo, la del producto sobre el productor". Es más, bajo esta lógica, ni siquiera la satisfacción de sus necesidades constituye un espacio de autonomía para el trabajador, dado que él no adquiere los medios de subsistencia, sino que estos los adquieren a él. El obrero, dice Marx, no es más que "una simple personificación del trabajo para el capital". Pero tal dominación no se da de manera inmediata. Primero, el trabajador debe enfrentarse al capital en la esfera de la circulación, donde ambos, el trabajador y el comprador de trabajo, aparecen como vendedores de mercancías; uno vende su capacidad de trabajo, el otro los medios para reproducirla, lo que indica que estamos ante una transacción o una compraventa que tiene lugar en el mercado y que se da, supuestamente, de manera autónoma para cada una de las partes. Una vez que el capital ha comprado la mercancía que requiere, entramos en la esfera de la producción, en el mercado del trabajo, perdiéndose así la autonomía; solo esta última es verdaderamente capitalista. En el primer movimiento, el obrero es un simple comprador y como tal es que se diferencia del vendedor (el

capitalista). Pero en el segundo, dejan de ser lo que son para devenir obrero y capitalista respectivamente, con lo cual la relación se transforma en explotación, puesto que es el dinero el que, finalmente, se enfrenta al obrero. El dinero porque constituye "la forma monetaria del capital, y por tanto el poseedor de dinero se le contrapone en cuanto capital personificado, en cuanto capitalista". De manera que es el dinero, como representante del capital, el que se apropia de la capacidad de trabajo, única "fuente viva del valor de cambio", y la succiona hasta sacar de ella toda la riqueza posible. "Sin intercambio del capital variable por capacidad de trabajo no se efectuaría la autovalorización del capital total y por lo tanto, tampoco la formación de capital, ni la transformación de medios de producción y de subsistencia en capital". Resumiendo: sin trabajo abstracto, ajeno y productivo, no hay subsunción real del capital, lo que implica, por ejemplo, que el capital humano (o el trabajo cognitivo) no es un dispositivo que pueda reemplazar al trabajo vivo, por lo menos no cuando se da de manera autónoma, emprendedora. Ahí lo que se estará vendiendo no será la fuerza de trabajo, sino algún producto de esta, inscribiéndose así en el ámbito de la circulación. Por otra parte, un profesor universitario (o el auxiliar de una universidad) o un ingeniero informático que trabaja para Academia.edu, mientras vendan su capacidad de trabajo y reproduzcan, además de su salario, plusvalía, estarán indefectiblemente conectados al proceso de autovalorización del capital, que no ha dejado de producir los asalariados que requiere, sean "manuales" o, cada vez más, "intelectuales".

> ¿Cómo podría acordarse de su ignorancia -lo cual requiere de un crecimiento- quien tiene que usar sus conocimientos tan a menudo?
>
> Henry David Thoreau, *Walden* [1854].

19 de ahí que en la caracterización del trabajo improductivo haya que evitar caer en los errores que pudiesen emerger del hecho de que los servicios se hayan terminado transformando en trabajo asalariado y sus ejecutantes en asalariados. Como también insiste Marx, el que un trabajo sea intelectual o incluso que no genere productos, no implica, como cree Paolo Virno, que no se lo pueda hacer funcionar productivamente. "El trabajo creador de valor o, mejor dicho, el trabajo en cuanto que es concebido como creador de valor", señala Jappe, "no produce ningún contenido. No crea ni productos ni servicios, sino solo una forma pura" que Marx llama "objetividad espectral". Aquí Marx es radical. Desde el valor, único interés del capital, una mesa no es una mesa ni nada útil. "Todas sus propiedades sensibles", escribió en *El capital*, "se han esfumado. Ya tampoco es producto del trabajo del ebanista". "Con el carácter útil de los productos del trabajo se desvanece el carácter útil de los trabajos representados en ellos y, por ende, se desvanecen también las diversas formas concretas de esos trabajos; éstos dejan de distinguirse, reduciéndose en su totalidad a trabajo humano indiferenciado, a trabajo abstractamente humano". "Nada ha quedado de ellos salvo una misma objetividad espectral, una mera gelatina de trabajo humano indiferenciado, esto es, de gasto de fuerza de trabajo humana sin consideración a la forma en que se gastó la misma. Esas cosas tan solo nos hacen presente que en su producción se empleó fuerza humana de trabajo, se acumuló trabajo humano. En cuanto cristalizaciones de esa sustancia social común a ellas, son valores". El valor de uso no es más que el soporte del valor. Como ha demostrado José María Durán en "Sobre la lectura que en "Gramática de la multitud" Paolo Virno hace de la distinción entre trabajo productivo y trabajo improductivo en Marx", uno de los errores en que se cae cuando se analiza el trabajo intelectual, concretamente gracias a conceptos como intelectualidad de masas, *general intellected*, cognitariado e incluso trabajo inmaterial, conceptos que pretenden haber superado la distinción que estamos comentando, es creer, por un lado, que la

producción no material es trabajo intelectual y, por otro, creer que "el tiempo de trabajo como medida básica del valor" ya no cuenta. Agregaría, como efectos de ambas creencias, una tercera: suponer que el trabajo inmaterial hoy deviene abstracto en función de la relevancia de lo intelectual. Pero solo se está ante el trabajo abstracto cuando el trabajador vende su fuerza de trabajo (no, insisto, su producto) y aumenta así la producción de plusvalía. Otro de los errores surgiría, por el contrario, gracias a que una parte de la producción capitalista de mercancías se realiza a partir de modos de producción precedentes, con lo cual la distinción entre trabajo productivo e improductivo resulta, a juicio de Marx, inaplicable, dado que la subsunción del trabajo no se da ni siquiera formalmente, sino tan solo de manera ideal. Es en este escenario donde el trabajador independiente o autónomo aparece para él como una rareza, un espectro proveniente de los gremios (universitas) que siglos antes se constituyeron gracias a que compartían un modo común de producción, de derechos, etc. "El trabajador independiente (*selfemploying labourer*), a modo de ejemplo, es su propio asalariado, *sus propios medios de producción se le enfrentan en su imaginación como capital*. En su condición de capitalista de sí mismo, se auto-emplea como asalariado. Semejantes anomalías ofrecen campo propicio a las monsergas en torno al trabajo productivo y el improductivo". La radicalidad del neoliberalismo, tal como lo profesa Gary Becker, estriba en haber, supuestamente, disuelto tal imaginario enfrentamiento, restando así el antagonismo inherente a la condición obrera ("intelectual" o "manual"). Pero cuando Marx planteaba estas reflexiones, el trabajo intelectual era minoritario, y quizá lo era precisamente porque no se lo consideraba trabajo en sí, sino "vocación" y otros eufemismos, y tanto su aporte al crecimiento económico, como el del arte, era inocuo: "En suma, los trabajos que sólo se disfrutan como servicios no se transforman en productos separables de los trabajadores —y por lo tanto existentes independientemente de ellos como mercancías autónomas—, y aunque *se les puede* explotar de manera

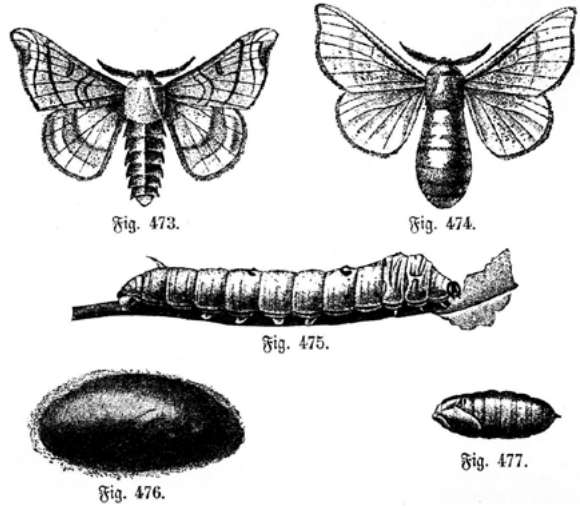
directamente *capitalista*, constituyen magnitudes insignificantes si se les compara con la masa de la producción capitalista. Por ello se debe hacer caso omiso de esos trabajos y tratarlos solamente a propósito del trabajo asalariado, bajo la categoría de trabajo asalariado que no es al mismo tiempo trabajo productivo" (énfasis agregado). Si se considera la forma del trabajo que Marx operativizaba en la teoría del valor, no extraña que determine la insignificancia para el trabajo intelectual, dado que su énfasis radicaba en el trabajo mecánico y en el tiempo socialmente necesario para la producción. Para Marx, veremos luego, solo hay capitalistas y asalariados, por lo que la anacrónica condición servil (en cualquiera de sus formas, altas o bajas) tenderá a desaparecer. No se imaginaba Marx que el siglo XX haría de lo que él omitía uno de los lugares de mayor profundización del modo de producción capitalista, pero precisamente porque la propia lógica del capital terminaría atentando contra el trabajo productivo mismo. En otras palabras, es la crisis del trabajo abstracto, producida por la llamada tercera revolución industrial (la de la microelectrónica), lo que ha llevado a ver el capital humano y el emprendimiento como formas a partir de las cuales generar acumulación, así no sea mediante la consecución de plusvalía relativa. En otras palabras, frente a la crisis del trabajo y la subsunción real, asistimos a una ampliación de la subsunción formal e incluso al retorno de "formas secundarias y de transición" capitalista. Pero estas formas, no hay que olvidarlo, se dan en la esfera de la circulación, por lo que no contribuyen verdaderamente de manera capitalista a la valorización del capital, lo cual debiera ser una grieta en la que profundizar.

> Vano es que haga por sofrenar ese ímpetu que día y noche se revuelve en mi pecho. Si no puedo meditar o rimar [*dichten*], no es vida la vida para mí. Pro-

híbele al gusano de seda que teja su capullo cuando, próximo a dar las boqueadas, pone más ahínco en su tarea. De su propia enjundia [*Aus seinem Innersten*, también: "desde lo más íntimo" o "desde sus entrañas"] va devanando la preciada tela, y no para un momento hasta que, al fin, se encierra en su ataúd. ¡Oh, pluguiere a un buen Dios concedernos también el mismo sino que a ese envidiable gusano de poder luego desplegar, raudos y alegres, nuestras alas al fulgor de un nuevo sol!

Goethe, *Torquato Tasso* [1790].

20 es imposible hablar de trabajo intelectual y pasar por alto una ahora famosa referencia de Marx a John Milton, referencia elaborada a partir de la distinción entre trabajo productivo e improductivo, e inscrita (póstumamente) como apéndice a sus *Teorías sobre la plusvalía*. La escritura de la poesía es aquí comparada con los gusanos que se dedican (y dedican debe pensarse entre comillas) a la producción de seda: "Por ejemplo, Milton, who did the "Paradise Lost" for five £ era un trabajador improductivo. En cambio, el escritor que



proporciona trabajo como de fábrica [*Fabrikarbeit*, que también se puede traducir "como objetos fabricados"] a su librero, es un *trabajador productivo*. Milton produjo el "Paradise Lost", tal como un gusano de seda produce seda [*Milton produzierte das Paradise lost, wie ein Seidenwurm Seide produziert*]. Era una actividad [Betätigung, también afirmación, manifestación, expresión] de su naturaleza. Más tarde vendió el producto por 5 £. Pero el literato proletario de Leipzig, que bajo la dirección [*Direktion*] de su editor, fabrica [*fabriziert*] libros (compendios de economía, por ejemplo), es un *trabajador productivo*, ya que su producto está de antemano subsumido bajo el capital y se lleva a cabo solo para valorizarlo. Una cantante que vende por su cuenta su canto es una *trabajadora improductiva*. Pero la misma cantante, contratada por un empresario que la haga cantar para ganar dinero es [en cambio], una *trabajadora productiva*, puesto que produce capital". Como vemos, para Marx la cuestión clave es la apropiación del *trabajo ajeno*, solo así se genera valorización y plusvalía. Y en eso no hay nada que discutir. Marx lo afirmó en varias oportunidades y en diversos textos. La cuestión sería entonces qué tipo de plusvalía, aunque es claro que aquí se está refiriendo a la plusvalía absoluta. Pero en esta cita evidentemente hay algo más. Si bien es difícil pensar que con "una actividad de su propia naturaleza", Marx se está refiriendo a una obra de arte en términos de interioridad individual u original, tal como era imaginada por lo que sería la teoría estética burguesa, al sustraer al poeta del proceso de acumulación para reinscribirlo, de *cierta manera*, en un orden "natural", animal, Marx parecería afirmar que el "verdadero" artista no participa, por lo menos no propiamente, de las relaciones capitalistas de producción. Aquel tipo de artista se encontraría, de cierta manera, por sobre las relaciones materiales. Ello no quiere decir, sin embargo, que esté libre de lo material; meramente no está inmerso en el modo de producción *propiamente capitalista*, por lo menos no, al parecer, mientras no haya vendido su producto, y aún así habría que ser cuidadoso con la determinación de las implicancias de

esta venta. Bajo esta lógica, un pianista no participaría de la forma capitalista de estructuración del trabajo, pero sí lo haría quién construyera el piano (solo si el piano se fabrica directamente en la casa del pianista, su constructor se sustraería del trabajo productivo); tampoco lo haría, por tanto, quien usa el papel para escribir, por ejemplo, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, aunque sí participaría quien produjo el papel fabrilmente, así como el dueño de la revista *Die Revolution*, donde aquel texto fue publicado. Marx, ni asalariado, ni capitalista, no veía inconvenientes cuando no tenía dinero, es decir, casi siempre, con empeñar su abrigo para comprar el papel en el que escribía sus artículos para el *New York Daily Times* (y con el vuelto ver si le alcanzaba para un cigarro con el cual, en tanto filósofo, como diría Galende, acompañar su ocio. Lo dudo). Siguiendo a Isaak Illich Rubin, "todas las actividades laborales que no se realizan en la forma de una empresa organizada sobre principios capitalistas no se incluyen en el sistema capitalista de producción ni son consideradas trabajo 'productivo'". Rubin es demasiado tajante, pero se entiende lo que está afirmando, no hace más que seguir al Marx que, por la insignificancia que tenía en su tiempo el trabajo intelectual, no le prestó la importancia debida, lo trató, recordemos, "solamente a propósito del trabajo asalariado, bajo la categoría de trabajo asalariado que no es al mismo tiempo trabajo productivo". Se comprende entonces que intelectuales menos avezados en el desarrollo del capitalismo hayan caído en la ficción de la autonomía de la literatura o de la crítica, o que vean de suyo en el arte un modo de resistencia contra el capitalismo. Como ha señalado acertadamente José María Durán (2008), cuando un escritor o un artista es reconocido socialmente y/o se reconoce (incluso de forma

Fuente: **Dr. Johannes Leunis, Schul-Naturgeschichte, Hannover, Hubert Ludwig, 1891. Fig. 473. Das Männchen** (el macho). **Fig. 474. Das Weibchen** (la hembra). **Figura 475. Die Raupe** (la oruga). **Fig. 476: Puppenkokon** (capullo). **Fig. 477. Puppe etwas verkleinert** (pupa algo reducida).

legal) individualmente como *propietario* de su propia industria, está inmerso en las relaciones capitalistas de producción. El artista no produce entonces simples productos. Produce, según Durán, mercancías que circulan como valor de cambio. Por otra parte, como todo consumo de mercancías (artísticas o no) supone la puesta en marcha del *modo de producción propiamente capitalista* (cuestión que no creo), con la producción de obras que se venden en el mercado anónimo (recordemos una vez más que como mercancías) no se está ante la circulación simple D-M-D, sino, a juicio de Durán, ante la generación de plusvalía, esto es, D-M-D'. Aunque aquí ya no está presente la figura del intelectual o del productor, sino la del comerciante, cuestión en la que habría que reparar, como hará el mismo Marx. Y, además, habría que diferenciar el tipo de plusvalía. Solo que para Durán, a pesar de vincularse con el modo de producción *propiamente capitalista*, el trabajo artístico continuaría siendo improductivo, dado que para él "el proceso de producción de Milton como praxis que no llega a ser trabajo 'productivo' porque los medios de producción de los que Milton hacía uso no se le enfrentan como capital, es decir, no eran exteriores a él ni se le podían expropiar. Esto es, no se podían entender más allá del acto mismo en el que Milton producía el hecho de la escritura (en cuanto praxis [i.e., "como una actividad de su naturaleza"])". Lo cual quiere decir que no nos encontramos en el ámbito de la subsunción real, tal como hemos visto previamente. Por eso, a pesar de las importantes reflexiones de Durán, habría que considerar con cuidado la inscripción de la producción artística e intelectual en el modo de producción propiamente capitalista. En otras palabras, se podría tan solo señalar que se trata de "una forma particular respecto al modo de producción propiamente capitalista", porque, para Marx, es solo a partir de la emergencia de "la producción de plusvalía relativa" que "surge un modo de producción propiamente capitalista", cuestión que revela la potencia política del arte y el saber, al resistirse en su modo y su forma, al proceso de valorización *tout court*. Pero dicha resistencia no le es inherente (el

arte se puede llevar muy bien con el capital), sino resultado de un proceso que podríamos llamar de contravalorización. Como ha mostrado Dave Beech, si bien también produce mercancías, el artista no se ajusta debidamente a la categoría de capitalista ni de asalariado, por lo que produce mercancías que no lo son verdaderamente. "Su producción artesanal no se ajusta [adecuadamente] al modo de producción capitalista", de manera que "el artista puede ser un productor mercantil sin que este hecho sugiera de ninguna manera que ha sido transformado [axiomatizado] económicamente por el modo de producción [propiamente] capitalista". Estamos, por tanto, ante una anomalía a cuya ampliación, estratégica y políticamente, debemos contribuir.

> La cuna de la oruga de seda parece encontrarse en todos aquellos países de Asia en los que la morera blanca que le sirve de alimento crece de forma silvestre. Aquí es donde vive, abandonada a sí misma, al aire libre. El ser humano empezó a criarla por su utilidad. En la historia de China consta que dos mil setecientos años antes del comienzo de la era cristiana, Hoang-ti, el emperador de la tierra, que gobernó durante más de un siglo y enseñó a sus súbditos la construcción de carros, barcos y molinos trituradores, había incitado a Si-ling-Chi, su primera esposa, a que se dedicara a los gusanos de seda, hiciera ensayos para su posterior utilización y así, por medio de su trabajo, del trabajo de la emperatriz, a que contribuyese a incrementar la felicidad del pueblo. De modo que Si-ling-Chi cogió los gusanos de los árboles del jardín del palacio

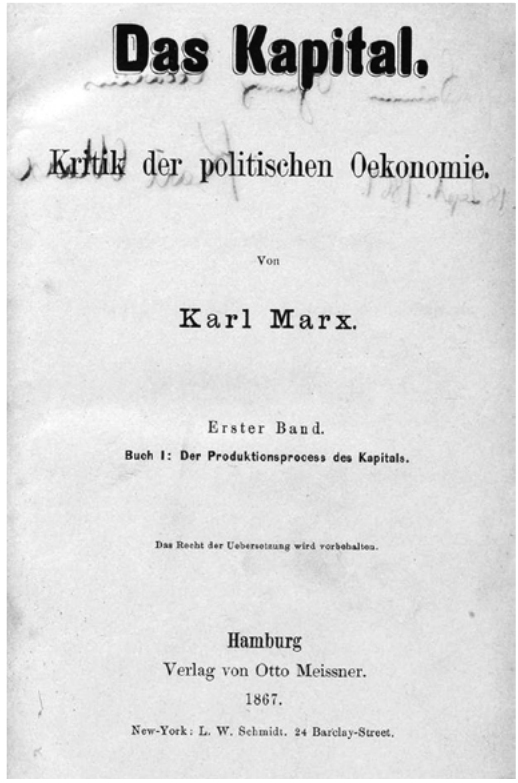
y los puso bajo su propio cuidado en los aposentos imperiales, donde, protegidos de sus enemigos naturales y del clima en primavera con frecuencia irregular en extremo, se desarrollaron tan favorablemente que su gesto supuso el comienzo de lo que más adelante se denominaría cría doméstica de los gusanos de seda, que en lo sucesivo, junto con la disolución del hilado, tejido y cocido de las telas, se convertiría en la ocupación distinguida de todas las emperatrices, de cuyas manos pasó a las de todo el género femenino. Al cabo de sólo unas pocas generaciones, la cría del gusano y la confección de seda habían experimentado un auge tal, fomentado de todas las formas imaginables por los soberanos, que China era asociada irremisiblemente como el país de la seda y de la inagotable riqueza sedera. Los comerciantes, que atravesaban toda Asia con sus caravanas cargadas de seda, necesitaban alrededor de doscientos cuarenta días para ir desde el Mar de China hasta la costa del Mediterráneo. A causa de esta lejanía gigantesca y también a causa de los terribles castigos impuestos por la difusión del saber de la cría del gusano de seda y de los medios para su implantación fuera de las fronteras del imperio, la producción de la seda permaneció limitada a China a lo largo de los milenios.

W.G. Sebald, *Los anillos de Saturno* [1995].

21 vale la pena entonces detenerse un momento en la frase "una actividad de su naturaleza". El énfasis es de Marx, y la metáfora no podía ser mejor, porque devela la importancia que le otorga al ámbito de lo estético (*aísthesis*) y lo cualitativo (que se sustrae a la equivalencia general), cuando no a su defensa. Es más, este pequeño fragmento permite pensar en Marx la posibilidad de un *homo artisticus* que puede, eventualmente, sustraerse al *homo œconomicus*. Tanto la acción de Milton como la del gusano darán lugar a un tejido: ambos son tejedores, de manera que el hilo / la escritura opera como una especie de común denominador que expresa una interioridad / una subjetividad. Y sus respectivos "trabajos" se sustraerían del modo de producción capitalista, esto es, serían improductivos, porque, como se desprende del libro de Durán, al ser el resultado de una libre actividad subjetiva, Milton no vende su fuerza de trabajo (no es un sujeto alienado), ni el trabajo mismo le es impuesto desde fuera. Al escribir siguiendo los dictados de *su* naturaleza, Milton no se enfrenta al capital, es el propietario de los medios de (su) producción. El capital se le enfrentaría en un momento posterior, al vender o comercializar su libro, y lo haría por tanto como dinero, donde "las esferas de la producción y la circulación aparecen como antagónicas". Marx parece operar aquí, indica Durán, siguiendo la distinción aristotélica *téchne/praxis*, distinción que permitiría diferenciar entre "'una capacidad razonada para hacer (relacionada con la *téchne*) y 'una capacidad razonada para actuar' (relacionada con la *praxis*)", donde la primera tendría una causa exterior, y la segunda una interior. El ejemplo que entrega Durán es el de un maestro constructor que "debe conocer primero qué va a hacer con las piedras y los ladrillos, lo que conlleva un tipo de conocimiento práctico o *téchne*". Por el contrario, la actividad que da cuenta de una naturaleza correspondería a un tipo "diferente de producción". Y agrega: "Si esto fuera así, ¿había pretendido insinuar Marx que *Paraíso perdido* no era el resultado de la *téchne* de Milton como escritor, y *téchne* que presupondría el mismo proceso de escribir e incluso, por

qué no, el de imprimir lo escrito, sino la expresión en acto del pensamiento subjetivo de Milton que está en perfecta consonancia con su resultado en la forma de libro? Si esto se relaciona con una forma de hacer poético cuya finalidad no es una 'cosa', sino el efecto que se observa en la audiencia, entonces sería plausible. Sería sobre todo plausible si renunciamos a analizar el procedimiento de Milton como trabajo para examinarlo únicamente como expresión, es decir, lo que se expresa con el resultado de ese trabajo". Lamento no poder responder al detallado análisis de Durán, cuyo libro (y su trabajo en general) me ha permito pensar algunas de las ideas aquí *trabajadas*. Me detendré tan solo en su lectura de este punto, pues opera precisamente aquello que aquí se busca discutir. En primer lugar, creo que no es posible renunciar a analizar *Paradise Lost* como trabajo, así sea improductivo, como *téchne*. Hacerlo implicaría caer en una lectura metafísica, dado que no puede haber expresión poética o seda sin *téchne*. Y aunque se quiera pensar el proceso únicamente desde el resultado, no se puede suspender el procedimiento de Milton, porque hacerlo podría conllevar la reinscripción de la distinción naturaleza/cultura. Por otra parte, dicho resultado es visto de manera incompleta, dado que aquí Marx no analiza su venta, cosa, por cierto, que sí ha hecho magistralmente Durán. Si bien nos señala que Milton "más tarde vendió el producto por 5 £", Marx se sustrae del análisis de las implicancias que arrojaría la circulación mercantil de *Paradise Lost*. Respecto al primer punto, André Leroi-Gourhan ha demostrado cómo el hombre se inventa en la técnica, al "inventar" el útil: el sílex está determinado por el córtex, de la misma manera que este está determinado por aquel; la capacidad de expresión y la capacidad de fabricar útiles concretos "se desligan del mismo proceso"; "el lenguaje es tan característico del hombre como el útil", por lo que "ambos no son más que la misma expresión del hombre", "pues útil y lenguaje están ligados neurológicamente, y uno y otro no son disociables en la estructura social de la humanidad". Por lo que no podemos simplemente suspender o renunciar a

comprender en su conjunto la producción intelectual, dado que no se la puede pensar descolgada de la técnica. Reparemos entonces en la seda, que durante siglos permitió que en China se produjera el más bello papel que pudiera inventarse. No, mejor reparemos en el gusano (figura 475), ya que el llamado gusano de seda no produce seda, entendida esta como un tejido, semejante al texto de Milton. De manera similar a las arañas y otros artrópodos, cuando la mariposa *Bombyx mori* (figura 474), que es el nombre de estos animales, se encuentra en estado larvario (477), produce una fibra natural constituida por proteínas, las cuales no son otra cosa que la transformación de su alimento (hojas de morera) en una sustancia líquida que solo al salir del cuerpo y entrar en contacto con el aire, se solidifica y se transforma o se puede transformar, luego de un cierto trabajo, en eso que llamamos seda. Girando sobre sí misma, la larva empleará la fibra para fabricar una envoltura o capullo (figura 476) del que saldrá al cabo de unas tres semanas una hermosa mariposa. Esa fibra puede llegar a alcanzar unos 1500 metros, así que solo cuando miles de *Bombyx mori* son reunidas y puestas a *trabajar* es que se fabrica lo que comúnmente llamamos seda. Marx pareciera detenerse aquí solo en la fibra natural, pero para que se produzca seda en realidad hace falta ni más ni menos que matar a la mariposa,


Das Kapital.

Kritik der politischen Oekonomie.

Von

Karl Marx.

Erster Band.

Buch I: Der Produktionsprocess des Kapitals.

Das Recht der Uebersetzung wird vorbehalten.

Hamburg
Verlag von Otto Meissner.
1867.

New-York: L. W. Schmidt. 24 Barclay-Street.

cuestión que se ha logrado hacer fabrilmente. Cuando esta ha concluido su metamorfosis, segregará un ácido que destruirá el capullo (constituido por esa hebra larguísima que la protege), así que para que este no se dañe, cuando lleven alrededor de 10 días armándolo serán ahogadas en agua hirviendo o en vapor para, finalmente, recuperar, lavar e hilar la fibra. La seda entonces no es producida por un gusano de manera natural, por lo que no basta con encontrar uno, este debe ser puesto a *trabajar* y luego asesinado. Dos leyendas recuerdan su descubrimiento. En una, mientras tomaba el té bajo una morera durante una tarde de agosto (allá por el 2640 AE), la emperatriz Si-ling-chi (Leizu), experta tejedora, se sorprendió al ver caer sobre su taza un objeto del que solo pudo reconocer su color: dorado. Al intentar sacarlo de su recipiente de porcelana, lo que ahora sabemos que era la fibra de un capullo es sujetada por la emperatriz y esta al ver que el bello y fuerte hilo del que tiraba no paraba de extenderse no lo dudó y comenzó a tejerlo inmediatamente. Le pidió luego a sus sirvientes que la ayudaran a buscar más capullos; había decidido tejerle a Hwang-Di, el emperador, un manto, razón por la cual se lo conoce como el emperador amarillo. Así es como Xi Ling-Shi habría inventado la sericultura. La segunda leyenda, de origen persa y mucho más simple, señala que una pareja de gusanos de seda surgió del cuerpo de Job (y Job en inglés significa trabajo).

Todos saben lo que es un libro: un número determinado de hojas impresas, cosidas por un lado de los márgenes, y con una cubierta en la que aparece el título y el nombre del autor, como este mismo libro, por cierto, que ahora estas leyendo y que tus manos han debido mover; con la mano izquierda, más de una vez hacia la derecha (o al revés, con la

mano derecha hacia la izquierda), aunque aquí se ha agregado el nombre de la editorial y un pequeño logo que, la verdad, desconozco. Bueno, retomando, la palabra "libro", viene del latín *liber*, que otrora sólo hacía referencia a la parte interior, húmeda por la savia, de la corteza de los árboles. Los libros antiguos no eran de papel, sino de arcilla, de madera encerada, de papiro (una planta que crece en climas cálidos y húmedos), de seda o de piel [...]. Antes de la invención de la imprenta, cada libro, ya fuese un códice o un rollo, tenía que escribirse *a mano*: de ahí el trabajo de los *amanuenses*, encargados de copiar, *palabra por palabra*, todo el libro. Trabajo largo, meticuloso, agotador y a menudo inexacto. Los errores de los amanuenses siempre han dado mucho trabajo a los filólogos modernos, a quienes urge reconstruir la versión exacta de los textos antiguos. La imprenta fue inventada por un tal Gutenberg (latinizado en Benemontanus) a mediados del siglo XV. Las diferentes letras se tallaban, con relieve, en unos cubitos de madera o metal que, colocados uno junto a otro, formaban palabras, frases, periodos completos, incluso los más complejos. Compuesta una página, de madera o de plomo, se manchaba de tinta y se presionaba contra una hoja de papel. Se quedaba marcada la huella, la página estaba impresa e inmediatamente se podía hacer otra, y luego otra, *ad infinitum*. No sólo eso, sino que, una vez acabado el libro, aquellos cubitos de madera o hierro se podían utilizar para otro [...]. Con

la invención de la imprenta, con el uso del papel como material para escribir, con el consiguiente enorme progreso del arte y la industria gráfica, comenzó y se fue agravando la crisis del libro [Kittler dice lo mismo respecto de las universidades: "con el invento de las letras móviles y la imprenta de Gutenberg, la parte principal de aquello que se producía como conocimiento en las universidades corrió hacia el sistema de los libros y las editoriales. De un solo golpe, las universidades dejaron de escribir ellas mismas sus libros, para en lugar de ello comenzar a almacenar más bien en sus bibliotecas y en las cabezas de sus estudiantes los libros que eran impresos por otros". Cierre de]. De hecho, mientras que en tiempos de los amanuenses la escritura de un libro dependía directamente de la demanda de lectores; más tarde, con el enorme aumento de la tirada gracias a la imprenta mecánica, se hizo mucho más difícil encontrar un número de lectores equivalentes al creciente número de ejemplares impresos. En la antigüedad era el lector quien buscaba el libro, mientras que hoy la relación se ha invertido: el libro busca al lector. En Italia, la crisis se complica por el hecho de que muchísimas personas escriben y poquísimas leen. Cada año, diez mil italianos envían a imprenta sus obras, y si consideramos que sólo se imprime un libro de cada cien manuscritos que llegan a la mesa de un editor, comprobamos que en Italia tenemos un altísimo número de escritores, entre publicados

e inéditos: aproximadamente un millón, si no más. Quizá haya el mismo número de escritores que de analfabetos, y hasta es posible que pudiera resolverse el problema del analfabetismo obligando a cada autor a enseñar a leer un analfabeto, utilizando su libro inédito a modo de silabario. Simonetta, en cambio, hizo otra propuesta concreta para atajar la crisis del libro: la biblioteca: había que utilizar la biblioteca municipal, convertirla en un centro de lectura, de debate, de encuentro.

Luciano Biancardi, *El trabajo cultural* [1957].

22 como ha demostrado André Leroi-Gourhan en *El hombre y la materia*, "los elementos textiles no se caracterizan por su origen [su expresión], sino por la posibilidad de agruparlos para hacer hilos, trenzas o tejidos", es decir, solo mediante la consideración de un proceso técnico que *no* elabora el gusano es que se puede considerar la seda. "La *preparación* de dichos elementos textiles pone de manifiesto las técnicas más variadas". "La seda [por ejemplo] es sometida a un tratamiento muy sencillo, en el que la preparación de la fibra se confunde con la del hilo. Esencialmente consiste en reunir varias hebras, después de haber escaldado los capullos [es decir, de haberlos sumergido en agua hirviendo], y ponerlos en una bobina de devanadera: al reblandecerse en el agua caliente, flotan y se devanan fácilmente". De manera que si la oruga no es puesta a trabajar no hay seda, no hay tejido, no hay texto, solo proteínas. Porque si no reparamos en ello, cualquier emanación, efluvio o secreción corporal podría servir para su comparación, cualquiera, lo que nos obliga a considerar de manera

"natural" incluso los (supuestos) excrementos que Piero Manzoni enlató para su obra *Merda d'artista* (1961). La sericultura, por tanto, es lo que produce seda. De la misma manera, desconsiderar la *téchne* de un poeta oblitera cómo es que ha llegado a ser poeta. Piénsese tan solo en la composición oral de la *Odisea*, *téchne* que Milman Parry logró develar hace casi un siglo, gracias a lo cual se comprendió la relevancia de la repetición en la épica. Para Eric Havelock, "este hábito de la 'variación dentro de lo mismo' es fundamental para la poesía homérica, y por él se identifica la raíz principal de su manufactura [*manufacture*]". Desde esta lectura, la distinción aristotélica no es fácil de sostener. A diferencia de Marx, entonces, pienso que Milton produjo el *Paradise lost* mediante *su* trabajo, trabajo que, siguiendo a Marx, es improductivo porque no se inscribe en el *modo de producción propiamente capitalista*. La producción intelectual constituye, por tanto, una resistencia al proceso de valorización. Empero, esta es solo una posibilidad por cuya acontecimentalidad se debe trabajar, esquivando lo que más se pueda la axiomatización del capital en el intento.

> A partir del momento en el que el pueblo sabe leer y puede leer a precio económico, el comercio de la librería duplica sus negocios y el escritor encuentra con amplitud el medio de vivir de su pluma… un autor es un obrero como otro cualquiera que se gana la vida con su trabajo.
>
> Emile Zola, "El dinero en la literatura" [1880].

23 marx, creo, no tenía muy en claro las implicancias del trabajo intelectual y ello posiblemente se deba a que durante los años en que trabajó (de manera autónoma) el desarrollo del capitalismo no estaba tan extendido. Por otra parte, pensaba que la figura del intelectual no tendría la fuerza para resistirse al modo de producción capitalista, por lo que terminaría convirtiéndose en un asalariado o, si su situación era distinta, en un capitalista, como había ocurrido con muchos artesanos (e intelectuales, como Richard Price y tantos otros). Además, estaba seguro de su improductividad. No era trabajo abstracto, no había, en Milton por lo menos, venta de fuerza de trabajo y, en primera instancia, contribución directa a la valorización del capital. Pero ¿qué pasa cuando la obra entra en circulación? Esta duda es la que, quizá, le llevó a revisar su pasaje sobre Milton, que fue reproducido, con pequeñas pero significativas variaciones, en lo que hoy se conoce como *El capital. Libro I, Capítulo VI (inédito)*, subtitulado Resultados del proceso inmediato de producción. Los cambios solo se perciben si se establece una traducción literal de ambos textos desde el alemán, así que lo revisaremos nuevamente: "Por ejemplo, Milton, who did the Paradise lost, era un trabajador improductivo. En cambio, el escritor que proporciona trabajo como de fábrica [*Fabrikarbeit*, que también se puede traducir como objetos fabricados] a su librero, es un trabajador productivo. Milton produjo el Paradise lost tal como un gusano de seda produce seda, como una actividad de su naturaleza [*Milton produzierte das Paradise lost, wie ein Seidenwurm Seide produziert, als Betätigung seiner Natur*]. Más tarde vendió el producto por 5 £ y de esta suerte [*insofern*, también en este sentido] se convirtió en un comerciante [*und wurde insofern Warenhändler* —literalmente, comerciante de mercancías—. La traducción inglesa traduce como: *and to that extent became a dealer in a commodity*]. Pero el literato proletario de Leipzig, que bajo la orden [*Kommando*] de su editor, produce [*produziert*] libros, como por ejemplo compendios de economía política, está cerca de ser un trabajador productivo, por cuanto su producción está subsumida en el capital

y solo para valorizarla es que se la lleva a cabo. Una cantante que canta como un pájaro es una trabajadora improductiva [*Eine Sängerin, die wie der Vogel singt, ist ein unproduktiver Arbeiter*. Nuevamente tenemos aquí la metáfora natural: *como un pájaro*, cuyo canto es "una actividad de su naturaleza"]. *En la medida en que vende su canto*, es una asalariada o una comerciante. Pero la misma cantante, contratada por un *entrepreneur* [empresario, también emprendedor] que la hace cantar para ganar dinero, es una trabajadora productiva, pues *produce* directamente capital". Vemos que lo que Marx ha añadido aquí es el término "comerciante", quizá con la intención de explicitar que el producto que puede crear un artista o un intelectual se puede inscribir sin problema en el ámbito de la circulación y el consumo. Ahora bien, en vista de lo que hasta aquí hemos visto, ello no quiere decir que, en cuanto tal, una obra genere plusvalía. Como se señala en el segundo tomo de *El capital*, las operaciones de venta y compra no son más que un vehículo al servicio de las metamorfosis del capital, por lo que "no crean valor ni plusvalía", independientemente de quién esté tras las respectivas operaciones, lo que nos lleva, sin embargo, a ver qué ocurre cuando, como en el caso de Milton o la cantante, es el artista el que vende directamente su producto, cuestión de la que se desprende la supuesta diferencia insalvable entre obrero y capitalista a partir de consideración de la apropiación del trabajo ajeno. Para Marx, no pueden recaer en una misma persona las funciones de capitalista o trabajador; el primero responde a la función del capital, mientras el segundo a la función de fuerza de trabajo. El ejemplo que da al respecto es el del campesino o artesano independiente (autónomo), que como tal "se desdobla en dos personas. En cuanto poseedor de los medios de producción, es capitalista y, en cuanto trabajador, su propio asalariado". Vemos aquí una diferencia irreductible entre medios de producción y fuerza de trabajo, precisamente lo que el capital humano ha intentado reunir en una misma persona, haciendo que la apropiación del trabajo ajeno se haya invertido mediante su libre y gratuita entrega (Facebook es uno

de los paradigmas al respecto, Academia.edu otro). Marx no lo podía ver porque para él el hecho de poseer los medios de producción, así sean las herramientas del taller, es lo que convierte a una persona en (un posible) capitalista antes que en (un posible) trabajador. Por lo tanto, la separación de estas dos funciones, que Marx llama desdoblamiento, constituye el estado normal para la sociedad capitalista. "Y allí donde no se efectúa realmente se la da por supuesta", lo que hace que tal desdoblamiento "se considere como la relación [vigente] incluso cuando las diferentes funciones se reúnen en la misma persona". Por el contrario, la articulación de ambas funciones *correspondería* (estamos aquí ante un condicional) a una instancia casual y contingente, pero que, según Marx, el desarrollo del capital inevitablemente disolverá, convirtiendo al artesano "que produce con sus medios de producción propios" "poco a poco en un pequeño capitalista dedicado también a explotar el trabajo ajeno, o se ve despojado de sus medios de producción [… para verse] convertido en trabajador asalariado. Tal es la tendencia, en la forma de sociedad en la que predomina el modo de producción capitalista". Si Marx estaba en lo correcto, si así eran las cosas entonces, el capital humano y el operaísmo italiano, de maneras radicalmente opuestas, buscan indicios suficientes de cómo se ha transformado la sociedad en que vivimos al reunir las funciones de trabajador y capitalista en una misma persona sin ninguna dificultad. Desde una persona que vende mermeladas a sus vecinos, a Sebastián Piñera, pasando por quien este texto escribe, para los "teóricos" del capital humano somos todos emprendedores, dueños de nuestros medios de producción, sean estos la destreza manual, el conocimiento de la obra de Kafka o la capacidad para esconder el dinero en paraísos fiscales. Pero afirmar esto, veremos en nuestro último punto, implica tirar por la borda el trabajo de Marx, y aceptar la economización de la vida por parte del neoliberalismo. Implica someterse al capital, creyendo que este ha logrado realmente producir valor y plusvalía con cada una de nuestras acciones, es decir, con nuestra vida.

Es profesor de literatura en cuatro universidades de Santiago. hubiera querido ceñirse a una especialidad, pero la ley de la oferta y la demanda lo ha obligado a ser versátil: hace clases de literatura norteamericana y de literatura hispanoamericana y hasta de poesía italiana, a pesar de que no habla italiano. Ha leído, con atención, a Ungaretti, a Montale, a Pavese, a Pasolini, y a poetas más recientes, como Patrizia Cavalli y Valerio Magrelli, pero en ningún caso es un especialista en poesía italiana. Por lo demás, en Chile no es tan grave dar clases de poesía italiana sin saber italiano, porque Santiago está lleno de profesores de inglés que no saben inglés [...]. Gracias a su indudable capacidad de improvisación, Julián suele salir airoso de sus aventuras pedagógicas. Siempre se las ingenia para salvar la situación camuflando alguna frase de Walter Benjamin o de Borges o de Nicanor Parra.

Alejandro Zambra, *La vida privada de los árboles* [2007].

IV

24 a pesar de las mutaciones del capital, el proceso de indiferenciación radical descrito por Marx no es total, ni cierra completamente la posibilidad de producir alternativas. Pero como en cualquier forma civilizatoria dominante, el espacio de maniobra no se encuentra dado. Hay que *trabajar* para su advenimiento, hay que inventarlo, configurarlo, ficcionalizarlo. De la misma forma, se hace imperioso que quienes operamos como trabajadores y trabajadoras del saber tengamos que pensar y actuar sobre los modos de producción, no en general, sino sobre aquellos que como académicos nos incumben: la universidad es el principal terreno para la emancipación. Exagero. Pero no tanto. Ha sido Willy Thayer quien quizá con mayor acierto ha determinado la centralidad del espacio universitario para el dominio de la sociedad contemporánea: "la universidad, más que nunca, es el principio de sujeción que produce y se produce como contexto […] la universidad se ha expandido a los extramuros, borrando ávida y totalitariamente la realidad no universitaria que se le opone o a la que la universidad se opone, ejerciéndose sin piedad, respecto de eso otro no universitario, tipificándolo". Para Thayer, "nuestra óptica y modales son universitarios no solo a causa del sistema educacional directo. No se requiere haber transitado por un currículo específico para estar formateado por la universalidad de la universidad". Desde la parvularia, si es que no incluso desde an-

tes, hasta la publicidad, todo ha sido decidido universitariamente y cada vez más en función de la economía general de la sociedad contemporánea. Ello implica, entonces, que si la universidad constituye un dispositivo nodal para los procesos de acumulación, no hay que verla entonces como un espacio irrelevante sino central para las luchas contemporáneas. Habría que recordar, por lo mismo, que Richard Price, Milton Friedman, Mark Zuckerberg, incluso Trump o Piñera, son universitarios. De igual manera, la ampliación de la matrícula universitaria, así como la proletarización del saber, hacen que la universidad constituya, como otrora la fábrica, un espacio de experimentación política de enorme relevancia, a pesar de su cercamiento. A lo largo del siglo XX, la llamada "esfera pública", en cuya existencia la escritura y los intelectuales le eran consustanciales, así como dicha esfera para la escritura y los intelectuales, mutó radicalmente. Primero bajo el impacto de la televisión, y luego de internet, su mutación fue también la mutación de los intelectuales, que fueron desapareciendo de la escena pública hasta quedar reducidos, si bien no de manera exclusiva, al espacio académico. Ahora, su aparición en medios, de darse, no es tanto como intelectuales, sino como especialistas o expertos, cuando no como "celebridades". Y cuando aparecen o intentan aparecer como intelectuales, se los disloca rápidamente, a partir de una lengua medial que privilegia el discurso plano, confesional y exitista requerido por el *rating*. A este escenario han logrado adaptarse sin mayores dificultades algunos intelectuales mediáticos, quienes, como escribe Shlomo Sand, los medios eligen a "menos en función del valor literario o teórico de sus obras que del éxito potencial que puedan tener para el gran público y de su compatibilidad con las ideologías dominantes". Y concluye: "Intelectuales dotados de un sentido agudo de la comunicación se han puesto a publicar, a toda velocidad, obras breves y livianas, a fin de recibir invitaciones para aparecer, con la mayor frecuencia posible, en la programación televisiva del domingo. Así es como han aparecido cada vez más 'profesionales' que piensan y reaccionan velozmente y que saben

muy bien cómo vender su imagen de intelectual". Del "Yo acuso" hemos pasado a un "yo publico": "mi última columna", "mi último artículo", "mi último libro", "mi último post", "mi último tweet". Frases cortas que tengan un impacto mediático que dé lugar a una entrevista en la T.V. o, en su defecto, en un diario "importante". Luego, la entrevista se subirá al respectivo muro de Facebook. Este escenario da cuenta de un clima hostil al pensamiento. "Cuidado con los intelectuales", sentenció Paul Johnson, "no sólo debería mantenérselos alejados de los resortes del poder, también deberían ser objeto de una especial sospecha cuando buscan dar concejo colectivo". El intelectual ya no puede verse ni siquiera como la figura específica que defendió Foucault; hasta la teoría, que fungió para el autor de *Vigilar y castigar* como un "sistema regional de lucha" ha sido axiomatizada por el capital, que ha diluido la especificidad de su autor en relaciones de mercado.

> La universidad [de Watermouth] comenzó a desarrollarse en etapas históricamente diferenciadas, como un árbol; era una versión reducida de la historia de los tiempos modernos. Llegó el ascenso de la burguesía (Humanidades y Ciencias Naturales abrieron sus puertas); estalló la revolución industrial (se abrieron el Edificio de Comercio y el Edificio de Ingeniería); llegó la era de las multitudes y de las fábricas (se irguió la torre de cristal de Ciencias Sociales) [...]. En 1970 se oficializó la era tecnocrática; entró en funciones el Centro de Computación, cuyo trabajo inicial consistió en entregarle a cada miembro de la comunidad una tarjeta con un número que le decía quién era, una información cada día más inapreciable. Y hoy nos

enfrentamos a un conglomerado masivo, uno de esos modernos conjuntos de edificios, imperiosos y multifuncionales, creados por el hombre moderno: si lo clausuran como universidad (perspectiva nada improbable, al parecer, cuando se exaltó el odio de los estudiantes hacia el mundo, y el del mundo hacia la universidad), puede ser inaugurado como fábrica, cárcel o centro comercial.

Malcolm Bradbury, *El dueño de la historia* [1975].

25 para ir cerrando me gustaría volver al ensayo de Benjamin, en particular a una de las inflexiones políticas que busca poner en circulación. La que tiene que ver con lo colectivo. "Me gustaría dirigir ahora su mirada", dice Benjamin, "a la obra de Serguéi Tretiákov y al tipo concreto de escritor 'operante' [*operierenden*] que fue definido y encar-

nado por él" [*definierten und verkörperten*]. Dicho tipo de escritor se diferencia del que llama "informante" [*informierenden*]: mientras el pri-

mero tiene como propósito "intervenir activamente" [*aktiv einzugreifen*], el otro se contenta con observar. Benjamin se ha detenido, creo, en Tretiákov porque su inmersión en un proceso radical de colectivización le llevó incluso a cuestionar su propio rol como autor e intelectual. Para Gerald Raunig, quien ha rescatado el trabajo de Tretiákov, señala que su fin era, a partir de la consideración de las diferentes competencias que posen las personas, "conectar un saber específico con otro saber específico, conformando un mosaico que no tiene por objetivo la completitud, sino más bien configurar una relación de intercambio transversal". Para Benjamin, Tretiákov "permite repensar nuestras ideas sobre las formas o los géneros de la literatura", pero sobre todo la figura del autor, pues es a partir del escritor ruso que parece haberse escrito "El autor como productor". Ello se evidencia cuando Benjamin ejemplifica las transformaciones que estaba acarreando el periódico en Rusia, donde "el poder escribir ya no se basa en una formación especializada, sino, ahora en una politécnica, y así se convierte en bien común". Si uno no se *adapta* a los medios, si no que se los apropia, se los *adopta*, se puede dislocar el monopolio que, en tanto técnica, contribuyen a mantener. Su socialización, su transversalidad, puede ser radical. De manera que

[22630.] Verfandt wurde an alle handlungen, die verlangt haben:

Das Kapital.

Kritik der politischen Oekonomie.

Von

Karl Marx

Erster Band.

Productionsprozess des Kapitals.

60 Bogen gr.9. Preis. 31/3 f ord.

A conb. Beftellungen bedaure ich nicht mehr ausfuhren zu fönnen

Otto Meißner in Hamburg.

es a favor de lo común, de lo colectivo, que Benjamin luego analiza como un revés político la producción de la vanguardia literaria alemana encarnada en la "Nueva objetividad" y el llamado "activismo". "Uno de los acontecimientos decisivos de los últimos diez años en Alemania", señala, "es que una parte considerable de sus cabezas productivas, presionada por las relaciones económicas, ha desarrollado una mentalidad revolucionaria sin estar en condiciones de repensar revolucionariamente su propio trabajo y su relación con los medios de producción, así como su técnica". Estas cabezas productivas han resaltado la relevancia de su lugar en la sociedad, denostando a quienes carecen de su sapiencia. Es más, sin ningún problema han hecho no solo de la miseria, sino de la lucha misma contra la miseria, un objeto de consumo, empleando para ello la lógica de la moda, que no es otra que la del mercado, con lo cual un concepto se transforme en una marca y su acuñador en su capitalista propietario. Hoy esta situación se ha vuelto corriente, dado que al operar mediante su producción y circulación mercantil, la academia neutraliza categorías como subalternidad o, más recientemente, precariedad (y tantas otras), al transformarlas en mercancías, a la vez que favorece a sus "padres" haciendo de ellos verdaderas celebridades académicas. De ahí que una parte significativa de la intelectualidad contemporánea viva inventando conceptos (en lugar de detenerse en problemas, algo más extensos que una sola palabra), a ver si alguno logra transformarse en marca registrada. Por eso hacia el cierre de su ensayo, Benjamin resalta la necesidad de una nueva actitud; es esta la que le plantea "al escritor una sola exigencia: la de reflexionar sobre su posición dentro del proceso de producción". De manera que Benjamin apuesta por lo común como forma de encarar revolucionariamente los medios de producción, todo lo contrario a lo que hoy hacemos como intelectuales, deseosos más que de su transformación, del reconocimiento que nuestros textos puedan recibir en el largo camino hacia la respetabilidad. Ya no somos militantes del saber, sino de nosotros mismos. Hasta hace no mucho, se decía que una obra o un libro hablaba por su

autor. Ahora, el autor debe hablar tanto como sea posible sobre su obra, sobre su libro. Es difícil imaginarse a Karl Marx presentando *Das Kapital*, junto a 2 o 3 intelectuales de renombre, con Engels oficiando de maestro de ceremonia, y es difícil porque *El capital* no fue presentado. Fue publicado y comentado. Eran las reseñas y su lectura, mejor aún si generaban debates, lo que daba cuenta del efecto de una publicación. El editor, dependiendo de los medios, podía publicar alguna nota en un periódico, anunciando la pronta publicación, que fue lo que hizo Otto Meissner con *Das Kapital*. Ahora es el llamado BookTrailer, que se mira en youtube o alguna página, junto a las imágenes de Instagram, lo que promociona, más que a un libro, a su autor. Invertir esta situación es lo que deberíamos intentar, apostando por una actitud que nos permita desprendernos del empresario en el que nos hemos transformado. Cuando Benjamin escribió "El autor como productor" venía llegando desde Ibiza, donde atravesó por una precarización material que lo dejó al borde de la muerte. Habitó una casa en construcción, por lo que el cuarto que ocupaba ni ventanas tenía. Y como tampoco contaba con el dinero para un café que le permitiera usar una silla y una mesa, se retiraba a un bosque a leer y escribir. Por aquellos días, Benjamin escribió las notas de algunos de sus textos más importantes.

> Pero que W haya sido fundada por corsarios o deportistas, en el fondo, no cambia gran cosa. Lo que es cierto, lo que es seguro, lo que impacta desde el primer momento es que W sea hoy un país donde el deporte es rey, una nación de atletas donde el deporte y la vida se confunden en un mismo y magnífico esfuerzo. La orgullosa divisa FORTIUS ALTIUS CITIUS que adorna los pórticos monumentales a la entrada de las villas, los estadios magníficos con

pistas cuidadosamente mantenidas, los gigantescos diarios murales que publican cada hora los resultados de las competencias, los triunfos cotidianos reservados a los vencedores, la tenida de los hombres: un buzo gris con una inmensa W blanca sobre su espalda, tales son algunos de los primeros espectáculos que se ofrecen a los recién llegados. Ellos comprenderán a través de la admiración y el entusiasmo [...] que la vida, aquí, está hecha para mayor gloria del Cuerpo. Y verán más tarde cómo esta vocación atlética determina la vida de la Ciudad, cómo el Deporte gobierna W, cómo ha moldeado hasta lo más hondo las relaciones sociales y las aspiraciones individuales [...]. Es obvio que la organización básica de la vida deportiva en W [...] tiene como finalidad única exacerbar la competencia, o, si se prefiere, exaltar la victoria. Desde este punto de vista puede decirse que no existe sociedad humana capaz de rivalizar con W, Aquí "the struggle for life" es la ley; incluso la lucha en sí no es nada, no es el amor al deporte por el deporte, a la hazaña por la hazaña, lo que anima a los hombres de W, sino la sed de victoria, de la victoria a cualquier precio [...]. Sin duda, la preocupación por la gloria personal, el deseo de hacerse un nombre, su orgullo nacional, constituyen motivos poderosos. Pero, en el instante crucial, en el momento en que el hombre debe dar lo mejor de sí mismo, cuando debe ir más allá de sus fuerzas y sacar de su última reserva

la energía que le permitirá obtener la victoria, no es inútil que lo que está en juego sea el resultado de un mecanismo casi elemental de supervivencia.

George Perec, *W o el recuerdo de la infancia* [1995].

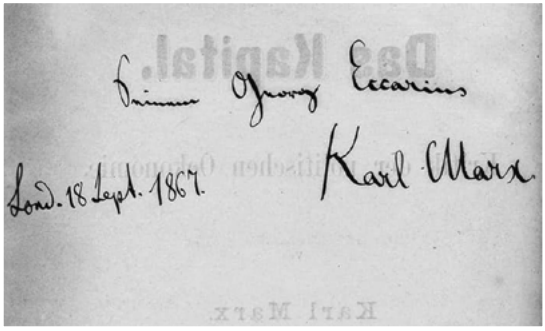
26 pero para quienes habitamos el sur global, no toda referencia a lo común puede convertirse en una estrategia efectiva. Solo aquella que opera teniendo en cuenta el ámbito de la producción y la división internacional del trabajo podría, eventualmente, constituirse en una posibilidad. Lo señalo porque conceptos como *General Intellect* se han transformado en moneda de cambio para cierta izquierda, una izquierda que se concentra demasiado en la noción de trabajo inmaterial, un oxímoron, como lo llama el mismo Sergio Bologna, pues el trabajo no puede sustraerse de soporte alguno, por más "intelectual" que sea. En otras palabras, ningún trabajo es inmaterial, ni siquiera, como veremos luego, aquel que produce la tecnología "avanzada" que satisface necesidades que hasta hace poco no teníamos... Y si bien críticos como Virno reparan en lo material, lo hacen de manera insuficiente y problemática. Aunque el límite de esta lectura de lo social y colectivo estriba en la sobrevalorización no solo del sujeto que se sustantiviza como intelectual, fortaleciendo innecesariamente el "lugar" tradicional (moderno) del saber, sino que también, aunque no se lo pretenda, se refuerza la ficción de la supuesta potencia que las tecnologías de la información vehiculizarían en pro de la emancipación social. Cuando Antonio Negri y Maurizio Lazzarato señalaban que "la autonomía del trabajo postfordista no es intensificación de la explotación, sino que ante todo es una intensificación de los niveles de cooperación, del saber y de la comunidad que vacía y deslegitimiza las funciones de comando del emprendedor y del estado", lo hacían con una excesiva confian-

za depositada en el llamado trabajo inmaterial, inscrito en "el interior de las redes informáticas y telemáticas" del capital contemporáneo. Pero hoy vemos que esa capacidad autónoma de "organizar el propio trabajo y las propias relaciones con la empresa" no han contribuido a la liberación sino a la profundización de la explotación, ahora también por mano propia. Esa autonomía ha devenido empresarización de sí. Y eso deberíamos haberlo percibido, pues en sus reflexiones sobre la máquina, no aquellas borroneadas en los *Grundrisse*, sino las escritas y publicadas directamente en *El capital*, Marx señala que su objetivo (el de la máquina) es única y exclusivamente la producción de la plusvalía, destruyendo en ello "la *cooperación* basada en el trabajo manual y la *manufactura*". De otra manera: "Su finalidad, como la de todo otro desarrollo de la fuerza productiva del trabajo, es simplemente rasar las mercancías y acortar la parte de la jornada en que el obrero necesita trabajar para sí y, de ese modo, alargar la parte de la jornada que entrega gratis al capitalista". Visto esto, ¿qué llevó a pensar que la revolución de la microelectrónica tendría como fin, por un lado, recuperar la cooperación negada y, por otro, reducir la explotación, favoreciendo así nuestra autonomía? Es más, por lo que hemos visto, la microelectrónica, mediante el desarrollo de internet, bien podría considerarse como una profundización de la explotación y una reducción de las posibilidades de comunicación. Ahora bien, Berardi cita a Marx para señalar que las máquinas han permitido un tiempo libre que puede jugar a favor de la emancipación: "el capital —de manera totalmente impremeditada— reduce a un mínimo el trabajo humano, el gasto de energías. Esto redundará en beneficio del trabajo emancipado y es la condición de su emancipación". El fragmento de donde está tomada esta cita termina: "(Hierauf zurückzukommen)" (Volver sobre esto)". Supongamos, aunque ello es dudoso, que no se refiere a todo el párrafo, sino solo a su última línea: "La maquinaria sólo se introduce allí donde la capacidad laboral existe en masa". Ok. Pero la premisa para lo impremeditado del capital es la siguiente: "Tan pronto como el trabajo en su forma inmediata ha

cesado de ser la gran fuente de la riqueza, el tiempo de trabajo deja, y tiene que dejar, de ser su medida y por tanto el valor de cambio [deja de ser la medida] del valor de uso. El plustrabajo de la masa ha dejado de ser condición para el desarrollo de la riqueza social, así como el *no-trabajo de unos pocos* ha cesado de serlo para el desarrollo de los poderes generales del intelecto humano. Con ello se desploma la producción fundada en el valor de cambio, y al proceso de producción material inmediato se le quita la forma de la necesidad apremiante y el antagonismo. Desarrollo libre de las individualidades, y por ende no reducción del tiempo de trabajo necesario con miras a poner plustrabajo, sino en general reducción del trabajo necesario de la sociedad a un mínimo, al cual corresponde entonces la formación artística, científica, etc., de los individuos gracias al tiempo que se ha vuelto libre y a los medios creados para todos". La pregunta que uno se hace inmediatamente es la siguiente: ¿ha cesado el trabajo en su forma inmediata y, agregaríamos aquí, abstracta, de ser la medida del valor? ¿Ha cesado el valor de cambio de ser la medida del valor de uso? Creo que no. Esto no ha ocurrido. El que hoy hayan menos fábricas fordistas y obreros y más empresas y emprendedores no da cuenta del fin del capitalismo, porque el trabajo, junto al dinero, la mercancía y el capital siguen constituyendo el sustento categorial del capitalismo. Lo que no quiere decir que ese trabajo no esté en crisis y se intente recuperar la plusvalía en su forma absoluta, retornando, como ha señalado David Harvey, a condiciones laborales del siglo XIX. Por otra parte, como señalara irónicamente Robert Kurz, las personas ocupadas en el comercio de los símbolos y la información "de ninguna manera constituyen una multitud"; a nivel global son una verdadera minoría. "Lo cual se debe a que la microelectrónica, que volvió superfluo el trabajo industrial, no produce ningún nuevo trabajo capitalista masivo. Tras los modelos de procesamiento de información, de comunicación y de analítica simbólica, ya no están encadenados millones de trabajos secundarios de acabado, como en las industrias fordistas, sino procesos tecnológicos automáti-

cos, máquinas de comunicación y medios que solo necesitan de los seres humanos en tanto consumidores". Si solo el trabajo genera valor, los consumidores, así como los emprendedores, que se ubican en el ámbito de la circulación, no lo producen bajo ninguna circunstancia. Por lo que cuando el valor se reduce, debido a la lógica inherente de la competencia, que introduce más y más maquinaria y tecnología (que no generan valor), *la producción de masa de valor*, fin del capital, entra en crisis: "la masa de valor y plusvalor que produzca un capitalista individual dependerá exclusivamente, como es obvio, de la masa de trabajo que ponga en movimiento", escribió Marx en *El capital*, así que si el trabajo escasea, también lo hará el valor. El recurso al capital ficticio será una forma de postergar la crisis, no de acabarla. Habría que recordar, por tanto, que el "trabajo inmaterial", de realizarse, se da principalmente en emprendedores autoexplotados (ámbito de la circulación y el consumo) que ven en su supuesta independencia del taller un modo de liberación del trabajo abstracto, sin percibir que su trabajo concreto es una mera ficción de libertad, esto es, una mera salida kafkiana. Víctimas del "outsourcing", el trabajador "autónomo" (el famoso cognitariado) es también un "empresario" que gestiona su propia y muy material precariedad, obliterando así su insoslayable lado fabril. La fábrica lo tiene encerrado en su casa, ahorrándose así parte de su reproducción. Recordemos que "en cuanto poseedor de los medios de producción, es capitalista y, en cuanto trabajador, su propio asalariado […] como si él, en cuanto capitalista, se empleara a sí mismo como trabajador asalariado". Se trata de una figura anómala que, producto de la crisis del trabajo (abstracto), no ha desaparecido, como imaginó Marx, sino que ha "regresado" (si es que alguna vez desapareció) al centro allí donde el neoliberalismo la ha potenciado, resaltando su lado emprendedor, por constituir una forma que le permite al capitalismo enfrentar la crisis del trabajo y del valor. En otras palabras, la figura del "productor directo" ha "regresado" en tanto *forma secundaria y de transición*. Sin embargo, tal retorno, creo, también puede

ser leído a contrapelo del capital, porque hace posible que retorne la figura de un trabajador que no estaba subsumido completamente bajo la lógica del capital. Insistir, por tanto, en el trabajo improductivo (artístico, intelectual) en lugar del emprendimiento o el trabajo abstracto, puede contribuir a la realización de una potencia que eventualmente pueda acumular fuerzas para agrietar el proceso de valorización, desde un cierto "afuera" o margen (su secundariedad) y al hacerlo, *valorizar* formas de vida y trabajo distintas, formas para las cuales lo común debe ser su sostén. Hannah Arendt tenía razón al ironizar a un Marx que vio en la labor (término que ella diferencia de trabajo) improductiva un parásito, pero no al afirmar, siguiendo a Marx sin percibirlo, que la distinción entre labor improductiva y trabajo productivo desaparecería. Tampoco tiene razón cuando señala que "todo laborar es 'productivo'" (lo que no quiere decir que no puede, bajo ciertas condiciones, llegar a serlo), porque si labor refiere fundamentalmente el ámbito reproductivo, este no produce valor para Marx —aunque, como hemos visto, resulta imposible que lo haya sin él. Por tanto, no desapareció la distinción entre lo improductivo y lo productivo, se desplazó hasta alcanzar el siglo XXI, y su supervivencia, empero, no asegura nada sino se reelabora explícitamente como una forma de potenciar una política de interrupción del proceso de valorización. Y ello no para exaltar el trabajo (ni la labor) en sí, sino para que este algún día produzca algo distinto al valor: una sociedad en la que las luchas por el éxito y el logro individual den lugar a la vida en común.


Lond. 18 Sept. 1867.
Karl Marx

Entre sus muchas virtudes, Chuang Tzu tenía la de ser diestro en el dibujo. El rey le pidió que dibujara un cangrejo. Chuang Tzu respondió que necesitaba cinco años y una casa con doce servidores. Pasaron cinco años y el dibujo aún no estaba empezado. "Necesito otros cinco años", dijo Chuang Tzu. El rey se los concedió. Transcurridos los diez años, Chuang Tzu tomó el pincel y, en un instante, con un solo gesto, dibujó un cangrejo, el cangrejo más perfecto que jamás se hubiera visto.

Italo Calvino, "Ensayo sobre la rapidez", *Seis propuestas para el próximo milenio* [1985].

27 dos son las dificultades que se perciben en la noción de intelecto general, noción que opera como ingenua forma de lo común, aunque podríamos agregar una tercera, que ya revisaremos. Según Paolo Virno, "compartir aptitudes lingüísticas y cognitivas es el elemento constitutivo del proceso laboral postfordista" que la noción de intelecto general encarna, y luego agrega que ésta "se presenta hoy antes que nada como comunicación, abstracción, autorreflexión de sujetos vivos […]. Dicho en otros términos, el intelecto público se identifica con la cooperación, con el actuar concertadamente del trabajo vivo, con la competencia comunicativa de los individuos". El problema con esta descripción es, aparte de equiparar trabajo vivo con trabajo inmaterial, no solo que se distancia bastante de lo que Marx refería con intelecto general, sino que además la desmaterializa borrando la distinción entre trabajo productivo e improductivo (tal como hace un neoliberal como Gary Becker y su teoría del capital humano), sin contar que para Marx

todo trabajo es, como el capital, siempre y necesariamente social, más allá de la competencia lingüística. Es más, como señaló recientemente Carlos Casanova, en un libro bellísimo sobre la importancia de la estética en Marx, "cada vez que un individuo piensa, produce o crea, siente, desea, imagina o contempla, experimenta a través del ejercicio (de la *praxis*) de sus facultades una fuerza o capacidad (de pensar, de producir o crear, de sentir, de desear o de imaginar, etc.) que lo asigna a una potencia, a una posibilidad común, que no es *su* posibilidad puramente individual, sino el espacio de apertura de una comunidad, de una comunicación de las fuerzas". Y agrega: "sus capacidades o fuerzas están esencialmente comunicadas, expuestas en comunidad, precisamente porque donde el individuo *puede* (pensar, imaginar, sentir, actuar, etc.), allí siempre hay muchos, una 'masa' innumerable […]. Marx sostiene que representarse el pensamiento, la sensibilidad o la acción como la actividad separada y solitaria de uno solo en uno solo es tan absurdo como creer que puede haber un único ser que habla el lenguaje". No pretendo desconocer el énfasis que el capitalismo contemporáneo pone en la comunicación, pero esto no constituye una novedad, sino una cierta reinscripción de lo social, así como también de la subjetividad, en la lógica de la subsunción del capital. No se trata de una novedad que pudiera sumarse a una serie, sino de una singular reapropiación, que lejos de anular las distinciones productivo / improductivo, y material / inmaterial, las resalta, haciendo evidente su ineludible copertenencia: un término no existe sin el otro. El postfordismo no constituye una nueva forma del capitalismo, sino una heterogénea distribución de sus elementos. El marginal trabajo improductivo (como el de un Baudelaire) se pone al centro (y con ello la comunicación y la subjetividad), mientras que el trabajo abstracto (como el narrado por Céline en *Viaje al fin de la noche*) entra en crisis por su marginación microelectrónica, a la vez que "retornan" formas de esclavitud (el corazón de las tinieblas nunca nos ha abandonado) que emergen, por ejemplo, a partir de las necesidades de la producción de ropa (Zara) y tecnología (Mac).

De manera que el absurdo que se puede generar respecto a lo social no radica o no radica solo en que hoy, y no en los años en que Marx intentaba comprender la fuerza destructiva del capitalismo, se piense el trabajo como cooperación. Al contrario, lo absurdo para Marx estriba en que "determinadas *relaciones de producción sociales entre personas* se presentan como relaciones entre cosas y personas, o sociales aparecen como *cualidades sociales* que ciertas cosas tienen *por naturaleza*". Por otra parte, la autonomía no se da en el trabajo de un sujeto independiente, sino precisamente en un trabajo colectivo que se sustrae (y que debiera sustraerse) a la lógica de la mercancía, un trabajo como el desarrollado por los gremios artesanales, dado que estos constituían "una forma *limitada*, inadecuada aún, de la relación del capital y del trabajo asalariado", por lo que limitada era también su producción de valor. La relevancia de lo común se encuentra en varios momentos de la reflexión de Marx y resuena claramente hacia el final de su vida, particularmente en la carta que en 1881 le enviara a Vera Zasúlich, donde señalaba, de manera muy cuidadosa, que "el estudio especial que de ella he hecho [se refiere a la comuna rural, a la que también llama propiedad común], y cuyos materiales he buscado en las fuentes originales, me ha convencido de que esta comuna es el punto de apoyo de la regeneración social en Rusia", pero no solo para Rusia: "la mejor prueba de que este desarrollo de la 'comunidad rural' responde al rumbo histórico de nuestra época es la crisis fatal que experimenta la producción capitalista en los países europeos y americanos, en las que se ha desarrollado más, crisis que terminará con la eliminación del mismo, con el retorno de la sociedad moderna a una forma superior del tipo más arcaico: la producción y la apropiación colectivas". Si bien es errado el diagnóstico de Marx, no lo es, creo, su apuesta por "la producción y la apropiación colectivas". Es cierto que el capital ya produce colectivamente, dada su necesidad de la socialización de la producción, pero no ocurre lo mismo con la apropiación de la producción social, que opera fundamentalmente de manera privada. El copyright, por ejemplo, es una forma ficticia, pero

no por ello menos real, de cercar el saber colectivo, de apropiárselo individual y comercialmente. En síntesis, el intelecto general no es una cuestión del presente, sino la base de toda sociedad, cuando no de la especie humana misma. En un simple vaso se encuentra la historia que va desde el sílex hasta la microelectrónica.

> Pero lo que no se quiere saber muchas veces termina sucediendo. No recordé en ese primer momento que también a dos cuadras, aunque hacia el oeste, había una fábrica. Para quien no quisiera verla, al contrario de la escuela, la fábrica pasaba inadvertida.
>
> Sergio Chejfec, *Boca de lobo* [2000].

28 revisemos ahora el famoso fragmento donde Marx emplea la noción de *General Intellect*. En primer lugar, veamos su inscripción en el trabajo de Marx. Como ha resaltado Virno, *General Intellect* se encuentra escrito en inglés, pero dudo que ello sea, como él afirma, "para dar[le] fuerza a la expresión, como si quisiera ponerla en cursivas" (ya que no lo está), pues en el mismo fragmento también aparecen en inglés *electric telegraphs*, *selfacting mules*, *fixe* y *knowledge*, y dudo que *fixe* o *telegraphs* sean palabras que necesiten alguna fuerza expresiva; es más, en el fragmento inmediatamente anterior Marx injerta otras expresiones que también están en inglés, como p*owerful effectiveness*, *In fact*, *Wealth*, lo cual hace evidente que no por ello resultan fundamentales, lo que se refuerza cuando leemos "question de vie et de mort". Lo que Marx resalta, por el contrario, son ciertos términos, y estos han sido escri-

tos en alemán. Por otra parte, en *El capital* (y en sus cartas, además de en casi todos sus escritos), encontramos expresiones en latín, griego y francés, además de inglés… de manera que escribir *General Intellected* en lugar de "allgemeines Wissen" (conocimiento general) o "allgemeinen Verstand" (inteligencia general), tiene que ver, quizá, con explicitar el cruce de las mercancías entre fronteras lingüísticas y de otros tipos. Sus mismos escritos, indicó Jacques Lezra, "adquieren valor a medida que se van moviendo entre mercados, lenguajes y marcos expresivos" diversos. Y si a ese movimiento en el espacio se lo suplementa con otro en el tiempo, la **firma** —un autógrafo del autor— adquirirá un valor insospechado para el mismo Marx. Así que posiblemente la noción de *General Intellected*, que no ha sido empleada en ningún otro lugar por Marx, tiene la función, solo en el fragmento y a manera de paradoja, de reforzar el palpable hecho, la obviedad, si se quiere, de que todo conocimiento es siempre colectivo, de ahí que también refiera el "*knowledge* social general". En otras palabras, como señalaría también Lezra, el inglés operaría solo para darle al conocimiento social "valor de uso corriente". Como segundo punto, pongámoslo en contexto: veamos qué se lee tan solo unas líneas antes: "La naturaleza no construye máquinas, ni locomotoras, ferrocarriles, *electric telegraphs*, *selfacting mules*, etc. Son éstos, productos de la industria humana: material natural, transformado en órganos de la voluntad humana sobre la naturaleza o de su actuación en la naturaleza. *Son órganos del cerebro humano creados por la mano humana*; fuerza objetivada del conocimiento" [Sie sind *von der menschlichen Hand geschaffne Organe des menschlichen Hirns*]. Creo que si aquí Marx quiere resaltar algo no es tanto el intelecto general (ni el intelecto en general) como la imbricación entre

uopuo], www.bonhams.com: "A rare presentation first edition of Karl Marx's seminal work, *Das Kapital*, signed by the author and given to Johann Eccarius, the close friend with whom he fell out and who may have betrayed him, sold at Bonhams Fine Books and Manuscripts sale in London on June 15 for £218,500. It had been estimated at £80,000-120,000. This is a new world record for a copy of *Das Kapital at auction*".

pensamiento y técnica, entre cerebro y mano, "hombre" y "naturaleza", y ello con el fin de desontoligizarlos. Fíjense que las máquinas son para él órganos, afirmación que recuerda indefectiblemente al trabajo de Leroi-Gourhan, quien en *El gesto* y la palabra señalara que la herramienta es "una verdadera secreción del cuerpo y del cerebro de los antrópidos", aunque su tesis más radical es aquella que afirma que sin herramientas no existiría eso que hoy llamamos "hombre". Es lógico, concluye Leroi-Gourhan, "aplicar a un tal órgano artificial [la herramienta o la máquina] las normas de los órganos naturales". Ello implica que el desarrollo o la evolución de la técnica sigue la de los humanos, y viceversa. Un verdadero acoplamiento estructural que nos impide privilegiar el cerebro, un pensamiento cyborg como muy bien recuerda el ensayo de Engels "El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre", donde señala que "gracias a la cooperación de la mano, de los órganos del lenguaje y del cerebro, no sólo en cada individuo, sino también en la sociedad, los hombres fueron aprendiendo a ejecutar operaciones cada vez más complicadas, a plantearse y a alcanzar objetivos cada vez más elevados". No es posible pensar el trabajo intelectual sin la materialidad del cuerpo y los órganos que este secreta. Además, como afirmó Leroi-Gourhan, la condición humana no comenzó por la cabeza, sino por los pies, porque ellos permitieron la liberación de la mano y esta, sintetizó Bernard Stigler, es la que dio "acceso al arte, al artificio y a la *techné*". Sin mano que se une a otras manos sencillamente no hay producción (*poiesis*) ni pensamiento. Sin unas manos que puedan manipular lo que les rodea y, al hacerlo, simbolizar/expresar a su vez eso que les rodea, no seríamos humanos.

"Me duermo estando de pie"

Frente a mis ojos la hoja se vuelve amarillenta,
Con una pluma de acero esculpo un negro irregular

Repleto de palabras del trabajo
Taller, línea de ensamblaje, máquina, tarjeta de fichar, horas extras, salarios...
Me entrenaron para ser dócil
No sé cómo gritar o rebelarme, cómo quejarme o denunciar,
sólo sé sufrir silenciosamente hasta el agotamiento.
Cuando pisé por primera vez este lugar
Sólo esperaba el cheque gris el diez de cada mes.
Para concederme algún consuelo tardío
Me encadeno a mi esquina y a mis palabras.
Renuncio a faltar, rechazo las licencias médicas, renuncio a mis problemas personales
Me niego a llegar tarde, me niego a salir temprano.
En la línea de ensamblaje me mantengo firme como el hierro, y mis manos vuelan.
¿Cuántos días, cuántas noches me quedé dormido estando de pie?

Xu Lizhi [2011].

29 la idea de trabajo inmaterial es, por tanto, un oxímoron que no contribuye a la comprensión del lugar que el saber ocupa en los modos de producción (un saber hoy completamente proletarizado), y lo peor es que parece confundírselo con la idea de trabajo abstracto; es cierto que con lo que aquel se nombra podría coincidir, pero no son lo mismo. Es más, si se revisa el primer tomo de las *Teorías sobre la*

plusvalía, se verá que no es una noción que Marx acepte de buenas a primeras, y es crítico de quienes la usan como sinónimo de trabajo improductivo. Pero lo más relevante para nuestra discusión es que la noción de trabajo inmaterial otorga una prioridad injustificada tanto a lo intelectual, así como a lo comunicativo e "inmaterial", obliterando lo que ocurre en los países que producen la tecnología con la que trabajamos quienes nos sustantivamos como "intelectuales". Creo que el postobrerismo acertó al referir la centralidad del trabajo postfordista en la sociedad contemporánea, así como el lugar que en él tiene la subjetividad, pero una nueva teoría del valor debe formular algo más que "una nueva teoría de la subjetividad que opere principalmente a través del conocimiento, la comunicación y el lenguaje", como se propone en *Imperio*, pues, insisto, el trabajador autónomo no ha dado lugar a un sujeto colectivo, sino a uno atomizado, como mostró muy bien Jaron Rowan en *Emprendizajes en cultura*, libro en el que demuestra que los autónomos de la cultura (trabajadores "inmateriales") constituyen un modo de subjetivación que opera contra lo común: "este fenómeno incentivaba el proceso de privatización de las actividades culturales según una lógica de cercamiento de dinámicas, prácticas y saberes colectivos". Por eso es que reparo en algunos de los poemas de Xu Lizhi, "pieza prescindible" del llamado ground-staff de la globalización. Un trabajador de la Foxconn, empresa encargada de producir en China el Smartphone que usa el *General Intellect* del "norte"… del "sur", del "este" y del "oeste". "Me duermo estando de pie" es de una enorme radicalidad. La poesía apropiándose de las manos de quien debe usarlas no para sujetar un lápiz, sino un destornillador, herramienta que se transforma en una pluma de acero con la cual Lizhi permite re-conocer la base *i-material* del cognitariado "primermundista". Su escritura hace emerger una fabrilidad-literaria que pone en cuestión la separación que lo fija al mundo del ruido, el del trabajo en-ca-de-na-do, mundo del cual la cómoda posición del académico biempensante dice preocuparse, para así desentenderse de su propia fabril-intelectualidad. Lizhi se

suicidó el 2014, a la edad de 24 años, lanzándose de su dormitorio/departamento, ubicado en el piso 17 de un edificio de Shenzhen, posiblemente sin afectar, siquiera mínimamente, una máquina que ya en 2012 se jactaba de producir 12 móviles por segundo. Su muerte es una de las miles que acometen anualmente los trabajadores del capitalismo i-material que habitan el "sur" global. Otro de sus poemas se titula "Taller, mi Juventud se estancó aquí", mientras que algunos de los versos de otros escritos describen cómo operan las empresas que ensamblan nuestros Smartphones: "En cuanto ingresas al taller / la única opción es la sumisión"; "Observar que eres molido día y noche / Presionado, pulido, moldeado / Por unos cuantos míseros billetes, a los que llaman salario". "Presionado, pulido, moldeado", el montaje se vuelve sobre el montajista que presiona, pule y moldea la mercancía que se apoderó de su cuerpo y de nuestros cuerpos. El anticipo de su porvenir lo describió como la simple caída de un ínfimo objeto. Para que nadie más brinque es que a estos productores de nanotecnología incluso se les está negando la posibilidad del suicidio, clausurando las ventadas de sus nanodepartamentos, si así se puede llamar a los 10 metros cuadrados en los que (sobre)viven. De manera que los defensores del intelecto general, que no han considerado este hecho, por lo menos no detenidamente, sobrevaloran el lugar de lo intelectual y cognitivo, a la vez que obliteran lo que lo hace posible; obliteran la explotación radical de aquellos que aún viven del trabajo "material". Para decirlo de otra manera: la excesiva relevancia del trabajo intelectual clausura la relevancia del trabajo manual con el que, bajo una economía globalizada, aquel está inextricablemente articulado, ocultándose lo que Evando Nascimento, a partir de Helio Oiticica, llamará i-materialidad, real y virtual, material e inmaterial, a la vez. La oclusión de la i-materialidad de toda producción lleva a que la noción de intelecto general opere, como diría Octavi Cameron, como un encuadre que nos lleva a olvidar que, como tal, lo que vemos es una superficie que gestiona su campo de visibilidad, dejando en la sombra a los miles de Xu Lizhi, reinstalándo-

se así una jerárquica división internacional del trabajo, o como, diría Rancière, "una línea de partición [que] separa~~ba~~ de un lado el mundo privado del ruido, la oscuridad y la desigualdad, y del otro, el mundo público del *logos*, la igualdad y el sentido compartido", "dando casi por hecho", concluye Cameron, "que el desplazamiento del trabajo material a áreas geográficas menos visibles supone *de facto* su progresiva superación". El excesivo realce del llamado trabajo "inmaterial", por tanto, invisibiliza, aunque no lo pretenda, las formas en que se articula con lo material, enviando a las sombras a los proletarios del llamado "tercer mundo", donde quiera que este se encuentre. De ahí que incluso la idea misma de "lugar del intelectual" sea una forma de la que haya que tomar distancia, para comenzar a pensar más bien en el carácter productivo y material, es decir, *i-material*, del saber en su vínculo con las manos. Por ello es radical el texto de Benjamin, al conminarnos a superar la forma burguesa de la producción espiritual, centrada en la figura del autor. Sabemos que la actual crisis del trabajo también afecta a las universidades, cuya gestión es homónima a la de cualquier empresa. Esta crisis expulsa a los trabajadores de las fábricas, transformando a cada extrabajador en un emprendedor que debe competir de manera autónoma no por la cooperación, sino por su sobrevivencia individual. Esta segmentada y fragmentaria "desproletarización" del trabajo fabril corre paralela a la empresarización precaria del trabajo académico, solo que, como recordó Benjamin, "la proletarización del intelectual casi nunca tiene por resultado un nuevo proletariado. ¿Por qué? Porque la clase burguesa le ha dado al intelectual mediante la cultura un medio de producción que, a consecuencia del privilegio cultural, lo hace estrictamente solidario con ella, y aún más todavía a ella con él", razón quizá por la cual el autónomo que exaltaban Negri y Lazzarato se transformó en un emprendedor que rechaza su componente laboral; reconocerlo implicaría verse como trabajador antes que como capitalista o emprendedor. Como capitalista, debe asumir la competencia como modo de relacionamiento con sus semejantes, como en

W, donde en la isla no tan imaginaria de Perec, el capital "ha moldeado hasta lo más hondo las relaciones sociales y las aspiraciones individuales". Como trabajador, y como trabajador que cuenta con sus propios medios de producción, puede unirse a otros como él y dar lugar a formas efectivas de cooperación que se sustraigan de la lógica del trabajo abstracto y la valorización. Marx se refirió a este tipo de asociaciones en el capítulo sexto inédito, fragmento al que, creo, se le ha prestado poca atención, por lo que vale la pena citarlo en extenso: "Base tecnológica de esta relación es el taller artesanal [donde lo i-material se reconoce sin mayor dificultad], en el cual el factor decisivo de la producción es el manejo más o menos idóneo del *instrumento de trabajo*; el trabajo personal autónomo, y por tanto su desarrollo profesional, que exige un período de aprendizaje mayor o menor, determina en este caso el resultado del trabajo. Ciertamente, el maestro se halla en posesión aquí de las condiciones de producción, de las herramientas y del material de trabajo (aunque las herramientas pueden también pertenecer al oficial): el producto le pertenece. En cuanto a esto, es un capitalista. Pero no es como capitalista que es *maestro*. Él mismo es, en primerísimo término, *artesano* y se supone (*is supposed*) que es maestro en su oficio. Dentro del proceso mismo de producción actúa como artesano, al igual que sus oficiales, e inicia a sus aprendices en los secretos del oficio. Mantiene con sus aprendices exactamente la misma relación que media entre un profesor y sus alumnos. En consecuencia, su relación con aprendices y oficiales no es la del capitalista en cuanto tal, sino la del maestro en el oficio, quien en su condición de tal ocupa en la corporación, y por ende frente a aquéllos, una posición superior, que *is supposed* se funda sobre su propia maestría en el oficio. Su capital, pues, tanto en lo que toca a su forma material como al volumen de su valor, es *un capital vinculado, que en modo alguno ha adquirido ya la forma libre del capital*" (énfasis agregado). Cuando Marx hizo referencia a la comunidad rural rusa, pensaba que su desarrollo era posible porque la expansión del capital no era homogénea ni unidi-

reccional, a pesar de haber señalado o dado la impresión de señalar lo contrario previamente. José Aricó ha recordado que lo que está en juego en la carta a Vera Zasúlich es la cuestión del ritmo, una forma de llamarle a la asincronía o a la anacronía, o, en otras palabras, a la heterogeneidad temporal. Esta heterogeneidad aún no ha sido aplanada por el capital, como lo muestran perfectamente Zara, Mac, Ford o cualquier empresa que opere mediante la externalización, así como también los talleres que, a semejanza del descrito por Marx, han comenzado a reemerger en pleno siglo XXI. Si el trabajo hoy está en crisis, es posible entonces retomar ese común pasado trunco que aún no se ha perdido del todo, no para resaltar nostalgia alguna, sino porque, como señaló Baudelaire, debemos encontrar lo nuevo, lo que siempre ha estado ahí.

"Un tornillo cayó al suelo"

Un tornillo cayó al suelo
En esta noche oscura de horas extras
Sumiéndose verticalmente, tintineando ligeramente
Nadie le prestará atención
Al igual que la última vez
En una noche como esta
En la que alguien se lanzó al vacío.

Xu Lizhi [2011].

30 la dificultad que entrevió Benjamin para que los autores asumieran la condición obrera quizá estribe en que como intelectuales o académicos hemos terminado adoptando con demasiada facilidad el modelo

de sociedad forjado por la forma dinero y el fetiche de la mercancía, modelo que le ofrece al autor la ficción de rescatarlo del "trabajo humano indiferenciado" (abstracto), consignando su nombre (concreto) sobre todo lo que escriba/produzca. De manera que el lugar del intelectual parece articularse cada vez más no con lo común, sino con las patentes o el copyright —dispositivo que el capital emplea para individualizar y así valorizar el saber—. Si nos preocupa la universidad como espacio de discusión y producción del saber, de un saber que favorezca a la sociedad y no a un grupo de empresas, el intelectual crítico debe preguntarse seriamente cómo está en las relaciones de producción, con el fin de interrumpir la apropiación de lo común por parte del capital, y ponerlo al servicio de la sociedad. En otras palabras, debemos publicar en espacios que se sustraigan a la valorización privada y comercial, espacios que habrá que inventar colectivamente. La rigurosidad del trabajo que hacemos no puede continuar secuestrada por los falaces indicadores que promete la indexación. El saber, lo sabe muy bien aquella o aquel a quien "la dicha y el juego le son esenciales" (Adorno) y lo consideran una forma de vida, no es indexable. Lo que nos resta, por tanto, es una verdadera batalla. A la par que levantemos nuevas plataformas para la circulación del saber, tendremos que demostrar el daño que la estandarización le ha hecho a la universidad y a la humanidad en general. Esta batalla solo puede tener éxito si se trabaja en común y para el común, borrando, si es necesario, nuestro propio lugar —ese lugar que el capital inventó para nosotros—, escribiendo para perder el rostro… y el nombre.

> ¡Honorables señores de la Academia!
> Para mí representa un gran honor seguir su invitación para presentar un informe a la Academia sobre mi anterior vida simiesca.
> […]

¡Su condición simiesca, señores, en el caso de que tengan algo similar a sus espaldas, no les puede ser más extraña que a mí la mía! Pero a todo el que anda por la tierra, le cosquillea el talón: tanto al pequeño chimpancé como al gran Aquiles.
[...]

No creo que pueda aportar nada nuevo a la Academia y temo que me quedaré rezagado respecto a sus expectativas y respecto a lo que, con la mejor voluntad, no puedo revelar; de todos modos mostraré las líneas directrices gracias a las cuales un primate ha logrado penetrar en el mundo humano y permanecer en él con solidez. Pero no podría decir lo que a continuación expondré si no estuviera completamente seguro de mí mismo y si mi posición en todos los grandes escenarios de Variedades del mundo civilizado no se hubiera afianzado hasta ser imperturbable. Nací en Costa de Oro. Para los detalles de mi captura dependo de informes ajenos.
[...]

Según me dijeron más tarde, debí de hacer poco ruido, lo que era poco habitual, por ello dedujeron que moriría pronto o que, si lograba sobrevivir el periodo crítico, tendría muy buenas aptitudes para ser amaestrado. Sobreviví. Sollozos ahogados, la dolorosa búsqueda de pulgas, lametones apáticos a un coco, golpeteo de la caja con la cabeza, enseñar la lengua cuando alguien se acercaba: éstas fueron

mis principales ocupaciones en mi nueva vida. Pero hiciera lo que hiciese, siempre la misma convicción: no hay salida. Naturalmente ahora sólo puedo expresar aquellos sentimientos simiescos con palabras humanas y así lo hago constar, pero, aunque ya no pueda alcanzar la antigua verdad simiesca, al menos mi descripción apunta hacia esa dirección, de eso no hay duda.

Había tenido tantas salidas hasta entonces, pero ahora ninguna. Estaba encerrado. Si me hubieran apuntalado, mi libertad no hubiera podido ser menor. ¿Por qué? Si te pica entre los dedos del pie, no sabrás el motivo. Si te presiona tanto el barrote en la espalda que casi te parte por la mitad, no sabrás el motivo. No tenía ninguna salida, así que me vería obligado a buscar una, ya que sin ella no podía vivir. Siempre mirando las tablas de la caja, habría reventado irremediablemente. Pero los monos de Hagenbeck están destinados a mirar la caja, bueno, entonces dejaría de ser un mono. Un pensamiento bello y claro, que de alguna forma tuve que fraguar en el estómago, pues los monos sólo piensan con el estómago.

Temo que no se entienda correctamente lo que quiero decir con la palabra "salida". Empleo la palabra en su sentido más frecuente y normal. Intencionadamente, no empleo el término "libertad". No hago referencia a ese gran sentimiento de libertad

hacia todas las direcciones. Como primate lo he experimentado y he conocido seres humanos que lo anhelaban. Pero en lo que a mí respecta, no he reclamado libertad ni entonces ni ahora. Dicho sea de paso: con la libertad se engañan los hombres entre sí con demasiada frecuencia. Y así como la libertad pertenece a los sentimientos más elevados, el fraude correspondiente equivale al mismo nivel. A menudo, cuando trabajaba en las Variedades, he visto, antes de salir a escena, cómo una pareja artística, allá en lo alto, hacía ejercicios sobre el trapecio. Se balanceaban, giraban, saltaban, quedaban suspendidos en el aire cogidos de los brazos, uno de ellos sujetaba con la boca al otro por el cabello. "Eso también es libertad humana" -pensé-, "movimiento soberano". ¡Ay, escarnio de la sagrada naturaleza! Nada quedaría en pie ante las risas de toda la especie simiesca ante semejante visión. [...]

En general he conseguido todo lo que quería. No se puede decir que no haya merecido la pena. Por lo demás, no quiero que me juzguen los hombres, sólo quiero difundir conocimientos; me limito a informar, también a ustedes, honorables miembros de la Academia, también a ustedes sólo les he informado.

Franz Kafka, "*Informe para una Academia*" [1917].

V

(3)(1) adorno, **Theodor W.** "El ensayo como forma". *Notas sobre literatura*. Trad. Alfredo Brotons. Madrid: Akal, 2009. 11-34.

Arendt, Hannah. *La condición humana*. Trad. Ramón Gil Novales. Madrid: Paidós, 2014 [1958].

Barthes, Roland. "Los jóvenes investigadores". *El susurro del lenguaje*. Trad. C. Fernández Medrano. Barcelona: Paidós, 2009 [1972]. 121-129.

Becker, Gary. *The Economic Approach to Human Behavior.* Chicago: The University of Chicago Press, 1998 [1976].

Beech, Dave. *Art and Value. Art's Economic Exceptionalism In Classical, Neoclassical And Marxist Economics*. Chicago: Haymarket Books, 2015.

Benjamin, Walter. "El autor como productor". *Obras*, libro II/vol. 2. Trad. Jorge Navarro Pérez. Madrid: Abada, 2009. 297-315.

Benjamin, Walter. *Libro de los pasajes.* Trad. Luís Fernández C., Isidro Herrera y Fernando Guerrero. Ed. Rolf Tiedemann. Madrid: Akal, 2007 [1982].

Benjamin, Walter y Gershom Scholem. *Correspondencia, 1933-1940.* Trad. Francisco Rafael Lupiani González. Madrid: Trotta, 2001.

Berardi "Bifo", Franco. *El alma y el trabajo.* Trad. Fabrizio Cossalter y Paolo Pagliai. México, D.F.: Elefanta, 2012.

Bianciardi, Luciano. *El trabajo cultural.* Trad. Miguel Ros González. Madrid: Errata Naturae, 2017 [1957].

Bolaño, Roberto. "Los mitos de Cthulhu". *El gaucho insufrible.* Barcelona: Anagrama, 2003. 159-177.

Boltanski, Luc y Ève Chiapello. *El nuevo espíritu del capitalismo.* Trad. Marisa Pérez. Alberto Riesco y Raúl Sánchez. Madrid: Akal, 2002 [1999].

Bologna, Sergio. *Crisis de la clase media y posfordismo.* Trad. Marta Malo de Molina Bodelón, María-Milagros Rivera Garretas y Carlos Prieto del Campo. Madrid: Akal, 2006.

Borges, Jorge Luis. "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius". *Obras completas I*. Buenos Aires: Emecé, 2009. 831-842.

Bradbury, Malcolm. *El dueño de la historia.* Trad. Carlos Gardini. Barcelona: El Apeph, 2007 [1975]. La bibliografía constituye una de las principales formas de normalización de la escritura. Si bien tiene la ventaja de indicarle al lector qué libro hemos referenciado o comentado, también permite, hoy por hoy, un mejor manejo de la información que dará lugar a bases

En un texto que ya tiene sus años, Nelly Richard recordaba la invitación a escribir por parte de una revista universitaria interesada en pensar la "Universidad en transición", en concreto, a pensar sobre "el lugar que ocupa la Universidad en los nuevos escenarios de generación y difusión del conocimiento" y "la organización de áreas que no caben en ninguna de las Facultades tradicionales o qué sentido tienen las disciplinas humanistas". Pero esta invitación, ¡ay!, como otras que yo mismo he hecho, "iba acompañada de un documento llamado 'sistema de normas editoriales' que le pedía a los autores ceñirse a una rígida normativa de presentación (títulos, resúmenes, notas, bibliografía, etc.) destinada a uniformar la suma de los textos de los autores invitados bajo una misma convención escrita". Y concluye: "la universidad se mostraba dispuesta a revisar críticamente los 'contenidos' de su modelo pero no su 'forma': su diseño de habla y composición del saber, el significante escrito de su discurso académico-institucional. Sin embargo, debatir los modos enunciativos de puesta en forma del conocimiento (sus técnicas de discurso, sus reglas de exposición, sus modos de presentación) tiene vital importancia a la hora de querer movilizar nuevas prácticas teóricas capaces de sacudir la rutina institucional de los saberes normalizados con sus rebeldías de escritura".

de datos bibliométricas. De lo contrario, medir el índice h sería más difícil y lento. MLA, APA, Chicago y otras normas de citación se han constituido en sistemas de estandarización (cada vez más cercanas a la International Organization for Standardization (ISO), que también cuenta con su formato respectivo) que asustarían a un Montaigne, que citaba de memoria, fragmentando, recortando y cuando no también tergiversando, sin tener la necesidad de nombrar autores, pues contaba con que sus lectores reconocerían a algunos. Al respecto, señaló en "De los libros": "De las razones e ideas que trasplanto a mi solar y que confundo con las mías, a veces he omitido a sabiendas el autor, para embridar la temeridad de esas sentencias apresuradas que se lanzan sobre toda suerte de escritos, especialmente sobre los jóvenes escritos de autores aún vivos y en lengua vulgar, que permite hablar de ellos a todo el mundo y parece considerar también vulgar su concepción e intención. Quiero que den en las narices a Plutarco dándome en las mías y que escarmienten injuriando a Séneca en mí. He de ocultar mi debilidad tras esas celebridades". En mi caso, no pretendo ocultar debilidades, que afloran a lo largo de este texto. Más bien busco detenerme en mi propio texto y pensar en voz alta y con cierta calma lo que implica el ejercicio de la escritura bajo el dominio del *paper*, dominio que no responde a un modo escritural en sí, sino a quienes escriben (escribimos) bajo los dictados de la indexación, dictados que delataron a Ted Kaczynski, que olvidó o desconocía que un manifiesto no lleva referencias. "A diferencia de los panfletos políticos habituales", escribe el narrador de *El camino de Ida*, novela en la que Ricardo Piglia ficcionaliza a Kaczynski bajo el nombre de Thomas Munk, "*el Manifiesto sobre el capitalismo tecnológico* era un ensayo sistemático, con una estructura de párrafos numerados. No había retórica ni demandas beligerantes, el autor escribía más como un

académico que como un político". La bibliografía, por tanto, es un texto que no debe pasarse por alto. No constituye el cierre de un texto, forma parte de él, tal como el capítulo de una novela o el apartado de un ensayo. Lo saben, aunque no lo digan, quienes buscan su nombre entre las y los referenciados, por lo general sin encontrarlo. Carlos Casanova. *Estética y producción en Karl Marx.* Santiago: Metales Pesados, 2017. Louis Ferdinand Celine. *Viaje al fin de la noche.* Trad. Carlos Manzano. Buenos Aires: Edhasa, 2017 [1952]. Sergio Chejfec. *Boca de lobo*. Buenos Aires: Alfaguara, 2009 [2000]. Jonathan Crary. 24/7. *El capitalismo tardío y el fin del sueño.* trad. Paola Cortés-Rocca. Buenos Aires: Paidós, 2015 [2013]. Brooke Erin Duffy y Jefferson D. Pooley. "Facebook for Academics: The Convergence of Self-Branding and Social Media Logic on Academia.edu". *Social Media + Society* (2017): 1-11. Este artículo de Duffy y Pooley debería leerse con calma. Agradezco a Bryan Green por habérmelo recomendado, pues resultó importante para la elaboración del primer punto de este ensayo. José María Durán. *La crítica de la economía política del arte.* Murcia: CENDEAC, 2015. -----. *Hacia una crítica de la economía política del arte.* Madrid: Plaza & Janés, 2008. -----. "Sobre la lectura que en "Gramática de la multitud" Paolo Virno hace de la distinción entre trabajo productivo y trabajo improductivo en Marx". *Nómadas* 21.1 (2009). El trabajo de José María me ha resultado muy estimulante, por la rigurosidad con que lee a Marx, así como por los temas compartidos, por lo que también le

agradezco su amabilidad, y el tiempo que se tomó para conversar sobre sus textos. Bolívar Echeverría. "El autor como productor". *Siete aproximaciones a Walter Benjamin.* Bogotá: Desde abajo, 2010. 95-97. Marc Edwards y Siddhartha Roy. "Academic Research in the 21st Century: Maintaining Scientific Integrity in a Climate of Perverse Incentives and Hypercompetition". *Environmental Engineering Science* 34.1 (2017): 51-61. Este artículo no solo debe ser leído, sino traducido y enviado a cada ministerio de educación (del mundo). Friedrich Engels. *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre.* Buenos Aires: Godot, 2014 (la información editorial de este libro no contempla el nombre del o la traductora. Por cierto, hablando del mono y el trabajo, me queda pendiente escribir un ensayo al respecto. Ya sabemos que fue Descartes, en misiva a Pierre Hector Chanut (allá por el 1646), quien contribuyó a diseminar la idea o leyenda de que los monos no hablan porque de lo contrario se los haría trabajar, aunque ya el padre Colombino de Nantes se refiriera a este descubrimiento, también mediante una carta, aunque esta de relación, enviada en 1634 a un tal Peiresc. Pero es en la mano del que piensa para existir que la leyenda adquiere una coloración no etológica, sino antropológica: "El Sr. Clerselier me ha señalado en una carta que aguarda de él mis *Meditations* en francés para presentárselas a la reina del país en el que usted [Chanut] se encuentra. Nunca he tenido suficiente ambición como para desear que las personas de tal rango conozcan mi nombre. Si hubiera sido tan sabio, como dicen que los salvajes se persuadieron de que los monos lo son, nunca se me hubiera conocido como un hacedor de libros [*faiseur de Livres*]: porque se dice que imaginaron que los monos sí podrían hablar si lo quisieran, pero que eligieron no hacerlo para no verse forzados a trabajar. Y como no he tenido la misma prudencia absteniéndome de escribir, ahora no tengo tanto

tiempo libre, ni la misma paz que hubiera tenido si hubiera ingeniosamente guardado silencio. Pero dado que el error ya se cometió, y como ahora soy conocido por una infinidad de personas de la academia [*gens d'Ecole*], que miran mis escritos con recelo y los buscan para dañarme, tengo grandes esperanzas de…". Dejemos hasta aquí a Descartes, que lo que sigue, su interés por el favor de la reina, está lejos, lejísimo, de lo que con este libro se pretende, y recordemos mejor a Kafka, Lugones, Quiroga y, entre otros, a Borges, que son algunos de los nombres que han escrito algo al respecto. En "El inmortal", por ejemplo, leemos: "Recordé que es fama entre los etíopes que los monos deliberadamente no hablan para que no los obliguen a trabajar y atribuí a suspicacia o a temor el silencio de Argos". Borges, que insiste una vez más en su texto sobre Averroes, que la pretensión (él dice ambición) de la originalidad es vana y analfabeta, ya que no es la invención, sino el descubrimiento lo que vale la pena apostar: "un famoso poeta es menos inventor que descubridor", sentencia). Maurizio Ferraris. *Movilización total*. Trad. Miguel Alonso Ortega. Barcelona: Herder, 2017 [2015]. Michel Foucault. *El nacimiento de la biopolítica*. Trad. Horacio Pons. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007. Federico Galende. *Comunismo del hombre solo*. Viña del Mar: Catálogo, 2016. -----. *Modos de producción*. Santiago: Palinodia, 2011. Luis García Pascual, comp. *Destinatario José Martí.* La Habana: Editorial Abril, 1999. John Kenneth Galbraith. *Un profesor de planta*. Trad. Mario Aranda. México, D.F.: Edivisión, 1995 [1990]. Recomiendo este libro de Galbraith, sobre todo a quien se interese por la relación entre finanzas, ficción y universidad. Benjamin Ginsberg. *The Fall of the Faculty: The Rise of the All-Administrative University and Why It Matters.* New York: Oxford University Press, 2011. Nahum Glatzer. "Kafka and the Tree of Knowledge". *Essays in Jewish Thought*. Tuscaloosa:

The University of Alabama Press, 2009 [1958]. 184-191. Antonio Gramsci. *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Trad. Raúl Sciarreta. Buenos Aires: Nueva Visión, 2004. Johann Wolfgang Goethe. *Poesía y verdad*. Trad. Rosa Sala. Barcelona: Alba, 2010. -----. *Torquato Tasso*. trad. Rafael Cansino-Assens. México, D.F.: Aguilar, 1991. Grupo Krisis. *Manifiesto contra el trabajo*. Barcelona: Virus, 2002 [1999]. Eric Havelock. *Prefacio a Platón*. Trad. Ramón Buenaventura. Madrid: Visor, 1994 [1963]. El de Havelock es un libro hermoso, y es interesante ver cómo afirma o corrobora, sin quererlo posiblemente, la lectura de Homero que hace ya un largo tiempo un tan Giambattista Vico nos heredara. Michel Houllebecq. *El mapa y el territorio*. Trad. Jaime Zulaika. Buenos Aires: Anagrama, 2010 [2011]. Fredric Jameson. *El posmodernisimo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Trad. José Luis Pardo. Barcelona: Paidós, 2002 [1984]. Paul Johnson. *Los intelectuales*. Trad. Clotilde Rezzano. Buenos Aires: Javier Vergara Editor, 1990 [1988]. Franz Kafka. "Informe para una Academia". *Cuentos completos*. Trad. José Rafael Hernández. Madrid: Valdemar, 2010 [1917]. 404-417. -----. *Cuadernos en octavo*. Trad. Carmen Gauger. Madrid: Alianza, 1999. Friedrich Kittler. "Universities: Wet, Hard, Soft, and Harder", *Critical Inquiry* 31.1 (2004): 244-255. Traducción de Rodrigo Zamorano a ser publicada en *Cuadernos de teoría y crítica 3* (2018). -----. "Ciencia como proceso *Open Source". No hay Software y otros ensayos sobre filosofía de la tecnología.* Trad. Mauricio González. Manizales: Universidad de Caldas, 2017 [1999]. Robert Kurz. "O complexo de Harry Potter". *Folha de S. Paulo*, 30.10.2005. -----. *El colapso de la modernización.* Trad. Ignacio Rial-Schies. Buenos Aires: Marat, 2016 [1991]. Bruno Latour. "Retrato de un biólogo como capitalista salvaje". *Lecciones de sociología de las ciencias.* Trad. Xavier Fabrés. Barcelona: Arpa, 2017 [1984], 135-137. Bruno Latour y Steve Woolgar. *La vida en el laborato-*

rio. Trad. Eulalia Pérez. Madrid: Alianza, 1995 [1979]. Latour es famoso por su libro sobre la modernidad, pero su antropología de la academia debiera tenerse en mayor estima, pero claro, eso implica también una mayor autocrítica. Maurizio Lazzarato y Antonio Negri. *Trabajo inmaterial. Formas de vida y producción de subjetividad.* Río de Janeiro: DP&A Editora, 2001. André Leroi-Gourhan. *El gesto y la palabra.* Trad. Felipe Carrera. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1971 [1965]. El trabajo de Leroi-Gourhan es fundamental para comprender la urgencia de la literatura hoy, cuando la imaginación ha sido tan golpeada por las protenciones, que se han apoderado de ella. Una forma de recuperar la imaginación radica en la lectura, pero esta debe realizarse en papel, porque la luz azul (Led) empleada por la mayoría de los dispositivos digitales que dicen reemplazar al libro, además de dañar la vista, permite que lo que leemos se almacene con mayor facilidad en la corteza prefrontal (memoria a corto plazo) y no en el hipocampo (donde está la memoria a largo plazo), generándose así sujetos que operan cada vez más con una "memoria primaria", esto es, con poca y prontamente olvidable información. En otras palabras, no solo lo que leemos, sino también la forma y el soporte en que leemos, es clave para interrumpir el presentismo que obnubila a la sociedad contemporánea. Parece ciencia ficción, pero en realidad es solo ciencia. La ficción es del orden de la emancipación. Jacques Lezra. "Soberanía o traducción: las decisiones de Sancho". VVAA. *El lugar de la literatura en el siglo XXI*. Valparaíso: Dársena/EUV, 2016. 133-159. Clarice Lispector. "Lazos de familia". *Cuentos reunidos*. Trad. Cristina Peri Rossi, Juan García Gayo, Marcelo Cohen, Mario Morales. Madrid: Siruela, 2008 [1960]. Karl Marx. *El capital I*. Trad. Wenceslao Roces. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2006. -----. *El capital II*. Trad. Wenceslao Roces. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2012.

-----. *El capital. Libro 1. Capítulo sexto (inédito)*. Trad. Pedro Scaron. Buenos Aires, Siglo XXI, 2008. -----. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política.* Vol. 2. Trad. José Aricó, Miguel Murmis y Pedro Scaron. México, D.F.: Siglo XXI, 2005. -----. *Escritos sobre Rusia II. El porvenir de la comuna rural rusa.* Trad. Félix Blanco. México D.F.: Pasado y Presente, 1980. -----. *Teorías sobre la plusvalía*, vol. 1. Trad. Wenceslao Roces. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1980. Karl Marx & Friedrich Engels. *Werke*. Vol. 29. (Correspondencia, enero 1856-diciembre 1859). Berlín: Dietz Verlag, 1978. George Perec. *W o el recuerdo de la infancia*. Trad. Hernán Soto y Gloria Casanueva. Santiago: Lom, 2015 [1995]. -----. *Las cosas.* Trad. Josep Escué. Barcelona: Anagrama, 2001 [1965]. Moishe Postone. "Repensando a Marx (en un mundo post-marxista)". *Lo que el trabajo esconde: materiales para un replanteamiento de los análisis sobre el trabajo.* VVAA. Madrid: Traficantes de sueños, 2005. 249-282. Jacques Rancière. *El desacuerdo.* Trad. Horacio Pons. Buenos Aires: Nueva Visión, 1996 [1995]. Gerald Raunig. "Transformar el aparato de producción". Gustav Klucis. *En el frente del arte constructivista.* Sevilla: Cajasol Obra Social, 2009. 52-59. Nelly Richard. "La cita académica y sus otros". *Campos cruzados.* La Habana: Casa de las Américas, 2009 [2001]. 71-79. Francisco Rosende, ed. *La escuela de Chicago*. Santiago: PUC, 2007. Jaron Rowan. E*mprendizajes en cultura.* Madrid: Traficantes de Sueños, 2010. Isaak Rubin. *Ensayos sobre la teoría marxista del valor.* Trad. Néstor Miguez. Buenos Aires: Pasado y Presente, 1974 [1928]. Shlomo Sand. *¿El fin de los intelectuales? De Zola a Houellebecq*. Trad. Alcira Bixio. Madrid: Akal, 2017 [2016]. Beatriz Sarlo. "La crítica: entre la literatura y el público". Alberto Giordano, ed. *El discurso sobre el ensayo.* Buenos Aires: Santiago Arcos, 2015 [1984]. 43-58. W.G. Sebald. *Los anillos de Saturno.* Trad. Carmen Gómez García y

Georg Pichler. Barcelona: Anagrama, 2008 [1995]. Alfred Sohn-Rethel. *Trabajo manual y trabajo intelectual*. Barcelona: El viejo topo, 1980 [1970]. Sohn-Rethel es una figura clave para una cierta idea de teoría crítica, aquella que comparte la critica radical a la modernidad, razón por la cual no extraña que la socialdemocracia teórica no lo lea, dado que prefiere seguir los dictados de Habermas. Bernard Stiegler. *La técnica y el tiempo 1. El pecado de Epitemeo.* Trad. Beatriz Moral es. Hondarribia: Argitaletxe Hiru, 2002 [1994]. -----. *Automatic Society: The Future of Work.* Malden, MA: Polity, 2017. Willy Thayer. *El fragmento repetido.* Santiago: Metales Pesados, 2006. Paolo Virno. *Gramática de la multitud.* Madrid: Traficantes de sueños, 2003. Martha Woodmansee. "El genio y el copyright: condiciones económicas y legales del surgimiento del 'Autor'". Aina Pérez y Meri Torras, eds. *Los papeles del autor/a.* Madrid: Arcos, 2016 [1984]. 279-306. Alejandro Zambra. *La vida privada de los árboles.* Barcelona: Anagrama, 2007. -----. "Larga distancia". *Mis documentos.* Anagrama: Barcelona, 2014. 81-96. Espero que nadie se me haya quedado en el tintero/teclado. Cualquier olvido ha sido involuntario.

Yo, a pesar de que he escrito y publico bastante, no logro aún defenderme de una suerte de pudor, de decir, de declarar ¿por qué escribes? Parece que pensaras que lo que escribes es interesante. Lo llevas al editor, lo escribiste, entonces crees que las frases que elaboras son interesantes, lo que de alguna manera es absolutamente obsceno. El hecho de escribir es absolutamente injustificable desde ese punto de vista. Entonces, uno pide perdón, como

alguien que se desnuda y dice "aquí está, miren", y naturalmente, pide de inmediato perdón. "Perdónenme por hacerme el interesante". Entonces, a partir del momento en que escribo, pido disculpas al otro e incluso al destinatario o a la destinataria, por la falta de pudor que hay en el hecho de escribir.

Jacques Derrida, *Por otra parte* [1999].

VI

No te emociones. Mantén la calma. La tranquilidad es de hecho un signo de fuerza. . . La calma y la tranquilidad hacen que uno sea libre, incluso en el andamio.

Franz Kafka, *Cuadernos en octavo* [1918].

31 un día cualquiera, Adam Appleby, a quien se le recomendara publicar pronto sin importar qué, llegó tarde al museo británico, donde trabajaba en su tesis de doctorado. Quiso la providencia que ese día cual-

quiera que nos narra David Lodge, le pidieran su carnet de biblioteca. Estaba vencido. "Adam, disgustado, dejó caer las bolsas con un golpe sordo a los pies de un dios de una isla oriental y marchó cojeando a renovar el carnet. Junto a las esculturas del Partenón había una pesada puerta defendida por un portero de aspecto severo, con una enorme llave. Cuando Adam le hizo saber su propósito, el ordenanza abrió la puerta de mala gana y le hizo entrar a un largo pasillo. Hizo sonar entonces una campanilla y volvió a salir, *cerrando la puerta con llave detrás de él*". Es evidente la referencia a Kafka, y su diferencia. La ley ha sido reemplazada por la burocracia, pero esta seguirá siendo kafkiana. Adam, o "A", vivirá una mañana enrarecida que lo hará terminar desmayado. Lo más notable es que "A" entró sin problemas. Salir será lo complicado. Los personajes de Kafka, "criaturas mediocres", al decir de Nahum N. Glatzer, se caracterizan por luchar "en la esfera de la actividad impaciente, impersonal, rutinaria y sin rumbo", aunque respondiendo sin mayor reflexión a los dictados del poder (la Ley, el emperador, la burocracia, el hombre, el padre). Pero en sus textos de no-ficción, continúa Glatzer, es dable hallar una salida, y esta se encuentra atravesada por la escritura, en la que Kafka mismo estaba atrapado. "Existen, para nosotros, dos clases de verdades", escribió en los llamados *Cuadernos en octavo*, "las representadas por el árbol de la ciencia y las representadas por el árbol de la vida. La verdad de quien obra y la verdad de quien descansa". Podría señalarse que la primera se vincula con el saber como dominación, mientras la segunda lo hace con el saber como im-producción. Según Glatzer, "Kafka entiende la peculiar condición del hombre como resultado del hecho de que ha comido del Árbol del Conocimiento, pero se le impidió comer del Árbol de la Vida. Por lo tanto, se ha convertido en una persona, ha ganado

el poder de pensar, una conciencia agudizada, una conciencia de lo que es bueno y lo que es malo, pero ha perdido la vida eterna, el estado de la felicidad inalterable". Como no se puede prescindir de ninguna verdad, se debe caminar por entre ambas, tratando de apropiarnos de una para potenciar la otra; la verdad de la vida no consiste en dejar de escribir, sino en escribir de manera tal que no se abastezca el modo de producción capitalista sin intentar, a la vez, transformarlo. Para los intelectuales, implicaría comenzar a recuperar el tiempo desposeído por la academia contemporánea, que no es solo el de las horas frente a Google. "La primera verdad", escribió Kafka, "se refiere a un momento del tiempo, la segunda a la eternidad; de manera que la primera verdad se desvanece a la luz de la segunda". De ahí que pueda señalar que "tanto la contemplación como la actividad tienen la apariencia de la verdad, pero solo la actividad que emana de la contemplación, o mejor, de lo que vuelve a ella, es la verdad": el cangrejo de Chuang Tzu nos lo demuestra. No se trata de oponer vida activa y vida pasiva, de ambas es que nos hemos constituido, sino de vivir de manera heterogénea al modo en que se concibe la actividad: la rapidez de Chuang Tzu también nos lo demuestra. Atrapados en una determinada relación con el conocimiento, la actividad productivista se ha transformado en la única verdad de la universidad, excluyendo lo que la obstruya en su camino hacia la subsunción del saber bajo el capital. Se nos ha transformado en personajes de Kafka, llenando formulario tras formulario, solicitando certificados o cartas de aceptación, y escribiendo, sin importar qué, a partir de un cierto número de caracteres: más importante es dónde publicamos. Pero no se trata de renunciar, sino de inventarle una salida a esta que se nos ha impuesto. Se trata de decir: preferiría no hacerlo. La ficción literaria es una forma con la cual disputar el mundo forjado por las ficciones del capital. La ley misma es una ficción, aunque una sostenida por la violencia. La herencia de Odiseo, que sobrevivió a cíclopes y lotófagos, a sirenas y dioses, alcanzó el siglo XXI, recordándonos así su poder. A este, y me atrevería a decir que solo a este, debemos recurrir

si hemos de "contemplar el Árbol de la Vida que está escondido dentro del Árbol del Conocimiento". Atravesadas por cierto misticismo, Glatzer concluye con unas palabra que ahora son también las mías: "Si hay esperanza, solo puede provenir de la paciencia, de la espera silenciosa, de un retiro al reino de la inactividad creativa que debe preceder a todo acto, de la quietud del alma que precede al estallido de la voluntad, de la calma del espíritu en que la vida intuitiva nace. En este ámbito no hay deseo, lucha e intriga, no hay lucha por el éxito y el logro, no hay exhibición de poder poder; el hombre […] elige la vida".

③③ si todo libro se teje a partir de los ya publicados, tanto como de las conversas que antes y durante su escritura acontecen, este no es una excepción. Agradezco el tiempo y la escucha de amigas y amigos sin los cuales este libro sencillamente no existiría, y ello vale tanto para su diseño, como para lo que en él se ha (re)escrito. Por supuesto, las observaciones vertidas deben considerarse como ensayos, verdaderos tanteos, cuando no reflexiones en voz alta de alguien que defiende el saber por considerarlo una forma de militancia, pues hasta yo mismo me he sorprendido de los problemas aquí tratados, que no agotan, por cierto, la contemporánea condición intelectual. Sin pretender soluciones, mi intención no ha sido otra que la de intentar provocar una discusión (intelectual), aventurando una reflexión, hipótesis que un trabajo con mayor detenimiento deberá resolver. Y no está demás señalar que soy el único responsable de los exabruptos que (se) lean.

Escrito en un computador IMAC Apple en la ciudad de Viña del Mar, acabose este libro de diseñar e imprimir en la ciudad de Santiago de Chile, en el mes de mayo de 2018, 50 años después de la mayor insurgencia estudiantil del siglo XX, insurgencia que puso en jaque a la clase como sujeto político, a la episteme moderna y a la democracia representativa encarnada en el sistema de partidos. Desde entonces, gobiernos de todo el mundo han tratado de disciplinar y controlar la potencia alojada en la forma universidad. Se tiraron 500 ejemplares y en su composición utilizáronse los tipos Lekton de 9,5 puntos, Traveling Typewriter de 5 a 30 puntos, Type Keys de 12 y 26 puntos, Courier New de 9 puntos, BudmoJiggler-Regular de 20 puntos, Paskowy de 20 puntos, Bradley Hand Bold de 10 puntos, Breitkopf Fraktur de 11 y 14 puntos y CarbonType de 10 y 14 puntos. Se imprimió en los talleres de Salesianos.